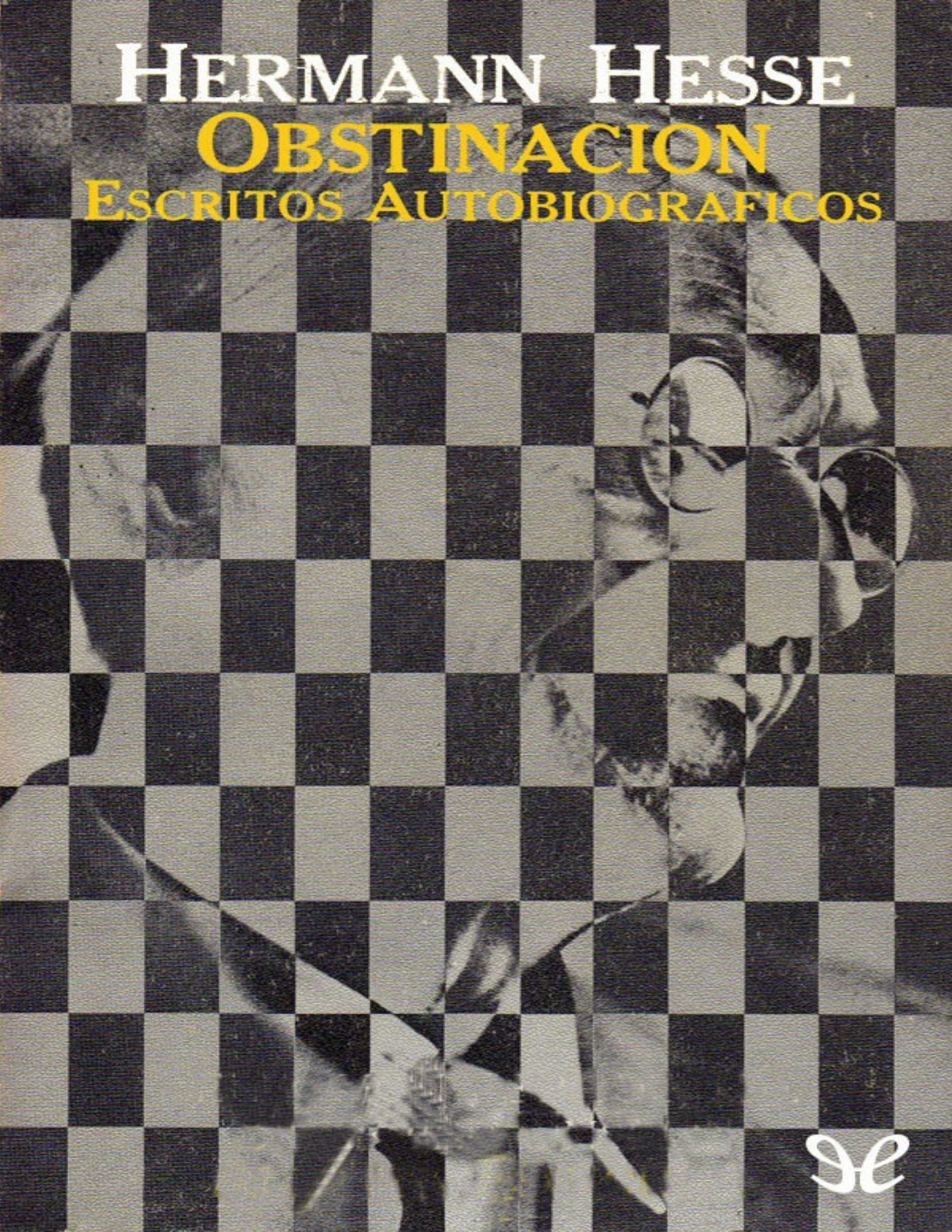


HERMANN HESSE

OBSTINACION

ESCRITOS AUTOBIOGRAFICOS



se

Obstinación, que da título a esta recopilación de sus escritos autobiográficos, es uno de los textos que más datos aporta sobre la personalidad del genial escritor; esa virtud es una forma de obediencia que no se vincula a las normas dictadas por los hombres: «El obstinado obedece a otra ley, a una sola, absolutamente sagrada, a la ley que lleva en sí mismo».

Este rechazo del espíritu gregario y la protesta contra la sociedad moderna (la autoridad, la estandarización, el consumo, el afán de lucro, la inautenticidad, etc.), explican la profunda afinidad de la juventud contemporánea con la sensibilidad de Hermann Hesse.



Hermann Hesse

Obstinación

Escritos autobiográficos

ePub r1.0
JeSSE 28.04.14

Título original: *Eigensinn - Autobiographische Schriften*

Hermann Hesse, 1972

Traducción: Anton Dietrich

Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE

ePub base r1.1





EDICIÓN CONMEMORATIVA

e p u b l i b r e . o r g

Una virtud hay que quiero mucho, una sola. Se llama obstinación. Todas las demás, sobre las que leeremos en los libros y oímos hablar a los maestros, no me interesan. En el fondo se podría englobar todo ese sinfín de virtudes que ha inventado el hombre en un solo nombre. Virtud es: obediencia. La cuestión es a quién se obedece. La obstinación también es obediencia. Todas las demás virtudes, tan apreciadas y ensalzadas, son obediencia a las leyes dictadas por los hombres. Tan sólo la obstinación no pregunta por esas leyes. El que es obstinado obedece a otra ley, a una sola, absolutamente sagrada, a la ley que lleva en sí mismo, al «propio sentido».

HERMANN HESSE

CUATRO BIOGRAFÍAS

I

Nací el 2 de julio de 1877 en Calw (Selva Negra), hijo de J. Hesse, escritor de misiones y redactor. Mi padre era oriundo de las provincias del Báltico, mi madre, de Suabia. Mis padres no tenían fortuna alguna, pero vivían con cierto desahogo y nunca escatimaron nada conmigo. En 1880 se trasladó mi padre a Basilea, donde permaneció hasta 1886. Allí pasé años felices de la infancia. Mis padres eran cristianos devotos y al mismo tiempo personas cultas, dotadas para la música y la poesía y sensibles, que me prodigaron mucha atención y cariño, y a quienes tengo mucho que agradecer. De ellos heredé, yo que en materia religiosa carezco de criterios definitivos, un profundo respeto a la naturaleza y a la existencia de grandes leyes en la vida y la historia. Perdí a mi madre en abril de 1902 y aún no he encontrado consuelo en su muerte. Mi padre, con una salud precaria, vive todavía y constituye un ideal venerado por su fortaleza de espíritu y voluntad.

Fui por primera vez a la escuela en Basilea. En 1886 volvió mi padre a Calw. Hasta 1889 fui colegial en Calw, hasta 1891 en Göppingen, ingresé después en el seminario del convento evangélico de Maulbronn, que abandoné después de siete meses. Entonces fui al Instituto de Cannstatt hasta el séptimo curso. Hasta octubre de 1895 permanecí en casa de mis padres en Calw, al principio sin oficio, ocupado con lecturas, etc., después hice un año de prácticas en un taller de construcción de maquinaria. Este oficio fue un desacierto. En otoño de 1895 entré como meritorio en una librería de Tubinga, donde permanecí cuatro años aprendiendo el oficio, para finalmente dedicar mi interés exclusivamente al libro antiguo. En otoño de 1899 marché como librero (ayudante) a Basilea. Comencé a trabajar al mismo tiempo para varios periódicos como crítico y folletinista y poco a poco me organicé de tal manera que ahora vivo mitad como anticuario y mitad como escritor. Esta época de Basilea se vio interrumpida por frecuentes viajes cortos y por uno de varios meses a Suiza e Italia. Florencia y Venecia me son especialmente queridas y familiares. Me gusta viajar y vivir solo. Mis pasiones son: contemplar cuadros, caminar, libros. Soy pobre y tengo dificultad para abrirme paso.

Hasta aquí en cuanto a mi vida. Como escritor se me considera un «neorromántico» porque mi técnica es irrealista y porque mis obras intentan actuar sobre el alma. El amor a la naturaleza y su contemplación constituyen mi tema principal. Amo las plantas y los animales y soy a la vez querido por estos últimos. La «literatura» no es importante para mí, no pienso en la fama, en cambio me propongo cautivar a algunos lectores atentos y convertirlos en amigos personales. Lo que me va proporcionando paulatinamente algún intercambio epistolar cordial y afectuoso. Mis autores predilectos son los

novelistas italianos antiguos y en general me fascina la cultura del alto renacimiento italiano.

De mis obras únicamente el *Lauscher* ha aparecido bajo seudónimo. Le envío este librito en lugar de una fotografía, que mi pobreza me prohíbe.

Con mis mejores saludos.

Hermann Hesse (1903)

II

Nacido en Calw el 2 de julio de 1877. Infancia en Calw y Basilea. Bachillerato en Calw y Göppingen, «Landexamen» en 1891. Primavera de 1892, fuga del seminario de Maulbronn; hasta 1894, Instituto de Cannstatt. Concluye así mi formación escolar. Pasé algún tiempo en casa de mis padres leyendo mucho, sin saber qué camino tomar. Me hice mecánico con intención de ser más tarde ingeniero. Trabajé cerca de año y medio en un taller de Calw. Me gustaba lo práctico, pero no tenía ganas ni talento para el estudio técnico. Ingresé en otoño de 1895 en la Casa Heckenhauer, en Tubinga (Holzmarkt), como aprendiz de libero, hice un aprendizaje de tres años, quedándome allí como ayudante aproximadamente un año. En aquella época me dediqué a tres actividades al mismo tiempo: la librería, mis lecturas y las salidas nocturnas acompañadas de grandes borracheras, con amigos en su mayor parte estudiantes que habían dejado los estudios y estaban desarraigados.

En otoño de 1899 me trasladé a Basilea, fui durante varios años librero y después anticuario. Viajé mucho, incluso por Italia, casi siempre con poco dinero y pasando hambre. Leía constantemente, interesándome por la historia y la historia del arte, y llegué a conocer bastante bien el arte y la cultura italiana antigua.

En 1903 abandoné el trabajo de librero y alterné los viajes con estancias en Calw. En agosto de 1904 contraí matrimonio y me vine a vivir aquí, donde deseo permanecer algún tiempo^[1].

Mis lecturas eran antes muy variadas, con predominio de la filosofía. Ahora he dejado totalmente la filosofía y la historia del arte, que eran más bien un deporte. Entre los autores alemanes admiro especialmente a Goethe, Keller, Mörike, también a Eichendorff, Hoffmann, Stifter. En la literatura románica siento especial predilección por los antiguos novelistas italianos, sobre todo Boccaccio. Leo también mucha literatura moderna: de los franceses estimo a Maupassant y a A. France; de Escandinavia, a Jacobsen, Hamsun, Heidenstam. Me interesan los rusos, pero en el fondo me resultan extraños, entre ellos conozco y aprecio especialmente a Gogol y Dostoievski.

(1907)

III. Apuntes biográficos

Los abuelos maternos y paternos, eran en el sentido estricto de la palabra cristianos protestantes, piadosos y edificantes, el matiz de su piedad estaba influido por la Comunidad de Hermanos de Herrenhut y por la Misión de Basilea, es decir, por el espíritu que animaba a ésta.

Por su nacionalidad eran en cambio muy distintos. Los abuelos paternos eran bálticos, de las provincias rusas del Báltico, de Estonia. Eran de puro origen alemán (los antepasados del abuelo habían emigrado hacia 1750 de Lübeck), pero eran súbditos rusos sin saber hablar correctamente el ruso ni el estonio; sólo hablaban alemán. Allí vino al mundo mi padre Johannes en Weissenstein, cerca de Reval, donde su padre, el doctor Hermann Hesse, Consejero de Estado, era médico famoso y filántropo querido por todo el mundo. Mi padre abandonó su tierra natal cuando era estudiante a consecuencia de una súbita conversión y una contricción que le empujó a ingresar como discípulo en la Misión de Basilea (es decir, a consagrarse a Dios), lo que no fue nada fácil para el mimado y delicado joven. Recibió allí la formación de misionero, trabajó a principios de los años setenta como tal en la India durante un año, pero estaba constantemente enfermo y por razones de clima fue enviado a casa. Después trabajó hasta el final para la Misión de Basilea, al principio como profesor en la Misión, ayudante del inspector, redactor de una revista misionera y más tarde en Calw como director del «Verlagsverein», una fundación piadosa cuyos ingresos estaban destinados a la Misión. Era una autoridad en cuestiones de misiones y asistió a varios congresos internacionales. De él he heredado una parte de mi temperamento, el deseo de lo absoluto, al mismo tiempo que la tendencia al escepticismo, a la crítica y a la autocrítica, y también el sentido de la precisión del lenguaje.

La familia de mi madre era de doble origen. Su padre provenía de una antigua y piadosa suaba de Stuttgart. Su madre, Dubois, de Neuchâtel, en la Suiza francesa, nunca aprendió bien el alemán e introdujo en la familia un elemento hasta entonces desconocido, el fervor calvinista unido a toda suerte de pedantería y fanatismo. Su padre, el doctor Gundert, también piadoso, misionero famoso y gran filólogo, hablaba entre otras una serie de lenguas indias y era un sanscritista reputado; se convirtió en su juventud después de haber sido un estudiante con gran sentido del humor, brillante, genial, con atisbos hegelianos y pródigamente dotado para la música. Fue durante muchos años misionero en la India, donde vino al mundo mi madre. Allí no encontró en contacto con la Misión de Basilea hasta tarde; al principio estuvo en la India por encargo del Gobierno inglés, y llevó a cabo trabajos filológicos (un diccionario de Malayalam y otros) para la lengua inglesa.

Mis padres se conocieron en Calw, donde el padre de mi madre dirigía el «Verlagsverein», redactaba varias publicaciones de las misiones y le fue asignado como ayudante mi padre, que volvía de la India. En 1874 se casaron en Calw (Württemberg), donde nací el 2 de julio de 1877.

Ignoro cuál era entonces mi nacionalidad, probablemente la rusa, ya que mi padre era súbdito ruso y tenía pasaporte de esa nacionalidad. Mi madre era, como ya he dicho, hija de suabo y de suiza francesa. Este origen mixto me impidió siempre sentir respeto por los nacionalismos y las fronteras.

En 1880 fue destinado mi padre otra vez a Basilea, a la Misión. Adquirió poco después la ciudadanía, con lo cual me convertí, muy niño aún, en súbdito suizo y ciudadano de Basilea.

En Basilea permanecieron mis padres hasta el verano de 1886; después destinaron a mi padre de

nuevo a Calw, donde comenzó como colaborador de su suegro, que ya sentía el peso de los años, y más tarde fue su sucesor. Mi padre fue siempre un extraño en la Alemania del sur y en Suiza; y conservó su pronunciación del alemán para y elegante; por lo demás, en casa se hablaba también mucho el inglés, que tanto mis padres como mis abuelos hablaban corrientemente. Apenas se hablaba francés, sólo el abuelo y a veces mi madre hablaban con frecuencia en ese idioma con la abuela.

De mi madre he heredado el temperamento apasionado, la fantasía vehemente, un poco ávida de sensaciones, y el talento musical. Desde niño tuve una relación íntima y entrañable con la música y la lengua y con la religión y la especulación en el sentido de una búsqueda de lo absoluto, de una integración directa en un orden divino supratemporal.

Sin embargo, sólo fui piadoso hasta los trece años aproximadamente. En mi confirmación, a los catorce años, ya era bastante escéptico y poco después se volvieron completamente mundanas mi manera de pensar y mi fantasía. A pesar del gran amor y respeto hacia mis padres sentía que la religiosidad pietista en que ellos vivían era insuficiente, en cierto modo algo subalterno, incluso de mal gusto, y en los primeros años de la adolescencia me rebelé con frecuencia de manera violenta contra ella.

Los primeros años de colegio los había pasado en Basilea y en Calw, como buen alumno que aprendía con facilidad y solía ser el primero de la clase sin mucho esfuerzo. Luego surgieron las dificultades al elegir carrera. Teniendo en cuenta la tradición de la familia y mi talento, lo más indicado parecía ser el estudio y precisamente el de la teología, ya que no sólo respondía a los deseos de la familia, sino que además era lo más económico, pues los teólogos disfrutaban en Württemberg de estudios gratuitos a partir de los catorce años una vez aprobado el «Landexamen». Esta prueba servía para seleccionar todos los años en el Land unos cuarenta y cinco muchachos de catorce años, que luego eran admitidos como becarios en un seminario y más tarde ingresaban en la universidad de Tubinga (en la fundación teológica). Tuve que hacer este examen en el año 1891, y para ello fue preciso conseguir la nacionalidad de Württemberg. De modo que sin que nadie me consultase fui nacionalizado en Württemberg en el año 90 ó 91, un acto que pagaría más tarde con varios años de servicio militar. Hice y aprobé el «Landexamen» y en otoño de 1891 fui admitido en el seminario de Maulbronn. En mi libro *Bajo las ruedas* está descrito Maulbronn. Con frecuencia he descrito el ambiente de mi época infantil, especialmente en *Lauscher*, en *Kinderseele* y en *Demian*.

En el seminario empezaron las calamidades. Las dificultades de la pubertad coincidieron con las de elegir carrera; ya entonces tenía la certeza de que no quería ser otra cosa que escritor y sabía, sin embargo, que no era un oficio reconocido y no daba para vivir. Durante varios años, entre los catorce y los veinte, estuve probando un oficio tras otro. En Maulbronn no estuve mucho tiempo; antes de terminar el primer año me fugué de allí. A esto se añadió mi primer enamoramiento (durante el cual leí el *Werther*), se produjo una crisis y una catástrofe, durante mucho tiempo se me consideró enfermo, enfermo de los nervios, me cuidaron en casa, y de hecho superé a duras penas una grave neurosis.

En otoño de 1892 ingresé, después de varios meses sin hacer nada (véase *Bajo las ruedas*), en el Instituto de segunda enseñanza de Cannstatt, donde permanecí algo menos de un año, hasta el séptimo curso, que dejé sin terminar. Era buen alumno de lenguas, historia, etc., lo cual me sostenía, pero no podía seguir la clase de matemáticas, que me eran totalmente indiferentes; por aquella época hice amistad con los «golfos» y con los estudiantes mayores de mala fama, aprendí a pasar las noches en las

tabernas y a beber mucho a pesar de tenerlo prohibido. Algo de esto aparece en *Demian*.

Cuando ya no pude seguir en el Instituto fui enviado a Esslingen como aprendiz de un pequeño librero, de donde me escapé a los tres días, asqueado de lo insustancial de la vida de aprendiz en una ciudad pequeña. Anduve vagando durante varios días, me buscaron mis padres, etc., con angustia, y finalmente comparecí ante mi padre, que me recibió apenado pero no excesivamente enfadado; luego me llevaron a Calw, donde estuve cerca de dos años sin hacer nada concreto, una época aciaga en la que mis padres desesperaban de mí y yo mismo también más de una vez, pero durante la que realicé por mi cuenta estudios bastante profundos y variados en la enorme biblioteca de mi abuelo y de mi padre, llegando a conocer especialmente la literatura alemana del siglo XVIII, que estaba muy bien representada. Leí a Goethe, Gellert, Weisse, Hamann, Jean Paul, la historia de la literatura de Hettner, algunas obras de David Friedrich Strauss y muchos otros libros más, y senté las bases de mis futuros conocimientos literarios, que eran bastante grandes, hasta que unos dolores progresivos de la vista me frenaron.

Un amigo del colegio hacía por entonces prácticas en un taller mecánico; en aquel tiempo empezaba a despertarse entre los jóvenes el interés por los oficios técnicos y futuros ingenieros entraban en los talleres como aprendices con un período reducido de aprendizaje. Mi compañero era el primero que hacía esto en nuestra pequeña ciudad de Calw y se consideraba algo sorprendente que el hijo de un alto y cultivado funcionario (su padre era el funcionario civil de más alto rango de la ciudad) anduviese con un blusón azul de mecánico y fuese obrero en un taller a pesar de estar destinado al estudio. Un cierto romanticismo me atraía en el asunto, y como de todos modos me hallaba en una situación apurada y me acuciaba la cuestión de mi futuro, me decidí por este oficio e ingresé para hacer unas prácticas con camisa azul de mecánico en un taller y fábrica de relojes de torre de Calw. Trabajé allí cerca de año y medio, hasta el otoño de 1895. Aunque no tenía ningún talento ni interés por la técnica y la mecánica y pronto comprendí que nunca haría nada en aquel oficio, seguí en él aprendiendo muchas cosas y conviviendo íntimamente con el pueblo trabajador por primera y única vez en mi vida. En otoño de 1895 tomé la resolución de probar de nuevo el trabajo de librero, pero a ser posible no en una tienda anodina de cualquier ciudad de provincia, sino en algún lugar donde mi interés por los libros y la literatura encontrara estímulo. Mi padre estaba de acuerdo, veía que esta vez iba en serio y logró colocarme en una antigua y sólida librería de Tubinga, con una clientela en su mayoría de estudiantes y profesores y en especial teólogos y filólogos. Allí pasé un aprendizaje nada fácil de tres años y aún me quedé un año más en la casa como ayudante más joven, con ochenta marcos mensuales. En aquellos años leí mucho y escribí mis primeras cosas. De ellas se han conservado únicamente *Lauscher*, que fue escrita en parte en Basilea, *Romantische Lieder* y *Stunde hinter Mitternacht* (ambas hacia 1899). En mi primera época de Tubinga era muy aplicado y formal, más tarde solía irme a beber con los estudiantes (ver *Lauscher*) pero cumplía correctamente mi trabajo. Los primeros años de mis estudios privados los dediqué casi exclusivamente a Goethe, a sus escritos y a su vida. A partir de 1897 ó 1899 fue sustituido este culto por el de Nietzsche. También llegué a conocer entonces la literatura alemana de aquella época (leía mucho a Storm, Keller, Meyer, luego Liliencron, Dehmel, Falke, Bierbaum, Hartleben, Ibsen).

Ésta es la historia de mi juventud. De lo que sigue sólo puedo dar un apunte. En 1899 pasé de Tubinga a Basilea, como ayudante de librería; allí me pasé por completo al anticuario, la parte más interesante del trabajo de librero. Sobre la época de Basilea aparece algo en *Lauscher* y en *Camenzind*.

En 1902 se publicaron mis poemas en la editorial Grote. A través de un escritor que no conocía personalmente, la editorial S. Fischer llegó a conocer mi *Lauscher*, que se había publicado con seudónimo en 1901 en Basilea. Fue el primer reconocimiento y estímulo literario de mi vida cuando inesperadamente recibí unas líneas de esta editorial invitándome a presentarles a examen obras futuras. Por entonces había empezado *Camenzind* y la invitación de Fischer me animó mucho. Terminé de escribirlo, fue aceptado inmediatamente, la editorial me escribió en un tono amable, incluso cordial, y el libro apareció en la *Neue Rundschau*; Emil Strauss y otras personalidades que yo admiraba lo aprobaron. Había triunfado.

Gracias al éxito de *Camenzind* pude casarme en el verano de 1904 (con una basileense), y me instalé en el pequeño y apartado pueblo de Gaienhoffen a orillas del lago de Constanza. Allí viví los primeros tres años muy modestamente en una primitiva casa de labradores; después me construí mi propia casa, en la que me quedé hasta 1912. En Gaienhoffen, adonde me siguió mi amigo de Tubinga Ludwig Finckh, pasé ocho años tratando de hacer una vida natural, activa, cerca de la tierra; cuidaba el jardín y tuve mis tres hijos. Fue la época burguesa de mi vida. Subterráneamente, sin embargo, me agitaban también una serie de problemas. De pura angustia interior emprendí un viaje a la India en 1911.

En otoño de 1912 abandoné Gaienhoffen con mi familia y me fui a vivir a Berna, pero no a la ciudad, sino otra vez al campo, donde alquilé una hermosa casa rústica antigua con un viejo jardín y árboles vetustos. Los hijos iban creciendo. Con la guerra de 1914 mi problemática se hizo patente, pronto entré en conflicto con la opinión pública, me hice enemigo de la guerra, perdí la fe en la posibilidad de un triunfo alemán. Pero a pesar de los violentos ataques de la prensa nacionalista pude salir adelante sin romper con el mundo oficial. En 1915 me incorporé a la legación alemana de Berna como voluntario, ayudé a organizar y dirigir una sección de ayuda a los prisioneros alemanes en territorio enemigo y trabajé desde entonces hasta principios de 1919 en este servicio, primero como voluntario, luego como funcionario del Ministerio de la Guerra destacado en Berna. Mientras veía cómo Alemania perdía la guerra sin querer ver su propia situación, sin pensar en una autocrítica, tenía que prestar mis servicios en el aparato oficial y recibí más de una vez la reprobación oficial cuando publiqué artículos pacifistas en el *Zürcher Zeitung*. Durante estos años se fraguaba mi despedida de todo el mundo burgués, de la opinión pública, de la patria, de la vida familiar. Cuando estaba a punto de terminar la guerra, una enfermedad mental de mi mujer perturbó tanto mi matrimonio que decidí disolverlo. De momento vivimos separados y algunos años más tarde nos divorciamos. Desde entonces vivo solo. Hasta principios de 1919 me retuvo el servicio en Berna. En cuanto quedé libre partí para el Tesino, donde vivo ahora.

En 1919 escribí *Klingsor*, en los tres años siguientes *Siddhartha* (cuyas raíces llegan a un pasado remoto).

El psicoanálisis es algo muy importante para mí; lo conocí a través de los libros hacia 1913 ó 1914. En 1916 me dejé psicoanalizar. El futuro fue en parte el *Demian*.

El literato burgués, idílico y con éxito se había convertido en un problemático y marginado, lo que sigo siendo.

IV. Biografía sucinta

Nací hacia el final de la Edad Moderna, poco antes del incipiente retorno de la Edad Media, bajo el signo de Sagitario y amablemente iluminado por Júpiter. Mi nacimiento acaeció en las últimas horas de la tarde un cálido día de julio, y la temperatura de aquel momento es la que, de manera inconsciente, he amado y buscado toda mi vida y he echado dolorosamente de menos cuando faltaba. Nunca pude vivir en países fríos, y todos los viajes voluntarios de mi vida estuvieron dirigidos hacia el sur. Fui hijo de padres piadosos, a los que amaba con cariño y que hubiese amado aún, más si no me hubieses enseñado antes de tiempo el cuarto mandamiento. Pero, por desgracia, los mandamientos han tenido siempre un efecto funesto para mí, por muy acertados y bien intencionados que fuesen, yo, que de naturaleza soy un cordero y dócil como una pompa de jabón, me he rebelado siempre, sobre todo en mi juventud, contra todo tipo de mandamientos. Me bastaba oír el «debes» para que todo se revolviese dentro de mí y me volviera obstinado. Se comprenderá que este carácter ejerció una influencia grande y desfavorable sobre mis años de colegio. Es verdad que nuestros profesores, en aquella divertida asignatura que llamaban historia universal, nos enseñaban que el mundo había sido gobernado, dirigido y transformado por personas que dictaban su propia ley y que rompían con las leyes tradicionales, y se nos decía que, estas personas eran muy dignas de respeto. Sin embargo, aquello era tan falso como el resto de la enseñanza, ya que si uno de nosotros, con buena o mala intención, mostraba una vez valor y protestaba contra alguna norma o incluso contra una estúpida costumbre o moda, no era admirado ni presentado como modelo, sino castigado, humillado y aplastado por la cobarde superioridad de los profesores.

Afortunadamente, antes de que comenzasen los años de colegio yo ya había aprendido lo que es más importante y valioso para la vida: tenía sentidos despiertos, delicados y finos, en los que podía confiar y de los que podía obtener mucho placer; y aunque más tarde sucumbí irremediabilmente a las tentaciones de la metafísica y hasta mortifiqué y descuidé de cuando en cuando mis sentidos, la atmósfera de una sensualidad delicadamente desarrollada, sobre todo en lo que se refiere a la vista y al oído, me ha sido siempre fiel y actúa vitalmente en mi mundo intelectual. Mucho antes de entrar en el colegio ya había adquirido un cierto bagaje para el resto de mi vida. Conocía bien mi ciudad natal, los gallineros y los bosques, los huertos y los talleres de los artesanos, distinguía los árboles, los pájaros y las mariposas, sabía cantar canciones y silbar con los dientes y otras cosas valiosas para vida. A esto vinieron a añadirse las ciencias del colegio, que me resultaban fáciles y me gustaban, especialmente el latín, que me deparaba un verdadero placer, y empecé a escribir casi al mismo tiempo versos en latín y en alemán. El arte de la mentira y de la diplomacia se lo debo a mi segundo año de colegio, en el que un preceptor y un ayudante me enseñaron estas habilidades, después de que yo, con mi sinceridad e ingenuidad infantiles, me hubiese atraído una desgracia tras otra. Estos dos pedagogos me aclararon con éxito que la honradez y el amor a la verdad eran virtudes que ellos no buscaban en los alumnos. Me atribuyeron una fechoría, por cierto insignificante, sucedida en clase y de la que yo era totalmente inocente, y como no consiguieron que me confesase culpable, aquella bagatela se convirtió en un proceso de estado; y aunque aquellos dos seres no me arrancaron la esperada confesión con torturas y

palos, extinguieron en mí toda fe en la decencia de la casta de los profesores. Es verdad que, gracias a Dios, llegué a conocer con el tiempo otros más justos y dignos de respeto, pero el daño ya estaba hecho y mi relación, no sólo con los maestros de la escuela, sino también con todo tipo de autoridad, quedó desfigurada y amargada. Durante los siete u ocho primeros años de colegio fui en general buen alumno, al menos estuve siempre entre los primeros de mi clase. Con el comienzo de estas luchas internas por las que toda personalidad en desarrollo tiene que pasar, entré progresivamente en conflicto también con el colegio. El sentido de esas luchas no lo comprendí hasta veinte años más tarde, pero en aquel momento estaban allí rodeándome, contra mi voluntad, como una terrible desgracia.

El problema era el siguiente: desde los trece años sabía claramente que quería ser escritor o nada. Pero a esta certeza se añadió poco a poco una dolorosa evidencia. Uno podía hacerse profesor, sacerdote, médico, artesano, comerciante, empleado de correos, también músico, pintor o arquitecto; para todas las profesiones del mundo había un camino, existían condiciones previas, había una escuela, un aprendizaje para el principiante. ¡Para todos menos para el escritor! Estaba permitido, e incluso era un honor, ser escritor: es decir, triunfar y ser famoso como escritor, claro que para entonces solía estar uno ya muerto. Hacerse escritor era, sin embargo, imposible; querer serlo, algo ridículo y vergonzoso, como descubrí en seguida. Pronto aprendí lo que se podía aprender de aquella situación: se podía ser escritor, pero no hacerse escritor. Además, el interés por la literatura y el talento poético le hacían a uno sospechoso entre los profesores y eran razón suficiente para ser tratado con desconfianza y burla y a menudo para ser ofendido mortalmente. Con el poeta sucedía lo mismo que con el héroe y con todos los personajes y ambiciones fuertes y hermosos, audaces y extraordinarios: en el pasado era magníficos, en todos los libros de texto se cantaban sus excelencias, pero en el presente y en la realidad se les odiaba, y probablemente los profesores estaban empleados y formados precisamente para impedir en lo posible el desarrollo de seres admirables y libres y hechos grandes y magníficos.

Así, entre mí y mi lejana meta no veía más que abismos profundos, todo se volvía incierto, todo perdía su valor, sólo una cosa seguía en pie: quería ser escritor ya fuese fácil o difícil, ridículo o respetable. Las consecuencias externas de estas decisión —más bien fatalidad— fueron las siguientes.

Con trece años y en los comienzos de aquel conflicto mi comportamiento tanto en casa de mis padres como en el colegio dejaba tanto que desear que me enviaron desterrado al instituto de otra ciudad. Un año más tarde entré en un seminario teológico donde aprendí a escribir el alfabeto hebreo, y cuando estaba a punto de comprender lo que era un «Dagesch forte implicitum» me vi asaltado por unas tormentas internas que provocaron mi fuga del internado, el consiguiente castigo con calabozo y mi despedida del seminario.

Durante algún tiempo traté de sacar adelante mis estudios en un instituto, pero también allí terminó todo con calabozo y expulsión. Luego fui durante tres días aprendiz de comerciante, me volví a fugar y desaparecí, para gran preocupación de mis padres, durante varios días y noches. Durante medio año fui ayudante de mi padre, y año y medio aprendiz en un taller mecánico y fábrica de relojes de torre.

En resumen, durante más de cuatro años todo lo que emprendían conmigo salía irremediablemente mal, ningún colegio quería tenerme, en ningún aprendizaje aguantaba mucho tiempo. Todo intento de hacer de mí una persona útil terminaba en fracaso, a menudo con vergüenza y escándalo, con fugas y expulsiones, a pesar de que en todas partes se me reconocían buenas aptitudes e incluso una cierta medida de buena voluntad. En general era bastante aplicado; siempre he admirado con profundo respeto

la alta virtud de la ociosidad, pero nunca he sido un maestro en ella. Con quince años, después de fracasar en el colegio, comencé conscientemente y enérgicamente mi propia formación, y tuve la suerte y el placer de que en casa de mi padre se encontrase la formidable biblioteca de mi abuelo, toda una sala repleta de libros antiguos que, entre otras cosas, encerraban toda la poesía y filosofía del siglo XVIII alemán. Entre los dieciséis y los veinte años no sólo llené una gran cantidad de papel con mis primeros pinitos literarios, sino que leí media literatura universal y me interesé por la historia del arte, los idiomas y la filosofía, con una tenacidad que hubiese bastado con creces para un estudio normal.

Luego me hice librero para ganarme de una vez el pan con mis propios medios. Con los libros tenía además mejores relaciones que con el torno y los engranajes de hierro fundido que tanto me habían fastidiado cuando era mecánico. Al principio nadar en lo nuevo y más reciente de la literatura e incluso sentirme inundado por ello era para mí un placer casi delirante. Al cabo de un tiempo, sin embargo, noté que intelectualmente una vida situada en el mero presente, en lo nuevo y más reciente era insoportable y aburrida y que la constante relación con lo pretérito, con la historia, con lo antiguo y lo primitivo era lo que hacía posible una vida intelectual. Así después de apurar aquel primer placer tuve la necesidad de volver de las novedades a lo antiguo y pasé del comercio del libro al anticuariado. Pero a este oficio sólo le fui fiel mientras lo necesité para ganarme la vida. Con veintiséis años, y gracias a mi primer éxito literario, lo abandoné también.

Por fin, después de tantas tormentas y sacrificios, había alcanzado mi meta: me había convertido, a pesar de que parecía imposible, es escritor y había ganado, al parecer, la larga y tenaz lucha con el mundo. La amargura de los años de colegio y de formación, en la que tantas veces había estado a punto de hundirme, fue ahora objeto de olvido y de sonrisa; también me sonreían ahora amablemente los parientes y amigos que hasta entonces habían desesperado de mí. Había triunfado, y ya podía hacer lo más estúpido y trivial, que ellos lo consideraban maravilloso, del mismo modo que yo me maravillaba de mí mismo. Ahora comprendí en qué espantosa soledad, ascetismo y peligro había vivido años tras año; el aire suave del reconocimiento me hacía bien y empecé a ser una persona contenta.

Durante algún tiempo mi vida transcurrió de forma tranquila y agradable. Tenía mujer, hijos, casa y jardín. Escribía mis libros, la gente me tenía por un escritor amable y vivía en paz con el mundo. En el año 1905 ayudé a fundar una revista dirigida principalmente contra el régimen personalista de Guillermo II, sin que en el fondo tomara muy en serio estos objetivos políticos. Hice viajes hermosos por Suiza, Alemania, Italia y la India. Todo parecía estar en orden.

Llegó aquel verano de 1914 y de pronto todo se transformó completamente por dentro y por fuera. Resultó que nuestro bienestar había descansado en una base poco segura y ahora empezaba el malestar, la gran lección. Había comenzado la llamada «gran época», y no puedo decir que me hubiese encontrado más preparado, más digno y mejor que a los demás. Lo que me distinguió en aquel momento fue únicamente la falta de consuelo que tuvieron tantos otros: el entusiasmo. Pero ello retorné a mí mismo y volví a chocar con el mundo externo. Entré de nuevo en la escuela de la vida, una vez más tuve que olvidar la satisfacción conmigo mismo y con el mundo, y con esta experiencia pasé por fin el umbral de la consagración a la vida.

Nunca he podido olvidar una pequeña anécdota del primer año de guerra. Me hallaba de visita en un gran hospital militar, buscando la manera de acoplarme de algún modo como voluntario a ese mundo transformado, lo que entonces aún me parecía posible. En aquel hospital de heridos conocí a una vieja

señorita, que había pertenecido a la clase acomodada y prestaba allí sus servicios de enfermera. Me contó con entusiasmo conmovedor lo contenta y orgullosa que estaba de haber vivido en aquella gran época. Me pareció comprensible, ya que aquella dama había necesitado la guerra para hacer de su vida apática y egoísta de solterona una vida activa y más valiosa. Pero mientras me comunicaba su dicha, en un pasillo lleno de soldados vendados y destrozados, entre salas llenas de amputados y moribundos, me dio un vuelco el corazón. Por mucho que comprendiera el entusiasmo de aquella solterona no podía compartirlo, no podía aprobarlo. Si a cada diez heridos correspondía una de estas enfermeras entusiastas, la dicha de estas damas había tenido un precio algo elevado.

No; me era imposible compartir la alegría de aquella «gran época», y así sufrí desde el principio miserablemente bajo la guerra y durante años me opuse desesperadamente a una desgracia que aparentemente venía de fuera, caída del más tranquilo de los cielos, mientras a mi alrededor todo el mundo aparentaba estar lleno de alegre entusiasmo precisamente por esa desgracia. Y cuando leía en los periódicos los artículos en que los autores descubrían la bendición de la guerra, y los llamamientos de los profesores y todos los poemas de guerra salidos de los cuartos de trabajo de los poetas célebres, me sentía aún más desdichado.

En el año 1915 se me escapó un día en público la confesión de esta desdicha y una palabra de pesar por el hecho de que los llamados intelectuales no supiesen hacer tampoco otra cosa que predicar el odio, difundir mentiras y glorificar la gran desgracia. La consecuencia de esta queja expresada con bastante timidez fue que la prensa de mi patria me declarase traidor: para mí una nueva experiencia, ya que a pesar de muchos contactos con la prensa no había conocido nunca la situación de verme escupido por la mayoría. El artículo con aquella acusación fue publicado por veinte periódicos de mi país, y entre todos mis amigos, de los que creía tener muchos en la prensa, sólo dos se atrevieron a interceder por mí. Antiguas amistades me comunicaron que habían estado alimentando a una víbora junto a su caparazón y que éste latiría en adelante sólo para el Kaiser y el Reich y no para un degenerado como yo. Llegaron cantidades de cartas difamatorias de desconocidos, y algunos librereros me hicieron saber que un autor de sentimientos tan abyectos había dejado de existir para ellos. En varias de esas cartas descubrí una joya que no había visto hasta entonces: un pequeño sello redondo con la inscripción «Dios castigue a Inglaterra».

Lo lógico hubiera sido reírse de este malentendido. Pero me resultaba imposible. Esa experiencia, tan insignificante en sí, provocó la segunda gran transformación de mi vida.

Recordemos que la primera se produjo en el instante en que fui consciente de la decisión de ser escritor. El alumno modélico Hesse se convirtió a partir de ese momento en un mal alumno, castigado y expulsado; en ninguna parte hacía bien las cosas, era motivo de preocupación constante para sí mismo y sus padres, y todo porque no veía una posibilidad de conciliación entre el mundo, tal como es o parece ser, y la voz de su propio corazón. Esto se volvía a repetir ahora en los años de guerra. Otra vez entré en conflicto con un mundo con el que hasta entonces había vivido en paz. De nuevo me salía todo mal, de nuevo estaba solo y era desgraciado, de nuevo todo lo que hacía y pesaba era interpretado mal y hostilmente por los demás. De nuevo veía abrirse un abismo sin esperanza entre la realidad y lo que me parecía deseable, razonable y bueno.

Pero esta vez no puede evitar el examen de conciencia. Pronto me vi obligado a buscar la culpa de mis males no fuera sino dentro de mí. Comprendí que ningún hombre ni ningún dios, y yo el que

menos, tenía derecho a acusar a todo el mundo de locura y brutalidad. Por tanto debía existir un desorden total dentro de mí mismo cuando entraba así en conflicto con todo el curso del mundo. Y, en efecto, existía un gran desorden. No era agradable atacarlo en mi interior y tratar de ordenarlo. Una cosa estaba clara sobre todo: por la buena paz en que había vivido con el mundo no sólo había pagado un precio demasiado alto, sino que aquélla había sido igual de podrida que la paz que reinaba en el mundo. Había creído que a través de las largas y pesadas luchas de mi juventud me había conquistado un lugar en el mundo y que por fin era poeta. Pero mientras tanto el éxito y el bienestar habían ejercido sobre mí su acostumbrado efecto, me había vuelto satisfecho y cómodo y, bien mirado, apenas se distinguía el poeta del autor dedicado a la literatura de evasión. Me había ido demasiado bien. Los malos tragos, que son siempre una escuela buena y enérgica, abundan ahora, y así fui aprendiendo a dejar que los problemas de mundo siguiesen su curso, y pude ocuparme de mi propia parte en la confusión y culpa generales. Descubrir esta preocupación a través de mis escritos es cosa del lector. Aún tengo la secreta esperanza de que con el tiempo también mi pueblo, no como totalidad, pero sí a través de muchos individuos, despiertos y responsables, hará un examen de conciencia parecido y en lugar de los lamentos y maldiciones contra la funesta guerra, los funestos enemigos y la funesta revolución, surgirá en mil corazones la pregunta: ¿qué parte tengo yo en la culpa? Y ¿cómo puedo volver a ser inocente? Pues el hombre puede siempre volver a la inocencia si descubre su mal y su culpa y si los soporta hasta el final, en lugar de buscar la culpa en los demás.

Cuando comenzó a manifestarse la nueva transformación en mis escritos y en mi vida, muchos de mis amigos sacudieron la cabeza. Muchos me abandonaron. Pero esto formaba parte de la nueva imagen de mi vida, igual que la pérdida de mi casa, de mi familia y de otros bienes y comodidades. Corrían tiempos en los que cada día traía una despedida y en los que cada día me sorprendía de haber soportado también aquel golpe y seguía viviendo y mando aún algo de esta extraña vida que sólo parecía depararme dolores, desilusiones y pérdidas.

Por cierto, y volviendo un poco atrás, diré que también durante los años de guerra tuve algo así como una buena estrella o un ángel de la guarda. Me sentía muy solo con mis penas, y hasta que comenzó mi transformación mi destino me parecía una desgracia que maldecía, pero mi sufrimiento, mi obsesión con él me sirvieron de defensa y coraza contra el mundo exterior. Pasé los años de la guerra en un ambiente horrible de política, espionaje, técnicas del chantaje y artes de la coyuntura, que difícilmente podía encontrarse concentrado en otros lugares del mundo, en Berna, en medio de las diplomacias alemana, neutral y enemiga, en una ciudad que de la noche a la mañana se había abarrotado de diplomáticos, agentes políticos, espías, periodistas, acaparadores y especuladores. Yo vivía entre diplomáticos y militares, trataba con gentes de muchas naciones, incluso enemigas; el aire que me rodeaba era una sola red de espionaje y contraespionaje, de sospechas, intrigas, manejos políticos y personales. ¡Y sin embargo no noté nada en todos aquellos años! Me observaban, vigilaban y espiaban, tan pronto resultaba sospechoso a los enemigos como a los neutrales o a los propios compatriotas, pero yo no me daba cuenta de nada y sólo mucho más tarde me enteré de unas cosas y otras y no comprendí cómo había podido vivir intacto e indemne en tal atmósfera. Sin embargo fue posible.

El final de la guerra coincidió con el final de mi transformación y la culminación de mis sufrimientos. Éstos no tenían ya nada que ver con la guerra y el destino universal; tampoco la derrota de Alemania, con la que contábamos en el extranjero desde hacía dos años, tenía ya en aquel momento

nada de espantoso. Yo estaba completamente ensimismado en mi persona y mi destino, aunque a ratos con la sensación de que se trataba del destino de todo ser humano. Dentro de mí encontré toda la guerra y todo el ansia de matar al mundo, toda su ligereza, toda su brutal sed de placer, toda su cobardía; primero tuve que perder todo el respeto de mí mismo, luego el desprecio de mí mismo, no tenía otra cosa que hacer que hundir la mirada en el caos hasta el final, con la esperanza tan pronto viva, tan pronto moribunda, de volver a encontrar más allá del caos naturaleza, inocencia. Toda persona despierta y verdaderamente consciente anda una vez o varias veces este angosto camino a través del desierto; pretender contárselo a los demás sería un esfuerzo inútil.

Cuando los amigos eran desleales conmigo, sentía a veces tristeza, pero nunca malestar; me parecía una confirmación en mi camino. Porque mis antiguos amigos tenían razón cuando decían que yo antes era una persona y un escritor muy simpáticos y que mi problemática actual era simplemente insoportable. En aquella época ya no discutía cuestiones de gusto o de carácter, no había nadie que hubiera comprendido mi lenguaje. Los amigos tenían tal vez razón cuando me reprochaban que mis escritos habían perdido belleza y armonía. Semejantes palabras me hacían reír. ¿Qué significan belleza y armonía para el que está condenado a muerte, para el que corre para salvar su vida entre muros que se desmoronan? Tal vez ya no era un poeta, en contra de lo que había creído toda mi vida, y el tinglado estético no era más que un error. ¿Por qué no? Tampoco eso tenía ya ninguna importancia. La mayor parte de lo que había visto en el viaje infernal a través de mí mismo había sido mentira y carecido de valor, quizás también la ilusión de mi vacación o talento. ¡Qué poca importancia tenía! Y aquello que antes, lleno de vanidad y alegría infantil, había considerado como mi misión, tampoco existía ya. Mi misión, o mejor dicho, mi camino de salvación no se hallaba ya en el terreno de la lírica o de la filosofía o de una de esas historias para especialistas, sino exclusivamente en permitir vivir su vida a lo poco que había en mí de verdaderamente vivo y fuerte; en la fidelidad incondicional hacia aquello que sentía aún vivo en mí. Eso era la vida, eso era dios. Luego, cuando han pasado los tiempos de alta y peligrosa tensión, todo parece curiosamente diferente, porque los contenidos de entonces y sus nombres carecen ahora de significado, y lo que era sagrado anteaer puede incluso parecer cómico.

Cuando por fin terminó, también para mí, la guerra en la primavera de 1919, me retiré a un rincón apartado de Suiza y me volví ermitaño. Como durante toda mi vida me había dedicado con interés a la filosofía india y china (esto era herencia de mis padres y abuelos) y como en parte también expresaba mis nuevas vivencias en el lenguaje figurado oriental, me calificaban a menudo de «budista». Yo no podía por menos de reírme, pues, en el fondo, de ningún credo me sentía tan lejos como de éste. Y sin embargo el epíteto era en cierto modo justo y tenía su grado de verdad, que no reconocí hasta más tarde. Si fuera posible que un hombre eligiese personalmente una religión, yo sin duda me hubiese adherido por deseo íntimo a una religión conservadora: a Confucio, al brahmanismo, o a la Iglesia de Roma. Sin embargo hubiera actuado así por añoranza del polo contrario, no por afinidad innata, pues no sólo por casualidad soy hijo de devotos protestantes; también por carácter y naturaleza soy protestante (lo cual no está en contradicción con mi profunda antipatía hacia las actuales creencias protestantes). El verdadero protestante se opone a la propia iglesia como a todas las demás, porque su naturaleza le induce a afirmar con más fuerza el devenir que el ser. Y en este sentido seguramente Buda también protestante.

La fe en mi misión poética y en el valor de mi trabajo literario se hallaba desenraizada desde mi

transformación. Escribir no me proporcionaba ya verdadera alegría. Pero el hombre tiene que tener alguna, y yo, en toda mi miseria, reivindicaba este derecho. Podía renunciar a la justicia, a la razón, al sentido vital y universal, había visto que el mundo se las arregla perfectamente sin todas esas abstracciones, pero no podía renunciar a un poco de alegría. Y el deseo de este poco de alegría era una de esas pequeñas llamas internas en las que aún creía y con las que pensaba recrear el mundo. A menudo busqué mi alegría, mi sueño, mi olvido en una botella de vino, y a menudo me ayudó, alabada sea por ello. Pero no bastaba. Y he aquí que un día descubrí una alegría completamente nueva. De repente empecé a pintar, ya con cuarenta años. No es que me considerara pintor o que quisiese aprender a serlo. Pero pintar es maravilloso, le vuelve a uno más alegre y más tolerante. Después no se tienen dedos negros, como cuando se escribe, sino rojo y azules. Pero también esta pintura irrita a mucho de mis amigos. En eso tengo poca suerte: siempre que emprendo algo verdaderamente necesario, feliz y bello, las gentes se ponen desagradables. Quieren que uno siga siendo lo que era, que no cambie de cara. Pero mi rostro se niega, quiere cambiar con frecuencia, lo necesita.

Otro reproche que se me hace me parece justo. Me niegan el sentido de la realidad. Tanto las obras que escribo como los cuadritos que pinto no corresponden a la realidad. Cuando escribo olvido con frecuencia todos los requisitos que los lectores cultos exigen a un verdadero libro, y sobre todo me falta de hecho el respeto a la realidad. Me parece que es algo de lo que no hace falta preocuparse, porque siempre está ahí, y bien molesta, mientras que cosas más hermosas y necesarias exigen nuestra atención y nuestro cuidado. La realidad es aquello con lo que en ningún caso debemos estar contentos, lo que en ningún caso debemos adornar y respetar, porque es el azar, el desecho de la vida. Y esa miserable, siempre decepcionante y vacía realidad sólo podemos cambiarla negándola, demostrando que somos más fuertes que ella.

En mis obras se echa a menudo de menos el habitual respeto a la realidad, y cuando pinto, los árboles tienen rostro y las casas ríen, bailan o lloran, pero generalmente no se distingue si el árbol es un peral o un castaño. He de aceptar ese reproche. Confieso que a menudo mi propia vida me parece como un cuento; muchas veces percibo y siento el mundo exterior en una conjunción y una armonía que tengo que calificar de mágicas.

Algunas veces me han sucedido tonterías. Por ejemplo, hice en cierta ocasión un comentario inofensivo sobre el conocido escritor Schiller; al punto me declararon todos los clubs de bolos del sur de Alemania profanador de los santuarios patrios. Desde hace ya años, sin embargo, he logrado no decir nada que profane los santuarios y haga enrojecer de furia a la gente. Esto me parece un progreso.

Como la llamada realidad no juega para mí un papel demasiado grande, como el pasado a menudo me llena como si fuera presente y lo presente me parece infinitamente lejano, tampoco puedo separar el futuro del pasado con la claridad con que suele hacerse. Vivo mucho en el futuro y por eso no necesito terminar mi biografía con el día de hoy, sino que puedo dejarla continuar tranquilamente.

En pocas palabras contaré cómo mi vida termina de escribir su arco. Hasta 1930 escribí aún algunos libros, después volví la espalda a este oficio para siempre. La cuestión de si realmente yo debía ser considerado como escritor fue analizada, pero no resuelta, en las tesis de dos aplicados jóvenes. Después de un análisis minucioso de la literatura más reciente, resultó que el fluido constitutivo del poeta aparece en la época moderna en un grado de concentración tan extraordinariamente bajo, que no puede hacerse ya la distinción entre poeta y literato. De este hallazgo objetivo los dos candidatos al

doctorado sacaron conclusiones opuestas. El primero, y más simpático, opinaba que una poesía tan ridículamente aguada ya no es poesía, y que como la mera literatura no tiene razón de ser, es preferible dejar que muera su muerte callada todo lo que hoy se autocalifica de poesía. El segundo, sin embargo, era un admirador incondicional de la poesía, incluso en su forma más aguda, y por ello opinaba que es mejor tener en cuenta, por prudencia, a cien no-poetas que ser injusto con uno solo que quizá posee una gota de auténtica sangre parnasiana.

Yo me dedicaba por entonces principalmente a la pintura y a los métodos de magia chinos, pero en los años siguientes me fui dedicando más y más a la música. En la época posterior de mi vida tenía la ambición de escribir una especie de ópera en la que la vida humana, en su llamada realidad, se tomase poco en serio, incluso se ridiculizase, y por el contrario resplandeciera en su valor eterno como imagen, como fugaz ropaje de la divinidad. La concepción mágica de la vida siempre me ha sido afín, yo nunca he sido un «hombre moderno», y siempre consideré *La olla de oro* de Hoffmann o incluso *Heinrich von Ofterdingen* libros de enseñanza más valiosos que todas las historias universales y naturales (es más, también éstas, cuando las leía, me parecían encantadoras fábulas). Ahora, sin embargo, comenzaba para mí ese período de la vida en el que ya no tiene sentido seguir desarrollando y diferenciando una personalidad terminada y más que suficientemente diferenciada, sino que por el contrario se presenta el problema de sumergir al querido yo en el mundo y de integrarse, en vista del carácter efímero de las cosas, en lo órdenes eternos e intemporales. La expresión de estos pensamientos o estados vitales de ánimo me parecía sólo posible a través del cuento, y la forma suprema del cuento era para mí la ópera, probablemente porque no podía creer del todo en la magia de la palabra en nuestra maltratada y moribunda lengua, mientras que la música todavía me parecía un árbol vivo en cuyas ramas pueden crecer aún hoy las manzanas de paraíso. En mi ópera quería realizar lo que nunca había logrado del todo en mis escritos: dar a la vida humana un sentido elevado y fascinante. Quería celebrar la inocencia y la riqueza inagotable de la naturaleza y representar su camino hasta donde el sufrimiento inevitable la obliga a volverse hacia el espíritu, ese lejano polo opuesto; el movimiento pendular de la vida entre los dos polos de la naturaleza y del espíritu aparecía representado como algo alegre, lúdico y perfecto como la tensión de un arco iris. Desgraciadamente nunca logré llevar a cabo esta ópera. Me sucedió como con la poesía. Había abandonado ésta después de ver que todo lo que me parecía importante decir ya había dicho en *La olla de oro* y en *Heinrich von Ofterdingen* con mil veces más pureza de la que yo hubiera sido capaz, y así me sucedió con mi ópera. Precisamente cuando había terminado mis largos estudios preliminares de música, cuando tenía varios proyectos de texto y trataba de imaginarme una vez más con el máximo rigor posible el sentido y el contenido verdaderos de mi obra, descubrí de repente que con mi ópera no pretendía otra cosa que lo que hace tiempo estaba ya resuelto magistralmente en *La Flauta Mágica*.

Así que dejé a un lado este trabajo y por fin me dediqué por completo a la magia práctica. Si mi sueño de artista había sido una ilusión vana, si yo no era capaz ni de una *Olla de oro* ni de una *Flauta Mágica*, al menos había nacido para mago. Por el camino oriental del Lao Tse y del I Ging había yo avanzado ya lo suficiente como para conocer perfectamente el carácter casual y mutable de la llamada realidad. Ahora, gracias a la magia, obligaba a esa realidad en el sentido de mi voluntad, y debo reconocer que aquello me satisfacía mucho. Sin embargo, también debo reconocer que no siempre me limité a ese benigno jardín llamado magia blanca, sino que de vez en cuando me dejé arrastrar por la

pequeña llama viva dentro de mí, hacia el lado negro.

Con más de setenta años, cuando dos universidades acaban de distinguirse con el título de Doctor Honoris Causa, fui llevado ante los tribunales, acusado de seducir a una joven por medio de la magia. En la cárcel pedí que se me permitiera dedicarme a la pintura. El permiso me fue concedido. Amigos me trajeron colores y utensilios y pinté sobre el muro de mi celda un pequeño paisaje. Así que volví de nuevo al arte y todos los naufragios que había vivido como artista no me impidieron en absoluto apurar una vez más esta dulce copa, construir como un niño que juega un pequeño y amado mundo de juguete y saciar mi corazón con él, despojarme una vez más de toda sabiduría y buscar el goce primitivo de la procreación. Volvía, pues, a pintar, mezclaba colores y mojaba pinceles, una vez más bebía extasiado todos estos infinitos encantos: el sonido alegre y claro del bermellón, el sonido pleno y puro del amarillo, el profundo y conmovedor del azul y la música de sus mezclas hasta el gris más lejano y pálido. Feliz como un niño me entregaba al juego creativo y pintaba un paisaje en el muro de mi celda. Contenía casi todas las cosas que me habían alegrado en la vida: ríos, montañas, mar y nubes, campesinos en la siega y muchas otras cosas bellas que me solazaban. En medio del cuadro avanzaba un tren muy pequeño. Iba hacia una montaña y tenía la cabeza metida ya en ella como el gusano en la manzana; la locomotora había entrado en un pequeño túnel de cuya oscura abertura salía humo algodonoso.

Nunca me había fascinado tanto mi juego como esta vez. Gracias a este retorno al arte olvidé no sólo que era prisionero y reo y que tenía poca probabilidad de terminar mi vida en otro sitio que no fuera la cárcel: a menudo olvidaba incluso mis prácticas mágicas y me sentía ya bastante mago cuando creaba con el pincel un árbol diminuto, una pequeña nube clara.

Mientras tanto la llamada soledad, con la que de hecho había roto por completo, hacía todo lo posible por burlarse de mi sueño y por destruirlo una y otra vez. Casi a diario venían por mí, me conducían bajo vigilancia a habitaciones extremadamente antipáticas, donde en medio de mucho papel estaban sentadas personas desagradables, que me interrogaban, no querían creerme, me increpaban y tan pronto me trataban como a un niño de tres años como a un criminal redomado. No hace falta ser un reo para conocer este curioso y verdaderamente infernal mundo de las oficinas, del papel y de las actas. De todos los infiernos que el hombre por no sé qué extraña razón se ha creado, éste me ha parecido siempre el más infernal. No necesitas más que querer cambiar de domicilio o casarte, solicitar un pasaporte o un cédula de vecindad, para que te encuentres en medio de este infierno, tengas que pasar horas agrias en el espacio sin aire de este mundo del papel, te interroguen personas aburridas pero apresuradas y sin alegría, te increpen, no halles más que incredulidad para las más simples y verídicas declaraciones y te traten tan pronto como a un escolar, tan pronto como a un criminal. En fin, todo el mundo lo conoce. Yo me hubiera asfixiado y secado en el infierno del papel si mis colores no me hubieran consolado y divertido, si mi cuadro, mi pequeño y bonito paisaje, no me hubiese dado nuevamente aire y vida.

Una vez me encontraba delante de este cuadro en mi prisión cuando vinieron apresurados los guardianes con sus aburridas citaciones a sacarme de mi feliz trabajo. Sentí cansancio y algo como náusea ante todo el tinglado y esa realidad tan brutal y sin espíritu. Pensé que era ya hora de poner fin a la tortura. Si no me permitían dedicarme a mis inocentes juegos de artista sin molestarme, tendría que servirme de aquellas artes más serias a las que había dedicado tantos años de mi vida. Sin magia este mundo era inaguantable.

Me acordé de la regla china, contuve durante un minuto la respiración y me liberé de la ilusión de la realidad. Amablemente les pedí a los guardianes que tuvieran un momento de paciencia, ya que tenía que montarme en el tren de mi cuadro para revisar una cosa. Como de costumbre se rieron tomándome por loco.

Entonces me hice pequeño y entré en mi cuadro, subí al pequeño tren y me metí con él en el pequeño túnel negro. Durante un rato se vio aún el humo algodonoso saliendo del agujero circular, después el humo se disipó, y con él todo el cuadro y yo con él.

Los guardianes se quedaron atrás, profundamente perplejos.

(1925)

CARTAS A LOS PADRES DESDE MAULBRONN

[Maulbronn, septiembre, 1891]

Queridos padres:

Hasta hoy pude aguantar sin escribir, pero ahora os tengo que decir: me quedan sólo 61 Pf. y mañana tengo que pagar 60 Pf. por dos cuadernos de hebreo; hasta el domingo, como pronto, no tendré tiempo de llevar a correos el paquete en el que os mando este par de pantalones para coser, y tampoco entonces tendré mucho tiempo; también eso me costará algo; en cuatro o cinco días necesito petróleo; en resumen, estoy en apuros. Creedme, queridos padres, que hasta ahora sólo he mandado traer un cuarto de litro de cerveza (11 Pf.) y aparte de eso no he hecho ningún gasto de este tipo. Podemos beber cosas así tres veces por semana, y casi todos lo hacen; también se puede comprar la leche, pero a mí me resulta muy cara. Siento tener que escribiros esto y pedir os urgentemente que me mandéis con el paquete de los pantalones algún dinero, mis tarros de barro, bastante papel transparente para borrador y un taco de papel, que sea aproximadamente así de grueso: ¡por favor!

Me va bastante bien. Lo que echo de menos, y mucho, es el café. Por la mañana son parques con el café y luego ya no nos dan. Hoy tuve (con otros tres) mi primera clase de violín.

Nuestros profesores predilectos son los señores repetidores. Ayer percibimos nuestros estatutos impresos. Os voy a copiar algo de ellos.

- Art. 6: No está permitido comer durante las horas de trabajo.
- Art. 10: No debe adquirirse comida ni bebida a cambio de dinero en ningún establecimiento. Para la visita de cualquier establecimiento se requiere el permiso de la Dirección.
- Art. 13: Queda prohibido a los alumnos fumar (cigarros o pipa).
- Art. 17: Los alumnos irán vestidos decentemente según la costumbre de los demás jóvenes de su edad, evitando todo lo que sea llamativo en tejido, color y corte del traje. Los batines sólo están permitidos en el dormitorio y en el pasillo que conduce a él. Etcétera.

También os quiero copiar algo del orden del día:

- Días laborables:*
- 6,30 = levantarse
 - 6,30 = oración
 - 7,00 = desayuno
 - 7,15 a 7,45 = estudio
 - 7,45 a 9,45 = lecciones

9,45 a 10,00 = recreo (en invierno)

10,00 a 12,00 = lecciones

4,00 a 4,30 = pausa

7,30 = cena

Después de la cena hasta las 9,00 = recreo

9,00 = oración nocturna

9,00 ó 9,30 = a la cama

En domingos:

7,00 = levantarse

7,30 = oración

7,45 = desayuno

8,00 a 9,00 = ocupación en silencio (es decir, estar simplemente tranquilo: trabajar, leer)

9,00 a 9,30 = recreo

9,30 a 10,30 = Iglesia

10,30 a 11,00 = ocupación en silencio

11,00 a 12,00 = recreo

12,00 = comida

1,00 a 1,30 = libertad para salir

1,30 a 2,30 = ocupación en silencio

2,30 a 4,15 = paseo

4,15 a 5,45 = ocupación en silencio

5,45 a 6,00 = recreo

6,00 a 7,30 = ocupación en silencio, luego cena

Días festivos:

Por la mañana como en los domingos, pero en lugar de la ocupación en silencio hay estudio.

12,00 a 2,00 = paseo

4,30 a 6,00 = estudio

6,00 a 6,15 = recreo, luego cena

6,15 a 7,30 = estudio

Hoy he comenzado a apuntar en cada comida lo que nos dan. Cuando me guste os lo diré. Os envío la carta de Jack, ¡deliciosa! Gracias por vuestra carta.

Hermann.

Ahora mismo llaman a cenar.

Si por casualidad cayese algo de embutido o fruta en el paquete, encontrará buena acogida en este sano estómago monacal. Esta mañana tuve la alegría de que se leyera en clase mi redacción *Breve autobiografía con descripción minuciosa de detalles*, como la mejor de la promoción.

P. S.: Para el franqueo empleo mis sellos, ahora me queda exactamente 1 Pf.

21 de febrero de 1892

Queridos padres:

Ahora mismo vengo de la lección de la tarde, en la que declamé el *Cantor*, de Goethe. La declamación fue considerada buena, excepto el pasaje «Yo canto, como canta el pájaro», que al parecer declamé en un tono demasiado «campechano», en palabras del señor Repetidor Wüterich. El señor Repetidor Stettler recibió el jueves un telegrama, mientras nos daba clase, anunciándole la muerte de su hermano. Hoy ha vuelto.

He escrito al abuelo de Estonia y también a Theodor en Günzburg. El sábado por la tarde hubo repetición en planimetría y, como era de esperar, me perdí en un gran marasmo. Dentro de pocas semanas habrá un examen escrito, que no me preocupa. Cada día encuentro mayor placer en Schiller y especialmente en Homero. Con hebrero sucede lo contrario.

Esta semana es especial por dos días de fiesta, que caen estupendamente.

El día del cumpleaños del Rey tengo que tocar en la orquesta del Seminario el segundo violín en una obra de Beethoven. Esperamos que la fiesta sea un éxito.

Leo el *Proceso por la sombra de un burro* de Wieland, también a Lavater. Pero mi tiempo libre está muy limitado, ya que el trabajo ha aumentado considerablemente.

28 de febrero de 1892

Queridos padres:

Muchas gracias por el paquete y la carta.

Los dos días libres fueron muy agradables. El miércoles tuvimos libre medio día, el jueves todo el día. El martes por la mañana hubo concierto en el oratorio; yo intervine en la orquesta y en dos coros (bajo). Por la tarde marchamos con los repetidores a Bretten, en el Gran Ducado, con un barro indescriptible. Allí en la taberna hubo chistes, cerveza, embutido, discursos y música. La vuelta a casa fue terrible. Imaginaos un barro insondable, nieve mojada en algunos sitios, una oscuridad bastante espesa, tiempo lluvioso, pies cansados, un poco de dolor de cabeza, escalofríos y mucha prisa. Fue muy romántico, casi bonito, pero cruel. Todavía me siento totalmente entumecido y roto.

Encuentro mucho, muchísimo placer en el trato con Theodor Rümelin, cuya música es excelente. Theodor toca Mozart y Beethoven, improvisa mucho y compone. Tiene la intención de poner música a algunos de mis poemitas. Siempre es amable, *nunca está de mal humor*, ¡extraordinario! Además tienen una voz de bajo hermosa y sonora y de vez en cuando bellas canciones al piano. Es un genio.

Saludad por favor cariñosamente a Georg, también a Jack.

El trabajo crece cada vez más, exámenes y repeticiones «en masse» dan mucho que hacer. De vez en cuando salgo al aire libre.

He iniciado una correspondencia con Theo, que está en Günzburg. Leo mucho a Schiller, también *El proceso por la sombra de un burro* de Wieland y algo de Kant.

El martes tengo un examen de repetición de geografía que casi me aterra. El violín medianamente bien. En geometría y álgebra me hundo sin remedio, no se me dan bien y así todo el trabajo es en vano.

Lástima que tenga que derrochar tantas horas en el hebreo, que de todos modos no voy a continuar más tarde.

Con un beso,
vuestro portador de hábitos H.stud.mul.

Apéndice

Telegrama de Maulbronn

expedido el 7 de marzo de 1892 a las 4,40 horas
entregado el 7 de marzo de 1892 a las 5,10 horas.

Al Misionero Hesse, Calw

«Hermann falta desde las 2 horas, rogamos envíen posible información».

Profesor Paulus

Telegrama de Maulbronn

expedido el 7 de marzo de 1892 a las 8,30 horas.
entregado el 7 de marzo de 1892 a las 9,10 horas.

Al Misionero Hesse, Calw

«Todas medidas adoptadas hasta ahora sin éxito».

Paulus

Telegrama de Calw

[sin fecha]

«No sabemos nada. Rogamos telegrafíen noticias tranquilizantes».

Hesse

Carta del profesor Paulus a Johannes Hesse

Maulbronn, 7 de marzo de 1892

Muy señor mío:

Desgraciadamente no puedo darle hasta este momento, es decir hasta las 10 horas de la noche, ninguna noticia que le tranquilice en

su gran preocupación; todas nuestras indagaciones no han obtenido resultado de momento. Sin embargo, me creo en el deber de comunicarle lo que aquí ha sucedido y lo que hemos averiguado en relación con la lamentable fuga de su hijo Hermann de este seminario. Según las declaraciones de varios de sus compañeros Hermann se hallaba desde hace tiempo, incluso ya desde antes de Navidades, frecuentemente en un estado de máxima excitación, en el que solía escribir exaltados y en parte excesivos; pero estos estados alternaban con otros en los que se mostraba alegre y animado. Quizá haya sido ésta la razón por la que sus compañeros más próximos no han dado ningún aviso.

Según las declaraciones concordantes de sus compañeros, Hermann fue visto por última vez durante el permiso de salida algo antes de la 1,30. Estaba alegre, aunque expresó la intención de fugarse ante algunos compañeros; ellos no lo tomaron en serio. Cuando se le echó de menos durante la lección de las 2, se preguntó por él, primero en la estación y después telegráficamente en Stuttgart; inmediatamente se rastrearon, bajo la dirección de los profesores de la promoción, los bosques de los alrededores a una distancia de 1-2 horas. Además se dio aviso al comandante de carabineros y a través del departamento superior del distrito a los alcaldes de los pueblos circundantes. Finalmente enviamos al jefe de bedeles a indagar en Knittlingen y Bretten, ya que una pista parece indicar en esa dirección.

Desgraciadamente, hasta ahora todo ha sido en vano. Desde luego no han podido llegar aún las noticias de los alcaldes y tampoco del bedel. Participo sinceramente de la preocupación e inquietud interior en las que usted se encuentra; también nosotros estamos muy excitados. Naturalmente haremos todo lo que sea conveniente para el caso y le pondremos al corriente del resultado de nuestros pasos. Espero poder darle pronto noticias tranquilizadoras.

Le saluda suyo servidor

Prof. W. Paulus,
en representación del Sr. Director.

Postdata, 8 de marzo, 7,30 de la mañana
Ho han llegado nuevas noticias.

Telegrama de Maulbronn

expedido el 8 de marzo de 1892 a las 11,55 horas
entregado el 8 de marzo de 1892 a las 12,15 horas.

Al Misionero Hesse, Calw

«Hermann volvió sano y salvo».

Profesor Paulus

Carta del profesor Paulus a Johannes Hesse

Maulbronn, 11 de marzo de 1892

Muy Sr. Mío:

Ayer se deliberó en la Junta de Profesores sobre el castigo a imponer a su hijo Hermann y tengo el deber de informar a usted sobre la resolución adoptada. Estuvimos de acuerdo en no considerar la falta de Hermann como una fuga premeditada y consciente, ni como una expresión de malicia o rebeldía, y también estuvimos de acuerdo en que la enorme excitación y alteración con la que había actuado debían considerarse como atenuantes. Se fijó por tanto un castigo de prisión escolar de 8 horas, que Hermann cumplirá desde por la mañana a las 12,30 hasta las 8,30.

La Junta estuvo de acuerdo además en opinar que la permanencia de Hermann en el Seminario no es deseable por dos razones. Primeramente en su propio interés. Durante la investigación de su delito se ha puesto de manifiesto que le falta en un alto grado de capacidad de autocontrol y de mantener su espíritu y sus sentimientos en los límites necesarios para su edad y para su educación fructífera en un seminario. Por lo tanto estamos convencidos de que para él sería mucho más provechoso matricularse en un Instituto, especialmente si al mismo tiempo se le alojara en una familia, donde estaría bajo una disciplina y un control constantes y encontraría en la vida familiar un estímulo emocional. En segundo lugar, creemos que su estancia en el Seminario puede convertirse en un peligro para

sus compañeros. Hermann está demasiado lleno de ideas exaltadas y sentimientos exagerados, a los que tiende a entregarse en exceso. Si los comunica a sus compañeros puede suceder, como hasta ahora, que no encuentre comprensión y, en consecuencia, se sienta, según sus propias declaraciones, aislado e incomprensido, o que con el tiempo arrastre, como es de temer, a otros hacia su anormal y morboso mundo de ideas y sentimientos. Mi cuñado, el profesor Malz, y yo hemos hablado sobre este tema con el Sr. Gundert y creo poderme referir a nuestras declaraciones verbales. La cuestión será planteada a la autoridad superior, después de la decisión de la Junta.

Me permito incluir una relación de los gastos originados por la fuga de Hermann.

Estoy convencido de que Hermann observará, al menos en el tiempo próximo, un comportamiento correcto. Pero el hecho de que su excitada fantasía desborda con facilidad su voluntad, comporta siempre un criterio peligroso.

Con los más respetuosos saludos, también a su cuñado.

Su seguro servidor W. Paulus.

Gastos: Telegrama a Stuttgart, a la estación, a Bruschtal, a Bretten y un telegrama a Calw:

1 M 85, 50 Pf., 1 M 95, 2 M 30 y 55 Pf. Total:	7,15
Retribución a los gendarmes Lieb y Sternfeld:	2,00
Ídem para el gendarme Meier de aquí:	3,00
Propina para el ordenanza Röhm de aquí:	1,00
Factura de Holzbog, jefe de bedeles:	12,55
	<hr/>
	Total: 27,70 Marcos

Recuerdo de mi abuelo

El recuerdo más vivo y delicioso que tengo de él es para mí el siguiente: yo no había cumplido aún los 15 años y acababa de sufrir la crisis más grave de mi vida de colegio como alumno del Seminario, protestante de Maulbronn, es decir, en uno de los peldaños inferiores de la escalera que conduce al Stift, a la erudición al cargo de pastor o al Parnaso suabo. Había cometido un crimen inexplicable, incomprensible, que acumulaba la vergüenza sobre mí y mi honorable familia: me había escapado, se me había buscado un día entero en los bosques, con la policía armada, y había estado a punto de morir al pasar la noche en campo abierto, a diez grados bajo cero. Ahora, una vez dado de alta en la enfermería y el calabozo, volvía a casa a pasar las vacaciones. Todavía no estaba despedido y expulsado definitivamente del Seminario, pero sí estaba amenazado en mis estudios casi irremediabilmente. Que me trataran como a un criminal y a un enemigo, sobre todo en la familia, me hubiera quizá resultado menos terrible que la benevolencia y el temor desconcertado de los que me rodeaban, como si fuera presa de una siniestra y hasta contagiosa enfermedad. Una de las primeras visitas obligatorias, que tenía que hacer de vuelta en casa, y que para mí era la más importante y la más difícil, era al venerado, querido, pero en aquel momento también muy temido abuelo. No me cabía ninguna duda de que mis parientes esperaban mucho de esta visita y que habían rogado al venerable anciano que me examinase a fondo y me hiciese ver la magnitud y las probables consecuencias de mi delito. Mi visita al abuelo, el camino a la querida y vieja casa, y la subida por las escaleras a su estudio soleado, situado en lo alto, fueron como el camino del pecador al juicio. En la gran antesala había, como siempre, centenares y millares de libros, que ya entonces me atraían poderosamente y de los que más tarde había de leer tantos; la luz era tenue y el silencio absoluto, por la única ventana veía resplandecer el muro de la casa contigua iluminado por el sol, y el agujero oscuro de la ventana de la buhardilla, sobre el que colgaba un poco torcida y desvencijada la pequeña rueda del ascensor para subir la leña. Todo, la solemne fila gris de libros en folio en los estantes más bajos de las librerías, la exacta simetría de los espacios entre los títulos empalidecidos de largas filas de tomos de revista y el tenue y fugaz brillo del oro sobre los lomos de cuero, poesía en esta supuesta hora crucial una aparente superrealidad y una importancia que me oprimían; todo hablaba de un mundo de orden, pulcritud y solidez que yo estaba a punto de abandonar y de perder por mi fatal actuación, sobre la que precisamente aquí tendría que responsabilizarme.

Así pues, entré temeroso en el santuario, respiré el olor de humo de pipa, de papeles y tinta, vi las luces del sol jugar sobre las mesas cubiertas de libros, revistas, manuscritos en diversas lenguas y vi enfrente de mí, de espaldas a la ventana y al sol al viejo sentado en su canapé en una nube de humo luminosa por el sol, levantando lentamente la vista de su trabajo. Saludé lentamente la vista de su trabajo. Saludé con voz baja y le di la mano, preparado para el interrogatorio, la sentencia y la condena. Él sonrió con la boca sensible, versada en tantas lenguas, rodeada de ancha barba blanca y aún sonrió con los ojos azul claro; la tensión angustiada cedió a mí y sentí que aquí no me esperaban sentencia ni castigo, sino comprensión, sabiduría y tolerancia (de vejez) y además un poco de ironía y picardía. Entonces el abuelo abrió la boca y dijo: «Vaya, ¿eres tú, Hermann? Tengo oído que el otro día hiciste el viajecito de un genio».

CARTAS A LOS PADRES DESDE STETTEN

Stetten, [30 de agosto, 1892]

Estimados padres:

Aunque había decidido no escribir, tengo que pedir algunas cosas. No sería necesario si hubiese tenido al menos un poco de tiempo para hacer las maletas. Si es necesario ya pagaré más adelante los 25 Pf. de franqueo.

Llegué a Stetten; vivo aquí peor que antes, pero no me he quejado de nadie, únicamente he maldecido en silencio a Dios y al mundo. Sin embargo me resultaría extremadamente deseable recibir por lo menos los dos o tres cuadernos vacíos en están en «mi» cuarto de estudio, en el estante, y *Neblina* y *Matthison*. En el viejo pupitre (en el cuarto de estudio) hay una carpeta negra con forma de cuaderno, además un cuadernito azul. Os los pido, porque es propiedad adquirida por mí y querida como recuerdo de tiempos mejores. Quitarme estos poemitas equivaldría a robo y yo consideraría mi falta como saldada. Entonces sería «libre» y pronto no se me vería en Stetten.

¡Pero esto es cosa vuestra! Pienso que se me hará este pequeño favor y que se me adjunten uno o dos de mis tomos de Schiller.

Seguramente tengo pocas posibilidades de ir a parar a otro sitio. En fin, en todo caso me habéis perdido de vista, y eso basta.

Respetuosamente

H. Hesse, nihilista (¡ja, ja!)

N. B. En general me siento terriblemente ridículo. Cuando contemplo el pasado próximo, tengo que reírme cordialmente de todo, también de mí, especialmente cuando pienso en la causa de todo. Si me escribís que estoy loco o que soy un débil mental, os lo creeré por daros gusto y, me reiré el doble.

P. S. Aunque no me gusta meterme en asuntos falsos, os ruego, y no es en interés mío, que no enseñéis estas líneas al abuelo. Para qué se va a disgustar el anciano por culpa de un estúpido muchacho.

Por favor, no saludéis a nadie de mi parte y vosotros estad seguros del más entrañable amor de vuestro XY.

Magnífico. Así *hay* que terminar las cartas. Y las gentes despotricando contra los mentirosos.

Stetten, 4 de septiembre, 1892

Estimado papá:

¡Gracias por el paquete! Siento que os hayáis molestado mandando tanto: no tengo ni un metro cuadrado para mis cosas.

Acabo de tener una conversación con el señor Inspector, es decir, él hablaba y yo escuchaba. Fue muy edificante; el señor Párroco me devoraría por la cartita sobre la que le escribe Theo. Naturalmente también se la mandarán.

¿Por qué Theo no dice simplemente: «Consideramos que Hermann es un débil mental, no debe estudiar?».

A mí me daría todo igual, es decir en un grado aún mayor que ahora, si vosotros fueseis ricos. Pero así me pesa infinitamente que tengáis que pagar caro cada bocado que como. Sé que la vida aquí es cara, tan cara quizá como en Boll, pero es vuestro capricho particular pagarla; sin embargo existen cárceles más baratas que Stetten.

El señor Inspector me quitó *Neblina* de Turgueniev. Esta vida sin aliciente, sin cultura, sin diálogo puede bastarle a un animal, pero yo necesito también algo que se salga de lo corriente, aunque sea sólo en la lectura. Vosotros me vendríais ahora con el Pietismo. Si el Inspector lee y oye algo de esto me lo hará sentir a fondo, pero desde luego no os pido que no le digáis nada, sino todo lo contrario.

Me vienen con discursos: «¡Dirígete a Dios, a Cristo!», etcétera. Pero no *puedo* ver en ese Dios más que una ilusión, y en Cristo nada más que un hombre, aunque me maldigáis mil veces.

Heinrich Heine dijo al morir: «Dieux [sic] me pardonnera; c'est son metier [sic].» Yo también puedo decir: «Dieux [sic] me condamnera, c'est son metier [sic] ou plaisir».

Según la lógica del señor Inspector no debo firmarme «nihilista», así que:

H. Hesse, Exsulant.

Lema
«Ubi *bene*, ibi patria»
Sed ubi bene?

Papá firma en su carta al señor Inspector: «Su afligido, etc.». Por favor, trata de no afligirte, no sirve para nada. Intenta alguna vez reírte.

Stetten, 11 de septiembre, 1892

Q[ueridos] P[adres]

Hace un momento quería tocar un poco el violín. Lo tomé, miré afuera el día soleado e involuntariamente la *Réverie* de Schumann se deslizó por las cuerdas. Me sentí medio a gusto, medio triste, medio dormido. Los sonidos suaves y adormecedores iban bien von mi estado de ánimo. Me perdí en los sonidos y soñé con tiempos lejanos y mejores, con los días hermosos y felices de Boll. De pronto,

un súbito chasquido, una disonancia estridente, una cuerda se había roto. Me desperté del sueño y estaba de nuevo en Stetten. Solamente se había roto una cuerda, pero todas las demás estaban desafinadas.

Así me pasa a mí; he dejado lo mejor que poseo, mi amor, mi fe y mi esperanza en Boll. Y qué contraste:

En Boll jugaba por ejemplo en la bonita sala al billar con amigos queridos y agradables; las bolas de marfil ruedan silenciosas, se oye el crujir de la tiza, risas y bromas. O estoy en el cómodo sofá, juego con alguien a las damas lado oigo los acordes sonoros y majestuosos de una sonata de Beethoven.

Y aquí: estoy sentado en mi habitación, al lado suena adormilado el órgano abajo unos débiles mentales cantan con voz gangosa una canción infantil.

Pero el principal contraste está en mí mismo. Ya no abrigo en mi interior la tranquila felicidad, la vibrante pasión de Boll, sino un vacío muerto y desolado. Podría huir o conseguir que me expulsaran de aquí, me podría ahorcar tranquilamente o cualquier cosa por el estilo, pero ¿para qué? La suerte está contra mí y Papá en todo caso aún más furioso que entonces cuando me echó de casa. El médico o hace diagnósticos desfavorables o no dice nada, entonces ¡por todos los diablos!, ¿qué va a ser de mí? Si mis males fueran mortales estaría tranquilo con todo. Estoy convencido de que no puedo seguir así en Stetten, y si me queréis convertir en un pesimista por la fuerza y con sacrificios, os aseguro que puedo serlo y continuar siéndolo sin ayuda de otros. Si no es posible un cambio en mi situación, y un traslado a un lugar parecido a Stetten no soluciona nada, no necesito ni médico ni padres para acabar en la desesperación y el crimen. Si Papá no me necesita ya como hijo en casa o en el estudio, entonces tampoco le sirve de nada el hijo en un manicomio. El mundo es grande, muy grande, y un hombre no cuenta nada.

Por cierto, espero contestación; si no tenéis nada que contestar, la cosa es bien sencilla. Aún tengo un poco de esperanza, pero ¡qué tonterías!

Mirad, Theo me escribió el otro día: «Sácate esa chica de la cabeza; hay otras mil veces mejores y más guapas».

Del mismo modo podría escribiros «Sacaos ese chico de la cabeza», etc.

H. Hesse.

Después de escribir esto llega la carta de Papá. Dice entre otras cosas: «Perdóname a *mí* con todo lo que», etcétera. Suena muy irónico, aunque quizá esté dicho con otra intención. En fin, el destino es en su mayor parte ironía. Siempre que hablo o veo a un conocido de los viejos tiempos me parece ironía y nada puede amargar tanto a un desdichado a un enfermo como la ironía. Papá habla también de «un tiempo, en el que uno se transforma». Exactamente, basta que contemple los últimos meses: sí, soy otro. Además todo el conflicto consiste simplemente en que opiniones totalmente opuestas chocan allí donde se espera simpatía.

Vosotros veis después de esta vida miserable una vida mejor; yo me lo imagino de una manera completamente distinta y por eso quiero o renunciar a esta vida o disfrutarla. De qué sirve que aprenda a comportare como un zoquete, et.: Papá dice que Stetten es el «mejor» sitio, porque aquí estoy preso y os habéis liberado de mí con toda seguridad. No creáis que estas frías explicaciones con las que me llenan y conmueven, no, no son un dolor melancólico por la primera pérdida, etc., una nostalgia, pero no de

Calw, sino de algo verdadero. Para mí, sin embargo, vida y acción, esperanza y amor, son sólo ilusiones, sólo sensaciones; como dice Turgueniev: «¡Neblina, neblina!». Si hace unos meses hubiera visto mi vida actual, me hubiera parecido una pesadilla imposible. Este sacerdote frío, mitad erudito, mitad práctico, con sus sermones, estos guardianes incultos, estos enfermos de rostros y modales repulsivos, etc., los detesto con toda mi alma, parecen destinados a demostrar a una persona joven lo mísera que es la vida y todo lo que la acompaña. ¡Cuánto he dado por la buena música y la buena poesía! Aquí ni rastro de ellas, sólo la prosa más desnuda y deliberadamente lúgubre. Sería distinto si me hubiera criado aquí. Como la mariposa recién salida del capullo me alegraría más tarde el sol. Pero yo conozco el sol: ¡intendad encerrar de nuevo a la mariposa recién liberada! Pero para qué tantas explicaciones, vosotros estáis en Calw y no en Stetten, y yo estoy en Stetten y no el Calw. Vosotros respiráis otro aire que yo, «Hermann en Stetten» os es ajeno, no es vuestro hijo.

Odio el trabajo de jardinería y desde que estoy aquí sólo he bajado unas pocas veces al jardín, aunque *debería* bajar todos los días. «Mi padre no me necesita y me envió a Stetten», y con eso basta. Aquí estoy porque no me permiten estar en otra parte y lloro por mí, mientras me río del Inspector. No pienso dejarme dominar por él. Si se entera de que no trabajo en el jardín o en la traducción de Livio, me dará menos de comer y cosas parecidas, quizá me amenace con el calabozo. Que lo haga.

Emplearé mis últimas fuerzas para demostrar que no soy la máquina a la que no hay más que dar cuerda. Por la fuerza me han metido en el tren, me han traído a Stetten, aquí estoy y ya no molesto al mundo, porque Stetten está fuera del mundo. Pero por lo demás en mis cuatro paredes soy dueño de mí mismo y no *obedezco ni obedeceré*.

Si el Inspector lo descubre habrá escenas terribles, me maltratará, al fin y al cabo todo *sucede por mi bien*. La naturaleza, por lo que veo, no me ha destinado para el hogar, para la familia, pero no tenéis derecho a decir como Posa:

*Qué pobre, qué pobre de solemnidad eres
desde que no amas a nadie más que a ti.*

No lo merezco. Me amo a mí mismo, como cualquiera, pero ésa no es la razón por la que no puedo vivir aquí, sino que necesito otro ambiente para poder y para querer cumplir mi destino como persona. Como veis me esfuerzo por explicar todo objetivamente, por rebatir de antemano todas las objeciones; porque deseo por fin una decisión. Decid una palabra —y no os consideraré unos extraños; decid una palabra— y podré vivir y trabajar. ¿De qué me sirve que Papá repita cien veces: «Créeme, lo hacemos por tu bien?». Esta frase no vale un pimiento. Yo necesito vivir entre otros seres humanos, como Julius puedo decir: «Mi corazón buscó una filosofía y la fantasía interpuso sus sueños. La más cálida me pareció la verdadera. Busco las leyes de los espíritus, pero me olvido demostrar que existen efectivamente. Un audaz ataque del materialismo derriba mi creación».

Donde yo digo «debes» o incluso «deberías», el materialismo dice «tienes que», etc. Sí, aquí impera el materialismo más materialista, el mismo aire parece más material. Aquí no hay esperanza ni fe, ni amar ni ser amado, y mucho menos un ideal cualquiera, algo hermoso, estético, ningún arte, ningún sentimiento; todo lo que no sea el trabajo y la comida se descarta; no existe nada excelente en el mundo, no hay otro poder mayor que el del superior del momento, no existe ningún motivo que no sea la orden

de otro, en una palabra: aquí no hay espíritu. Ni siquiera la perfección sensual vale algo. Hasta los pocos aristócratas que hay son parte del absurdo proletariado que se ha acumulado aquí. No pretendo en absoluto hablar de política con las gentes de este establecimiento, pero ni siquiera es posible una conversación privada interesante.

Parece superior a esta mísera masa es, sin embargo, doblemente peligroso, pues todos los enfermos no dejaban y en parte aún no dejan traslucir nada. Por otro lado pocos son tan tontos como para no saber montar torpes intrigas.

Mientras escribo no estoy excitado en absoluto, lo puede atestiguar mi guardián, que sabe algo de esta carta. En total trato de describir la situación de la manera más fría y categórica posible. Y ahora pregunto, sólo como persona (porque contra vuestra voluntad y mis quince años me permito tener una opinión): ¿es justo meter en un «sanatorio para *débiles mentales y epilépticos*» a una persona joven, que aparte de una pequeña debilidad de nervios está prácticamente sana, arrebatarle la fe en el amor y en la justicia y con ello en Dios? ¿Sabéis que la primera vez que volví a Stetten quería vivir y luchar de nuevo y que ahora que estoy casi restablecido me siento más enfermo por dentro que nunca? ¿No sería mejor que un ser así fuese arrojado al mar, dónde es más profundo, con una piedra de molino al cuello?

No sé si al leer esta carta os vais a reír o a espantar. Yo desde luego hablo completamente en serio y os pregunto desde un punto de vista ideal, pero humano. Os puede parecer una insolencia, pero habéis pasado por alto, quizá intencionadamente, lo que os dije entre líneas en la primera, segunda y tercer cartas, así que lo digo claramente en la cuarta, porque creo que la claridad es una condición primordial en cualquier correspondencia. Vosotros diréis, quizá: «Tú no llevas la responsabilidad». Pero sí sufro el daño, soy en fin de cuentas el médium y creo tener derecho a interesarme un poco por mí mismo. Vosotros, como «gente piadosa» que sois, decís: «La cuestión es simple. Somos los padres y tú eres el hijo, y basta. Lo que consideramos bueno, es bueno, sea lo que sea».

Pero yo digo desde mi punto de vista: «Soy un ser humano, soy “persona” como dice Schiller, mi progenitora es la naturaleza exclusivamente y ella nunca me ha tratado mal. Soy un ser humano y reclamo seria y sagradamente los derechos humanos generales y luego los particulares». Yo afirmo: ningún mérito nos asegura un verdadero derecho, éste viene dado por la naturaleza que nos ha escogido para esto o para lo otro. Yo digo, aunque me suene extraño incluso a mí: la naturaleza no me da *derecho* a vivir entre débiles mentales y epilépticos.

Sin embargo ya sé que no dais valor a las opiniones de los que no son adultos, ni a sus derechos como seres humanos, y os dejo vuestra opinión por una razón muy sencilla.

Aún añadiré que hacia afuera estoy más sano que nunca, duermo como un lirón, tengo apetito y fuerza, desaparecieron hace ya tiempo el dolor de cabeza y los mareos. El trabajo intelectual apenas me fatiga. Desde que me fui de Maulbronn he crecido cuatro centímetros y he engordado ocho kilos. Aunque Papá cree comprenderme la realidad parece ser otra. ¡Escribimos carta tras carta, en todas pone lo mismo y en todas algo diferente!

En todo caso es muy, pero que muy curioso, que para un hombre joven de quince años, que es nervioso, pero por lo demás está completamente sano, que ha ido al colegio, etc., no exista otro lugar en el ancho mundo que Stetten, en el valle de Rems, en el Castillo, número 29. Si tuviese más dinero y también compañía humana me olvidaría de todo en la taberna. Hasta ahí ha llevado el amor paterno a ese hijo por el que se abrigan sólo angelicales sentimientos, que estaría dispuesto a venderse por una

tarde desenfundada en compañía de gente.

Vosotros mismo sabéis lo que es un corazón tierno, joven y alegre con poesía e ideales, sabéis lo que es fuego, entusiasmo, sabéis lo que es amor juvenil y sueños de mayo, sabéis que la juventud es la primavera feliz y que precisamente es tan bella porque

*cantando por valles y alturas
¡se marcha tan deprisa!*

Sabéis con que conmovedora delicadeza y melancolía Geibel advierte:

¡Oh, no, no la toquéis!

Y aquí se profana, se tergiversa y se encarna todo ideal, todo amor, Decís que aún tengo toda una vida por delante. Efectivamente, pero la juventud es el fundamento, porque entonces el corazón aún es sensible al bien y al mal. ¡Pero ay!, olvido que sois seres diferentes, sin tacha ni falta como la estatua, pero tan muertos como ella. Sí, sois auténticos, verdaderos pietistas como Nicodemo (?): un judío que no tiene falsedad alguna. Tenéis diferentes deseos, opiniones y esperanzas, diferentes ideales, halláis satisfacción en cosas diferentes, tenéis exigencias diferentes ante esta vida y la otra. Sois cristianos y yo, soy sólo un hombre. Soy un fruto desdichado de la naturaleza, llevo el germen de la desdicha dentro de mí; sin embargo aún hace unos meses creía poder ser feliz en el seno de mi familia. Puedo decirme a mí mismo como dice Posa a Don Carlos:

*«Oh, la idea
era infantil, pero divinamente hermosa.
¡Los sueños pasaron!»*

Continúo la carta, aunque no sé bien por qué.

Si os asomáis a mi interior, a esta cueva negra, en la que el único punto luminoso brilla y arde infernalmente, me desearíais y me concederíais la muerte. Ahí está el texto de Livio delante de mí, tengo que trabajar en él y apenas puedo. De buena gana arrojaría a Livio con diccionario y todo, el manicomio en pleno, Boll, Calw, el futuro, el presente y el pasado al fuego, precipitándome yo detrás.

De buena gana huiría, pero ¿a dónde en el frío otoño, sin dinero y sin meta, hacia lo gris? ¿A dónde en un país rastreado por gendarmes? Desearía que estallase una revolución o que viniera pronto en cólera. En medio de la miseria general el pequeño podría morir tranquilamente.

En Boll aprendí primero a reír, luego a llorar; en Stetten también he aprendido algo: a blasfemar. ¡Sí, ahora sé hacerlo! Sé maldecirme a mí mismo y sobre todo sé maldecir Stetten, los parientes, el odioso sueño y la odiosa ilusión del mundo y de Dios, de la dicha y de la desdicha. Si queréis escribirme, por favor, no me vengáis con vuestro Cristo: aquí nos lo pregonan hasta la saciedad: «Cristo y el amor, Dios y la bienaventuranza», etc., etc., está escrito en todas partes, en cada rincón, y mientras tanto todo rebosa de odio y de hostilidad. Creo que si el espíritu del difunto «Cristo», del judío Jesús, viera lo que

ha causado, lloraría. Soy un ser humano igual que Jesús, veo la diferencia entre idea y vida tan bien como él, ¡pero yo no soy tan tenaz como en judío!

¡Adiós!

Os pido de nuevo que me contestéis definitivamente, sin frases, sin miramientos, pero sin ira por mi carta. Por lo demás quedo, etc.

Stetten, 14 de septiembre, 1892

Muy señor mío:

Ya que se presenta usted tan ostentativamente dispuesto al sacrificio, me permito pedirle siete marcos o directamente el revólver. Después de llevarme a la desesperación, está usted sin duda dispuesto a librarme de ella y a librarme rápidamente de mí. En realidad debía haber reventado ya en junio.

Usted escribe: no te hacemos «reproches terribles» por protestar de Stetten. Me resultaría completamente incomprensible, pues a un pesimista no se le debe quitar el derecho a protestar, porque es lo único y último que posee.

«Padre» es sin duda una extraña palabra; yo al parecer no la entiendo. Según creí, designa una persona a la que uno puede querer y quiere de todo corazón. ¡Cómo me gustaría tener una persona así! ¿No podría usted darme un consejo? En otros tiempos era fácil salir adelante: ahora es difícil abrirse camino sin certificados, tarjetas de identidad, etc. Tengo quince años y soy fuerte, quizá pudiera encontrar trabajo en un escenario.

No me apetece parlamentar con el señor Schall, detesto este frac negro sin corazón, podría matarle a puñaladas. Él no me concede el derecho a una familia, como tampoco me lo concede usted o cualquier otra persona.

Las relaciones de usted conmigo parecen cada vez más tensas, creo que si yo fuese una pietista y no un ser humano, si convirtiese cada una de mis cualidades e inclinaciones en sus comentarios podría armonizar con usted. Pero así no puedo ni quiero vivir y si cometo un crimen será usted culpable conmigo, señor Hesse, usted que me ha quitado la alegría de vivir. El «Querido Hermann» ya es otro, es un enemigo del mundo, un huérfano, cuyos «padres» viven.

No vuelva a escribir «querido H.», etc.; es una mentira indecente.

El Inspector me sorprendió hoy dos veces mientras desobedecía sus órdenes. Espero que la catástrofe no tarde en llegar. ¡Lástima que no estén aquí los anarquistas!

H. Hesse, prisionero
en la cárcel de Stetten.

Donde no está «castigado». Empiezo a preguntarme *quién* es en este asunto el débil mental.

Por lo demás, desearía que viniese usted por aquí algún día.

Basilea, 15 de abril, 1900

¡Estos atardeceres templados y verdes en Riehenhof! Hacía meses que no lograba rimar ni una línea y ahora fluyen suaves y sin fin los versos, ¡versos! Todo es como lo describen las bellas antologías: primavera, verdor tierno y canto de mirlos, una bendita niebla dorada esconde el mundo a los ojos del poeta. Estoy tumbado en la hierba, camino por las praderas, me recuesto al atardecer en la habitación, voy a tomar un vino, y mis labios están calientes y rojos de tantos versos. Ningún contenido, ningún pensamiento, sólo música de esbeltas y risueñas palabras, sólo ritmo, sólo rima. Al mismo tiempo soy consciente de que estos versos, por muy buenos que sean, no son siquiera lírica, y que pronto recordaré con dolor e ironía y el de ayer como algo inconcebible, hermoso y pretérito. Además siento como si un poeta hubiera cantado ya en versos muy bellos las cosas que ahora pienso, hasta agotarlas, y si recapacito un poco, resulta que es el incómodo amigo Heine y éstas las estrofas:

No digas que me quieres.

Sé que lo más bello de la tierra.

La primavera y el amor.

Tienen que perecer.

La primavera y el amor. ¿Amor? No sé. Se trata únicamente de un nombre. Para mí el amor es este lirismo delicuescente que me invade de vez en cuando como una forma especial de la sentimentalidad y que es tan dulce como debilitador. ¿O debo pensar en esos momentos en Elisabeth? ¿Acaso es amor, que a veces tenga ganas de decirle más cosas de las que se dicen en general a las chicas? ¿Qué a veces me entristezca imaginar que le hago confesiones y debo alejarme cubierto de vergüenza? ¿Acaso no debería modificar la base insegura de toda mi vida actual, poner una base pétrea y desde ella perseguirla con la bandera roja de la pasión, con tempestades y sacrificios? Cuando recuerdo aquella grave y ardiente pasión con la que sucumbí siendo todavía un chiquillo al primer amor de mujer, aquellos arrebatos, aquellas noches de llanto y aquellos proyectos de vida planeados en la fiebre, cruzados por súbitos pensamientos de suicidio, y sin embargo tan felizmente audaces, aquella furia de murmurar mil veces el nombre de Elisa en la cama, de cantarlo en el jardín, de gritarlo en el bosque, cuando pienso en todo ello, tengo que reírme con tristeza y no puedo llamar amor a esta delicada inclinación. Un estado de ánimo, un acorde en tono menor, un tímido de un poema vagamente elegíaco, y a pesar de todo, desde hace años la única, aunque débil emoción que me sugiere la palabra amor. Quizá sea el mismo entusiasmo ardiente de entonces, matizado hacia tonos más pálidos, más efímeros, gracias a mucha filosofía, mucho arte y mucha ironía. Mas a veces sueño con aquel antiguo amor tan rojo y tan color de

fuego, añoro una pasión que estridente y báquica entreteja la insolencia y el descontento hasta la desgracia. ¿Son todo lo que me queda este sueño y esta nostalgia, son el eco del antiguo amor o el presentimiento de otro amor cercano, aún posible? ¿Brotó este sueño puro del subconsciente, del instinto y del recuerdo perdido, recibe sus colores de Böcklin y su compás grandioso y demoníaco de Chopin y de Wagner?

Creo que nadie está tan a oscuras sobre las razones de su vida interior y sobre las verdaderas causas de sus deseos y su descontento, nadie encuentra una oscuridad cada vez más profunda que aquél que observa sus sensaciones más fugaces y busca el origen de toda excitación. Como si por eso el inconsciente amedrentado se concentrase aún más y, asustado, se ocultase hasta de la mirada más cautelosa.

Basilea, 13 de mayo, 1900

La impresión del lago sigue actuando suavemente. Su belleza es inagotable, y ahora que las montañas tienen aún nieve profunda, es más fresca y más pura. A pesar de todas las visitas que le he hecho, siempre está nuevo, lleno de consuelo y riqueza. Cada vez que me acerco al muelle de Lucerna siento su encanto, intensificado o transformado. No me refiero a las hermosas praderas, ni al Pilatus, ni a los bosques o al Rigi, la montaña más aburrida del mundo, lo que entusiasma tanto mi vista es exclusivamente la belleza de esta agua clara, que es capaz de todos los colores y matices, desde el negro azulado hasta el verde y el gris, o el plata más plateado. El agua tiene tan pronto un tono gris, pesado y metálico, como un tono verde claro, fresco cuando baten ligeramente las olas; a veces el lago se cubre de aceite, como dicen desesperados los pintores. Eso es lo más bello, esas manchas del más diverso color, delimitadas a veces por un marcado contorno, a veces disueltas en las gradaciones más sutiles, y encima las sombras de las nubes azules y los reflejos de la nieve, plateados o plomizos según el sol. Desde gran altura pierde el lago casi todo su encanto; desde la barca o, cuando hay mucho sol, desde Morschach o Seelisberg resulta más hermoso.

Hace poco observé allí un verde azulado, fresco y luminoso, como el azul tardío que aparece en el cielo después del crepúsculo, pero no con un matiz dorado sino plateado, ese color indescriptible y su transición al plata mate me proporcionó un placer inmenso, una sensación de liberación de la ley de la gravedad, una sensación de disolución, como si mi alma se hallase extendida, fresca y sin saber nada de mí sobre la bahía silenciosa del lago, toda éter, color, belleza. Pocas veces una impresión de tipo artístico, poético o filosófico me ha transportado a esta altura a esta serenidad. No se trataba ya del placer ante la imagen bella, de la agradable autosugestión que uno se permite ante buenas obras de arte, la visión de este color me hizo disfrutar por algunos momentos del triunfo de la belleza pura sobre todas las conmociones de la vida consciente e inconsciente. ¿Acaso no he dudado a veces de mi buena estrella y he tenido que dar la razón a ciertos ataques de este tiempo contra la «Weltanschauung» estética? Ahora sé que mi religión no es superstición, que merece la pena contemplar todas las cosas materiales y espirituales exclusivamente en su relación con la belleza y que esta religión puede ofrecer exaltaciones que por su pureza y beatitud no son inferiores a las de los mártires y santos. Y era cosa que yo sabía hacía tiempo que esa religión exige sacrificios igual de grandes y depara tormentos, dudas y luchas no

inferiores. En relación con la belleza albergamos en nuestro interior el mismo pecado original, las mismas caídas y resurrecciones, la misma sensación de miseria alternando con felicidad que en la vida del cristiano. En el fondo los seres verdaderamente piadosos son, para nosotros los estetas, los únicos adversarios dignos, porque sólo ellos conocen tan profundamente como nosotros los abismos de la vida cotidiana, el sufrimiento bajo la ignominia, la entrega al ideal, el respeto a la verdad y la consecuencia implacable de la fe. Desde el fin de la época antigua, que nosotros no llegaremos nunca a comprender más que aproximadamente, sólo estas dos vías han ido más allá de lo vulgar; intuyo que los caminos del esteta y los del cristianismo también pueden perseguirse perfectamente en la historia de la filosofía. En todo caso la vía del pensador en el momento en que toma una posición frente a la eternidad pasa también por los mismos sacrificios y sufrimientos, por el mismo dolor de una herida siempre abierta, por la renuncia al mundo en todos los sentidos, por la aversión dominada y por la misma oscuridad de la duda en el ideal. ¿El ideal que siempre se halla en contraste doloroso con el «mundo» es el ideal del filósofo, el del esteta o el del cristianismo? En todo caso los tres sufren y los tres rechazan los compromisos; es decir, el «según el caso» y el humor. ¿O acaso existe verdaderamente un humor —aparte del chiste fácil—, cuya última razón no sea una debilidad, una trampa o una retirada ante la dolorosa consecuencia del idealista? Porque, ¿acaso no se siente en toda conversión ingeniosa un límite cuando alguien, quizá con mucho ingenio, toca asuntos cuya esencia es la dignidad y cuya introducción en el ámbito del chiste remueve incluso la conciencia del más zafio? ¿Cómo se va a colaborar en una comedia, cuando se sabe que la gracia de ésta reside en la miseria de las personas? Mas precisamente la caída de un héroe en la bajeza tiene un encanto extremadamente cómico para el idealista tolerante. Matas este seductor encanto es uno de los sacrificios que debemos al ideal. Los enamorados exaltados, que al enterarse de que la dote es pequeña retroceden tan cómicamente, los héroes que en el camino hacia algo noble venden, en un momento de agotamiento físico, su ideal por una comida, y todas las demás figuras de la comedia tienen generalmente muchos hermanos entre los espectadores que aplauden, para los que el encanto más fuerte de la obra reside en el semidespertar de su conciencia. Más de uno tendría momentáneamente ganas de indignarse, pero como le falta valor y como ha naufragado cien veces en los mismos escollos, aplaude al héroe y le limita, vendiendo su ideal por el placer de reír. Conozco a pocos que consigan —yo mismo lo consigo pocas veces— disfrutar de una comedia, casa de que lo merezca, puramente como manifestación artística, sin relación con la comicidad del contenido. Las pocas comedias de este tipo que he visto me suelen poner de mal humor o triste, según la calidad artística.

Vitznau, 5 de septiembre, 1900

¡Oh, si ahora tuviese la ingenua ansia de placer de mis años mozos, si mi corazón fuera como entonces capaz del latido embriagado y voluptuoso! Pero a pesar de todo, cada día celebro un rosario de fiestas. El lago se desvela poco a poco a mis ojos atentos y me mantiene constantemente cautivo en un círculo de llamadas, encantos y sorpresas. De vez en cuando se retrae, me hace esperar y, de improvisto, me arroja a manos llenas tesoros que me deslumbran. He captado bien los fundamentales cambios cromáticos de las distintas enseñadas, la rosa de los vientos y las horas del día, pero ¿qué significa este

esqueleto frente a la vida desbordante y festiva que sin objetivo ni norma se desangra y renueva de un momento a otro con increíble vitalidad?

Paso todas las horas del día espionando los juegos cromáticos y los secretos del lago. Después de recorrer en los primeros días los caminos de la orilla incontables veces, paso ahora casi todo mi tiempo sobre el agua. De vez en cuando vuelvo a las vistas desde lo alto, sin grandes descubrimientos. Desde la altura escarpada del Hammestsch el agua solaza aún mi visita, más arriba se va desvaneciendo metro a metro el brillo y el color y desde Rigikulm el lago aparece chato y casi gris. Desde poca altura ofrece aún algunos encantos sutiles, especialmente contemplado a través del bosque, donde las hojas de las hayas, de los castaños y las encinas crean deliciosos matices.

Pero ¿por qué buscar estas vistas más pobres y remotas y desperdiciar tiempo y sol? Prefiero navegar todo el día en barca por el lago abierto y las ensenadas. Una barca de quilla ligera, un cigarro para los momentos de descanso y un tomo de Platón, caña de pescar y aparejos de pesca constituyen mi equipo.

¿Llegará el día en que pueda cantar con palabras poéticas este torrente de dicha multicolor y de momentos de excitación cromática? ¿Estas llamadas, estas ansias, estos deseos, estas súbitas satisfacciones, estos súbitos éxtasis y deslumbramientos? Ho sólo sé balbucear y tomar notas prosaicamente. Quizá la cosa quede ahí, quizá el lenguaje no sea siquiera capaz de seguir a los ojos que observan y disfrutan individualmente, más allá de los primeros y más burdos matices. También los pintores se abandonan al instinto en las mezclas aparentemente más simples y emprenden caminos problemáticos propios. ¿Es imaginable un puntillista del lenguaje? Sin embargo, ¿qué significa verde-azul? ¿O azul perla? ¿Cómo expresar el leve predominio del amarillo, por ejemplo, del azul cobalto, del violeta? Y en este predominio leve se halla todo el dulce secreto de un ambiente, de una combinación que nos hace felices.

RECUERDO DE ASIA

Cuando recuerdo ahora el Oriente, tres años después de mi viaje malayo, veo las distintas imágenes de aquel viaje ligeramente borrosas y generalizadas en su objetividad. Ya no están separados en una individualidad nítida ni se distinguen Colombo de Singapur, Ippoh de Kuala Lumpur, el Batang Hari del Mosei. En cambio se destacan determinados grandes contextos con mayor claridad. Si hoy me preguntan por detalles concretos de Palembang, de Penang o de Djambi me veo obligado a buscar y me cuesta trabajo recordar algo tangible; si por el contrario me preguntan por el sentido y las principales impresiones de todo mi viaje, puedo contestar mejor ahora y con más rapidez que inmediatamente después de mi vuelta. De las semanas que pasé en las ciudades y en los bosques de la península de Malaca y de Sumatra me han quedado grabadas como experiencia las siguientes impresiones, constituidas y combinadas por cientos de pequeños detalles observados.

La primera y quizá la impresión más fuerte la constituyen los chinos. Nunca había vivido lo que significa verdaderamente un pueblo, cómo se aglutina una multitud de hombres a través de la raza, la fe, la afinidad espiritual y la igualdad de los ideales vitales, en un cuerpo social en el que el individuo sólo vive condicionalmente y cómo célula, como la abeja individual en el estado de las abejas. Sabía distinguir franceses de ingleses, alemanes de italianos, bávaros de suabos, sajones de francos, pero finalmente sólo los ingleses me dan la impresión de comunidad nacional, consciente de su idiosincrasia, orgullosa de su raza y su historia, sin que en esto interviniera el pueblo bajo. Entre los chinos vi por primera vez predominar de una manera absoluta la unidad de carácter de un pueblo, de tal manera que todas las manifestaciones individuales desaparecerían por completo. La misma impresión pueden dar a primera vista y desde un punto de vista pintoresco los malayos, hindúes y negros. El color, el vestido y la manera de vivir uniforman estas masas en comunidades extremadamente evidentes. Pero en el caso de los chinos tuve desde el primer momento la impresión de un pueblo civilizado, de un pueblo hecho y formado a través de una larga historia, que consciente de su cultura no mira hacia atrás, sino hacia un futuro activo.

Completamente diferente es la impresión que causan los pueblos primitivos. Entre éstos cuento desde luego a los malayos, a pesar de su comercio, su islamismo y su capacidad externa de civilización. Mi sentimiento hacia los chinos ha sido siempre el de una profunda simpatía, pero mezclada con una intuición de rivalidad, de peligro; me parece que tenemos que estudiar el pueblo de China como un contrincante equivalente, que según las circunstancias será amigo o enemigo y que, en todo caso, puede beneficiarnos o perjudicarnos infinitamente. Nada de esto me sugieren los pueblos primitivos. También ellos conquistaron pronto mi afecto, pero el afecto del adulto hacia hermanos más jóvenes y débiles; al mismo tiempo despertaban el sentimiento de culpabilidad del europeo, que hasta hoy únicamente ha

sido para estos pueblos el ladrón, el conquistador y el explotador y no el hermano que ayuda y guía, el amigo compasivo, el dirigente que apoya. Es absolutamente improbable que estos pueblos de piel oscura y bonancibles nos deparen grandes amenazas o beneficios para nuestra cultura. Pero no puede negarse que con respecto a ellos el alma de Europa está negra de culpa y crímenes sin expiar. Los pueblos sojuzgados de los países tropicales están ante nuestra civilización como acreedores con derechos más antiguos e igualmente bien fundados que la clase trabajadora de Europa. El que pasa en su propio coche delante de trabajadores, que vuelven a casa cansados y con frío, no puede plantearse cuestiones de conciencia más serias que el que en Ceilán, Sumatra y Java vive como un amo entre las gentes de color que le sirven silenciosamente.

La tercera impresión fuerte de mi viaje fue la selva. No conozco las teorías más recientes sobre la patria primitiva del hombre; para mí la selva tropical sigue siendo, al menos simbólicamente, la patria de la vida, el simple y primitivo crisol, en el que se crean con sol y tierra húmeda formas vivas. Nosotros que vivimos en países cuyas fuerzas naturales de producción están explotadas casi hasta el límite, o al menos conocidas y calculadas, nos encontramos en medio de la selva, con nuestra manera de pensar acostumbrada a números y medidas, como en la cuna de la vida y presentimos con asombro que la tierra no es una estrella apagada en sus últimas y débiles convulsiones, sino que aún conoce el limo procreador primigenio. Un viaje por río entre cocodrilos, bandadas de garzas, águilas y grandes felinos, o una mañana en la selva, cuando grandes familias de monos en el ramaje de la densa vegetación, traspasada por los rayos amarillos del sol, saludan el día con aullidos, es una maravilla y fuerte experiencia para el que está acostumbrado a campos exactamente delimitados, a bosques cuidadosamente trazados y a la caza regulada de los cotos. A esto se añade el olor de peligro y la sensación del escaso valor de la vida individual cuando se buscan en la jungla húmeda y llena de vapor pájaros y mariposas, rodeado por todas partes de misterio y posible peligro, de vegetación obscena y de vida animal multiplicándose exuberantemente en cada pie cuadrado. ¡Y el antiguo y natural imperio del sol, olvidado mil veces en Europa! La elemental irrupción de la noche, que transforma todo hasta el fondo, la llamarada de la mañana presurosa que trae de nuevo la vida; el surgir infinitamente rápido y violento de las lluvias y tormentas, el olor caliente, levemente animal de la tierra mojada y fértil, todo ello es para nosotros como un retorno misterioso y aleccionador a las fuentes de nuestra vida.

Sin embargo, la impresión más fuerte es la humana: el orden y la unidad religiosos de estos millones de almas. Todo el Oriente respira religión, como el Occidente respira razón y técnica. La vida espiritual del occidental parece primitiva y expuesta a todos los azares, comparada con la religiosidad resguardada, cuidada y confiada del hombre asiático, ya sea budista, mahometano y otra cosa. Esta impresión se impone sobre todas las demás, porque aquí la comparación revela fuerza en el Oriente y carencia y debilidad en el Occidente, y aquí todas las dudas, preocupaciones y esperanzas de nuestra alma se sienten reforzadas y confirmadas. Por doquier reconocemos la superioridad de nuestra civilización y nuestra técnica y vemos a los pueblos religiosos de Oriente gozar de un bien que a nosotros nos falta y que por eso consideramos muy superior a todas nuestras ventajas. Está claro que ninguna importación de Oriente puede resolver el problema, ningún retorno a India o a China, tampoco una huida al cristianismo de la Iglesia en cualquiera de sus fórmulas. También está claro que la salvación y la continuación de la cultura europea sólo es posible reencontrando el arte de vivir espiritual y el patrimonio común espiritual. Y sigue siendo una incógnita que la religión pueda superarse o

sustituirse. Nunca he comprendido con tan inexorable claridad como en los pueblos de Asia que la religión o su «Ersatz» es lo que más profundamente nos falta.

(1914)

RECUERDO DE MI PADRE

Recordaba la última visita a mi padre; cómo en seguida, después del saludo, nuestra conversación había discurrido llena de comprensión, de luz y de confianza. Aunque él probablemente me conocía mucho mejor que yo a él y tenía sobradas razones para desconfiar de mí, o al menos para hacerme reproches y desear que fuera distinto, y aunque yo en comparación con su delicada religiosidad era un hombre rudo y mundano, flotaba sobre nosotros, como cálido cielo, un sentimiento de unión y de no querer perderse mutuamente; sin duda la tolerancia y las concesiones eran mayores por su parte que por la mía. Porque aunque no era un santo, estaba hecho de la rara materia de la que se hacen los santos. En aquella ocasión, cuando estuve por última vez sentado junto a él en su pacífico cuartito —para mí un refugio y un escondrijo de paz, alejado del mundo; para él cárcel y jaula—, él que desde hacía algún tiempo había quedado ciego, me contó los pequeños métodos con los que salvaba sus largas noches de insomnio. Solía recordar entonces proverbios y refranes latinos por orden alfabético, lo cual, además de tener la virtud de disciplinar la inteligencia, servía para demostrar la riqueza de los tesoros de su memoria. Me animó a hacer el juego con él, empezando por la letra A. Yo tardé mucho en juntar dos o tres sentencias. «Alea iacta est» fue lo primero que se me ocurrió y «Ars longa, vita brevis». Sin embargo él, con los párpados cerrados sobre los ojos ciegos, pensativo, como un mago fue sacando cuidadosamente una frase tras otra, exactamente en orden alfabético —recuerdo que la última fue «Aut Caesar aut nihil»—, y cada una la pronunciaba con un alegre respeto ante el bello, conciso y sonoro lenguaje, con claridad y cuidado como un coleccionista que toma sus piezas con dedos cariñosos y educados.

Ahora lo volvía a ver en su totalidad, el caballeroso rostro bajo el largo cabello peinado hacia atrás, la alta y noble frente con sus bellas superficies, la alta curva de los párpados cerrados sobre los ojos ciegos, y por primera vez desde que me había enterado de su muerte sentí con un escalofrío en lo más profundo de mi alma que había perdido irremediablemente todas estas cosas queridas, delicadas y valiosas. Comprendí de pronto lo terrible que era no volver a sentir su mano suave, buscando mi cabeza para bendecirla, ni volver a oír nunca más su voz. Por un momento, junto a la ventana del tren en marcha no sentí más que el dolor del desposeído y algo como resentimiento contra todos los hombres que no lo habían perdido, que no lo habían conocido, que no sabían qué hombre tan cabal vivido y había muerto.

E inmediatamente recordé algo mucho más grave, más terrible, ¡cómo no había pensado hasta ahora en ello! Se trataba de mi última misiva a él, quizá la recibió en sus últimas horas, una postal breve, precipitada y sin cariño, con saludos superficiales, ¡quejándome de no tener ni un momento para escribir cartas! ¡Dios mío, qué lamentable, qué feo, qué vergonzoso, pero que si no hubiera escrito! Los

sufrimientos que causé a mi padre en mis años de juventud no eran nada, eran amargos pero naturales y necesarios. ¡Pero esta indiferencia, esta entrega a actividades y obligaciones vacías, por las que había faltado a los primeros deberes del amor, eran ruines e imperdonables! La culpa se me venía encima como un oscuro torrente de barro...

El tren paró en la estación de la capital, un amigo vino a recogerme y me llevó a su casa, hasta que pudiera proseguir mi viaje. Luego el lento tren comarcal salió hacia los pueblos y por fin se detuvo en la pequeña estación. Allí había personas, vi de pronto a mi hermano entre ellas y lo abracé, y también a mi hermana; de nuevo pertenecíamos los unos a los otros, éramos una misma sangre como en la infancia. El país perdido de los niños, los recuerdos de inocente comunión, los cálidos ojos marrones de nuestra madre, muerta hacía tanto tiempo, todo estaba de pronto presente y daba calor y amparo, olía a tierra natal, hablaba como los niños, fluía tranquilizante por la sangre. ¡Oh qué pobres andamos por nuestros polvorientos caminos pudiendo respirar tanto amor! ¡Oh qué pobres, qué pobres! Pero ahora todo estaba bien, yo había vuelto a casa.

Paseo pacífico por el pueblo y por las praderas en la incipiente primavera, por todas partes aún restos de nieve. ¡Oh qué bien, qué bien haber venido, estar allí, sostener el brazo de mi hermana y apretar el hombro de mi hermano! Y qué triste y maravilloso subir la pequeña cuesta hacia la casa, en la que yacía y nos esperaba nuestro padre. De nuevo ver la ventana desde la que él solía despedir a sus hijos en cada viaje. Subir la escalera y ver junto a la puerta de cristal el gancho donde siempre estaba colgado su sombrero de fieltro. Y respirar en el zaguán y en la sala la atmósfera de limpieza sencilla y perfumada, de delicada pulcritud que siempre le había rodeado.

Primero conversamos; las hermanas habían hecho café. Sí, nuestro padre había expirado suave y rápidamente, se había escabullido casi con picardía, sin ruido y sin gestos. Sabíamos que él, que tanto había sufrido, tenía cierto temor a la muerte, aunque la deseara muchas veces de todo corazón. Ahora todo estaba en orden, su anhelo cumplido, no había nada más que desear. Encontré recordatorios impresos; en ellos se indicaba un pasaje de los salmos, que según su deseo debía grabarse en su tumba. Pregunté a las hermanas cuál era la frase; ambas sonrieron y dijeron: «¡La atadura se ha roto, el pájaro es libre!».

Entonces me aparté, fui a su habitación abrí la puerta. La ventana estaba abierta, el frío de la nieve se mezclaba con el olor de las flores. Nuestro padre yacía entre flores, las manos una encima de la otra. Su cabeza estaba echada hacia atrás, como en un profundo suspiro, la frente alta y majestuosa, los ojos cerrados en calma. ¡Con qué profunda serenidad respiraba su rostro la paz alcanzada! ¡Qué descanso, qué liberación y qué íntimo contento sobre sus amados rasgos! Él, que toda su vida había sido perseguido por los dolores y el desasosiego y se había convertido gracias a ellos en luchador y paladín, parecía escuchar con profundo y concentrado asombro el infinito silencio que le rodeaba. ¡Oh padre, padre! Cuando besé llorando sus manos y toqué con las mías vivas y calientes su frente pétrea, me acordé de cuanto éramos niños y mi padre nos pedía a menudo en invierno, al llegar uno de nosotros a casa con las manos frías, que las colocáramos un poco sobre su frente; porque le aquejaban con frecuencia fuertes dolores de cabeza durante días. Ahora mis manos quietas y calientes estaban sobre su frente y tomaban frescura de él. Y toda la caballeridad y la nobleza que había tenido su carácter estaban escritas con claridad diáfana en su rostro, como la dignidad sobre una silenciosa cumbre nevada. ¡Oh padre, padre!

Por la noche una de mis hermanas me dio un anillo de boda de oro. Mi padre lo mandó hacer para su primer novio, al principio de los años sesenta; por dentro llevaba grabada una inscripción. Al casarse mi madre se lo dio a mi padre.

Di vueltas al fino anillo de oro, leí la antigua inscripción y me lo puse en el dedo. Me venía justo; cuando contemplé el dedo con el anillo que había visto mil veces en la mano de mi padre y que de niño tantas veces había tenido en la mano, también mi hermana mayor se volvió a mirar y ambos vimos el gran parecido que había entre mi dedo y mi mano y las manos de mi padre. Por la noche me desperté dos veces a causa del anillo extraño, pues hasta entonces nunca había llevado ninguno. Y allí echado intuí que el anillo no era más que una débil alegoría de cien imperativos que unían mi ser y mi destino a mi padre.

Al día siguiente volví a estar un rato solo con él y aún parecía escuchar concentrado y asombrado la inmensa paz y estar completamente fundido en ella; volví a refrescar la frente y manos en la fuente sagrada y todos los dolores no eran nada ante aquella frescura bienhechora. Y aunque yo fuera un mal hijo e indigno de aquel padre, alguna vez se calmaría también así mi alma y se refrescaría mi inquieto pulso. Y si no pudiese hallar ningún otro consuelo en el sufrimiento, al menos encontraría siempre éste: también estará un día así de fría y mi sentido habrá trascendido a lo esencial.

Desde las hermosas y plenas horas que pasé en la fría y clara habitacioncita de mi padre el conocimiento de la muerte se ha convertido para mí en algo importante y precioso. Hasta entonces había pensado poco sobre la muerte, nunca la había temido, a menudo la había deseado con impaciencia desesperada. Ahora veía toda su realidad y grandeza, veía que es el polo opuesto, situado más allá, que nos espera para que se cumpla un destino y se cierre un ciclo. Hasta ahora mi vida había sido un camino, en cuyos comienzos disfruté de mucho amor junto a la madre, en la niñez, un camino que recorrí a veces cantando, a veces desanimado y a veces maldiciéndolo, pero nunca había vislumbrado con claridad el final de ese camino. Todo impulso, toda fuerza que alimentaba mi existencia me parecía partir exclusivamente del oscuro principio, del nacimiento y del seno materno, la muerte me parecía ser únicamente el punto accidental donde esa fuerza, ese ímpetu y ese impulso decaerían y se extinguirían un día. Ahora veía por fin la grandeza y necesidad de ese «accidente» y sentía mi vida atada y determinada en sus dos extremos, veía que mi camino y mi misión consistían en ir hacia el fin como la consumación de todas las cosas, en madurar y acercarme a él como a la grave fiesta de todas las fiestas.

Hablamos mucho; el que recordaba determinados relatos de nuestro padre sobre sus años de juventud trataba de reconstruirlos, y entre ellos intercalábamos la lectura de pasajes de sus anotaciones. De vez en cuando uno de nosotros descolgaba un retrato de familia de la pared, lo estudiaba, buscaba fechas en el dorso. De vez en cuando uno de nosotros desaparecía para ir un poco «a su lado», para estar junto al padre, y de vez en cuando uno de nosotros empezaba a llorar. Una de mis hermanas había perdido más que todos nosotros, la muerte de nuestro padre de ser para ello hito y experiencia decisiva en su vida. Los demás hermanos nos unimos en torno a ella y la rodeamos de nuestro amor. Por encima de los años, los muchos años de separación paulatina, nos unía, con mis recuerdos preciosos de nuestros padres, la comunidad de la sangre y del espíritu. Pues todos comprendimos que esto era lo esencial dentro del legado del difunto que acabábamos de asumir: el lazo de la sangre no era lo único que en la hora del miedo nos empujaba los unos hacia los otros. Se trataba por encima de esto del legado de una disciplina y de una fe, a la que nuestro padre y nuestra madre habían servido, a la que ninguno de

nosotros pensaba sustraerse y la que también seguía rondándome a mí estrechamente, después de haber cortado todas las ataduras de palabra y comunidad. Esta fe la sentíamos todos ahora, la fe en un destino, la fe en una vocación y en un compromiso. Esta fe no podía ser expresada con palabras, ni apaciguada en su ímpetu con hechos, nos era común a todos como la sangre. Aunque nos perdiéramos los unos a los otros, sabíamos que pertenecíamos para siempre a una orden, a una secreta orden de caballería, de la que no existe salida. Porque una fe así puede pisotear, pero no extinguir.

Pero de todo esto no hablábamos ni una palabra.

Ahora la tierra oscura de la primavera se halla entre él y nosotros y quizá hayan echado hoy raíces las primeras flores sobre su tumba. Ahora ya no tengo patria, mi madre y mi padre están enterrados en distintos lugares. No me he llevado ningún recuerdo, excepto el delgado anillo de oro, al que mi mano ya se ha acostumbrado. Mi patria estará un día allí, donde la tierra me dé también a mí los últimos cuidados maternos. Pero no estoy perdido en el mundo al que quiero y que me es extraño como lo fue el muerto. Y he ganado más que perdido junto a la tumba húmeda y oscura en suelo suabo. Quien ha emprendido el camino de la madurez no puede ya perder, sólo ganar. Hasta que le llegue también la hora en que encuentre abierta la puerta de la jaula y con un último latido de corazón escape de la insuficiencia.

Quien busque para una persona como nosotros en la Biblia o en otros libros una frase hermosa o un lema que no diga ni pretenda decirlo todo, pero sí capte en su espejo el fulgor más excelso del tema, no encontrará seguramente otro mejor que el verso del Salmo: «¡La atadura se ha roto, el pájaro está libre!».

(1916)

SALUDO DESDE BERNA

A nuestros hermanos prisioneros

Cuando usted pide a un poeta que dé noticias de sí mismo, no espera de él un informe. Verdaderamente yo no tengo nada que informar. Mis líneas podrían venir de Sirio o de Berna o de alguna lejana isla perdida.

En estas islas vivimos nosotros ahora, los poetas. No todo el mundo es capaz de hacer oír sus poemas y pensamientos entre cañones y partes de guerra.

A esto se añade la experiencia que casi toda persona decente ha hecho durante la guerra: no hay rectitud de ideas y de carácter que valga nada, que a la más ligera manifestación no sea combatida en los editoriales, ridiculizada y arrastrada por el fango por los héroes de la pluma, en nombre del amor a la patria y otros ideales. Durante algún tiempo parecía que el odio era la fórmula prescrita, y el salvaje fanatismo el comportamiento actualmente prescrito; quien no era capaz de ambos estaba excluido.

Sé que las cosas ya no son así, y si recuerdo aquellos tiempos de inaudita falta de libertad de expresión y de pensamiento no es por razones sentimentales. Por el contrario, lo poco que entonces arrojaron sobre mi persona no sólo hace tiempo que ya no duele, sino que incluso fue saludable y dio frutos.

Entre ellos, que me deshabitué de la necesidad de hablar. Entre nosotros estaba en boga sobreestimar a los poetas, en el sentido de que se les pedía en todo tipo de ocasiones su apreciada opinión y se creía necesario leer de cuando en cuando sus estimados nombres en los periódicos. Hasta qué punto esta amabilidad correspondía por otra parte a un completo desconocimiento y desprecio de la poesía por parte de la mayoría de nuestros círculos cultos, lo sospechábamos todos un poco, pero ninguno quería admitirlo. En vez de vivir en buhardillas, comer cortezas de pan y escupir sobre las cabezas de los burgueses, los poetas nos habíamos convertido en señores agradables que casi podían aparecer en sociedad y que formulaban frases ingeniosas sobre las cuestiones del día, algún chiste y alguna leve y graciosa ironía.

Si algo me hubiese podido inducir jamás a participar durante un solo instante en el ridículo y blasfemo sermoneo de los pedantes de biblioteca sobre la grandeza de los tiempos de guerra, sería este despertar, estos remordimientos, esta súbita escisión respecto al mundo de los pedantes, con los que en general me había entendido pasablemente. Esto valía la pena, era vital y profunda experiencia: reconocer que no habíamos sabido donde estábamos, que habíamos desempeñado un papel, que con toda inocencia nos habíamos puesto al servicio de una «cultura» que en el fondo nos resultaba despreciable y negra. Por ejemplo, nos dejamos decir por críticos y redactores lo importante que era nuestra misión de predicar al mundo de los lectores de la naturaleza, y al hacerlo apenas notábamos que

no sólo éramos engañados, sino que también estábamos a punto de engañar.

En suma, también en nosotros se notaba la «paz podrida». Pero ahora todo eso está destruido. Cuando contemplo la poesía y la espiritualidad de hoy no me asusta en absoluto su bajo nivel, porque sé: los mejores están callados. Viven en islas perdidas, separados de las masas y del tono del día por las distancias de siglos de desarrollo. Intuyen que no tiene ningún valor intervenir escribiendo y chillando o siquiera defender sus bienes. Siguen los acontecimientos con el interés que exige a diario su triste grandeza; pero la mayoría no tiene ya la ilusión que un poeta de pronto politizado vaya a mejorar esencialmente los asuntos públicos. La politización de los poetas no vale nada. Al contrario, estamos más ávidos que nunca de islas lejanísimas de Robinson, donde florezcan nuestro sueños y pueda desplegarse nuestro amor a los hombres, en vez de ser maltratado, en vez de trabajar a medias en otros terrenos, en vez de digerir para el querido lector las experiencias del día apenas vividas. No interesa el querido lector. No interesan los poetas como charlistas amablemente tolerados o como figuras paternas que aleccionan notablemente: son una invención del público. Un poeta no ha de amar al público sino a la humanidad (cuya parte mejor no lee sus obras, pero las necesita). Un poeta no debe convertirse en periodista o en hombre de partido por amor a la patria; ni debe mezclarse con los abastecedores de material de guerra por muy seductor que pueda ser comercialmente. El poeta debe vivir su época, no intentar explotarla sin haberla vivido aún; ni por él mismo ni por su pueblo está obligado a hacer cosas a las que nadie le obliga.

Mientras fuera se suceden las ofensivas, en los países neutrales se celebran un certamen implacable, pero *pacífico*, cuya meta consiste en ganar simpatías y demostrar la superioridad de la patria. Orquestas y compañías de teatro, directores de orquesta y actores alemanes y franceses, «ballets» rusos, exposiciones de pintura y de artesanía son utilizados para impresionar al extranjero. Si la música alemana que dirige Strauss y los textos que monta Reinhardt en el extranjero no se encontraran muy por encima del nivel de la guerra y de la época, podrían volverse a casa, cubiertos de ridículo. Las cosas buenas que podemos mostrar en el arte y la poesía no han nacido de una capacidad de adaptación barata, ni de un feliz sentido de la oportunidad, sino del carácter y de la necesidad, en su mayor parte en la resistencia y la guerra contra el presente y sus exigencias niveladoras.

Ustedes quizá me escuchen asombrados y por fin pregunten: «Bueno, muy bien, pero ¿por qué decir todo eso? ¿Para qué escribir un artículo literario? ¿Por qué no callar?».

Tienen ustedes razón. Sin embargo, estamos en guerra, y si hoy emprendo alguna cosa pública, siempre estará relacionada con la guerra. Si como poeta rechazo someterme a las exigencias de una época con escasos vuelos intelectuales puedo a pesar de todo hacer mi trabajo como persona, como número y como soldado. Y este trabajo me importa mucho, no sólo porque es patriótico, sino porque es necesario y vital.

Así como un predicador ambulante, en cada ocasión que reúne gente a su alrededor, repite sus sermones y pasa su hucha, así tengo que recordar, en cada ocasión que se me ofrece, el trabajo que me ha impuesto la guerra. Es un trabajo muy pequeño, como la última rama en un gran árbol. Pero es necesario, hace bien y ayuda a salvar hombres.

Tenemos en Berna un Instituto que provee a nuestros hermanos prisioneros en Francia todo lo que parece necesario para su subsistencia intelectual y moral, sobre todo libros y la posibilidad de empezar o reanudar estudios profesionales. Nosotros enviamos al muchacho de Mecklemburgo, prisionero en el

sur de Francia, el diccionario francés que nos pide impacientemente, al estudiante su tratado de anatomía o ingeniería, al puñado de labradores suabos que trabaja en un astillero o en una cantera pirenaica le enviamos según su deseo un juego de ajedrez y un par de revistar con buena lectura. De otro campo nos llega la petición urgente de partituras, porque hay un piano o existe un cuarteto de cuerda. Otro pide encarecidamente un bloc de dibujo y algunos lápices de colores.

Todo ello no suena demasiado importante. Pero el que tenga una ligera idea de lo que es el cautiverio, el cautiverio durante años, intuirá que precisamente esas cosas son importantes y de la más profunda necesidad. Aparte de la comida y de la ropa, ninguna necesidad, ninguna penuria es tan grande para el prisionero como la intelectual, como el aburrimiento y el desaliento, la nostalgia y la duda sobre el futuro. Ahí están estudiantes, colegiales, jóvenes funcionarios prisioneros, separados por completo de sus estudios y profesiones durante uno, dos y más años. Ahí están miles de hombres a los que una lesión de guerra les impide reanudar su antiguo oficio y desean aprender algo nuevo. Y todos, persigan o no objetivos prácticos, quieren y necesitan tener algo en qué trabajar, en qué pensar, a qué dedicar su atención, una tarea y un estímulo, porque si no perderán sus facultades y regresarán un día como inútiles.

¡Ayudadnos en esta tarea! Dadnos dinero, dadnos buenos libros. Aún estoy esperando, a pesar de otros llamamientos semejantes, al fabricante que me conceda un crédito para lápices y utensilios de pintura, al hombre que haga donación de los *Lieder* de Schubert para los campos de prisioneros en Francia. Hace poco vino uno que me ha permitido, de la noche a la mañana, realizar un viejo deseo mío. Cada campo de oficiales recibe ahora una bella obra de astronomía.

Día a día nos llegan deseos acuciantes de prisioneros, a los que no podemos hacer frente con nuestros medios. No todos tienen que ser satisfechos, alguno es exagerado. Pero con el tiempo se adquiere una idea de lo que es importante y de lo que no lo es. ¿Quién va a permitirme, por medio de un crédito de determinada cuantía, satisfacer un cierto número de estos deseos que nosotros consideramos dignos de ser satisfechos?

Muchos han colaborado y a muchos les estamos agradecidos. También a aquél que sólo mete un par de buenos libros en un paquete y nos lo manda. Pero tienen que colaborar aún más, la necesidad crece. Los *envíos de libros* para estos fines están libres de porte por tren, libres de franqueo por correo, cuando van en paquetes de cinco kilos y como *envío a prisioneros de guerra* a las señas siguientes: «Asistencia de prisioneros de la Legación Imperial Alemana (Prof. Woltereck). Berna (Suiza)». Dirigir ofertas y propuestas al autor, H. H., a la misma dirección.

Si este ruego logra atraer nueva participación activa, mi saludo desde Berna no habrá sido escrito en vano. No me propongo conseguir más. El poeta movilizado para el servicio de prisioneros intenta movilizar en la patria nuevos corazones, nuevas bolsas de dinero a sus protegidos. Y así el poeta ha vuelto a establecer una relación intachable con la opinión pública.

(1917)

DEL DIARIO DE MARTIN

Anteayer fue el día más importante de mi vida. Por primera vez he vivido y sentido algo que no conocía antes en absoluto, y que, sin embargo, creo que he buscado e intuido toda mi vida.

El asunto está relacionado con los sueños. Los sueños siempre me habían interesado, y a menudo me asombraba y entristecía su fugacidad, la rapidez con que se desvanecen por la mañana y la timidez con la que se evaden al contacto más leve con la razón. ¡Cuántas veces, cuantísimas veces en mi vida me ha despertado en la cama con una nueva sensación de algo bello, distinto, indescriptiblemente nuevo, delicado, cariñoso, extraño, divertido! Entre mí y el mundo entero parecía establecerse una nueva relación, parecía nacer un nuevo sentido que relacionaba, confirmaba y también alteraba por completo las percepciones de mis viejos sentidos habituales. Un ciego que huele y toca una rosa y que de pronto abre los ojos y por primera vez, además del olor y del tacto, obtiene la imagen de la flor, sentiría algo parecido. Yo acababa de sentir o de inventar una nueva capacidad sensorial y perceptiva, que se añadía a la vista, al tacto, al oído, al olfato y al sabor. Cuando recapacitaba, me venía generalmente a la memoria un sueño, o el resto de un sueño que había tenido por la noche. Había volado. Había tenido una amante a la que podía atraer o llamar a mi lado sin un tono ni una seña, una amante que tierna y sensible respondía a cada deseo de mi alma. Había bebido aire como si fuera vino, o había respirado en el agua como en el aire.

Al recordar el sueño revivía una vez más la nueva sensación, entrañable y seductora, aunque ya con el brillo melancólico de lo que se escapa irrecuperablemente. Luego venían los pensamientos, el despertar y la consciencia, y el sueño y su felicidad se hacían lejanos e irreales. Cuando salía de la cama se había esfumado y perdido casi todo y no me quedaba otra cosa que una leve y temerosa sensación de pérdida y despojamiento, mezclada con un sentimiento que sabía a mala conciencia, como si hubiera hecho una tontería, como si me hubiera hecho daño y engañado a mí mismo.

A veces pensaba que los sueños eran precisamente lo que había que desenmascarar y rechazar como un autoengaño. Pero era al contrario: soñar era lo valioso; rechazarlo, juzgarlo y condenarlo, en error nocivo. Alguna vez estuve muy, muy cerca de esta revelación, la sentía revolotear en mi mano, como un pájaro cautivo, pero la perdí y me quedé triste y empobrecido. Ahora la tengo en mis manos, mi nueva revelación, o experiencia, o como se la quiera llamar.

Las elucubraciones que por entonces hice para mí mismo seguramente no merecen ser relatadas. Pero a medida que fui siendo mayor, y cuanto más insípidas me sabían las pequeñas satisfacciones que hallaba en la vida, con tanta mayor claridad comprendía en dónde había de buscar la fuente de las alegrías y de la felicidad. Supe que ser amado no es nada, que amar, sin embargo, lo es todo. Y creí ver cada vez más claro que lo que hace valiosa y placentera la existencia es nuestro sentimiento y nuestra

sensibilidad. Donde quiera que vise en la tierra algo que pudiera llamarse «felicidad», ésta se componía de sentimientos. El dinero no era nada, el poder tampoco. Veía a muchos que poseían ambas cosas y eran desdichados. La belleza no era nada; veía a hombres y mujeres bellos, que a pesar de toda su belleza eran desdichados. Tampoco la salud contaba demasiado. Cada cual era tan sano como se sentía; había enfermos que rebotaban vitalidad hasta poco antes de su fin, y personas sanas que se marchitaban, angustiadas por el temor de sufrir. La dicha, sin embargo, siempre estaba allí donde un hombre tenía sentimientos fuertes y vivía para ellos, sin reprimirlos ni violarlos, sino cuidándolos y disfrutándolos. La belleza no hacía feliz al que la tenía, sino al que sabía amarla y venerarla.

Aparentemente existían muy diversos sentimientos, pero en el fondo eran uno. A cualquiera de ellos puede llamársele voluntad o cualquier otra cosa. Yo lo llamo amor. La dicha es amor y nada más. El que es capaz de amar es feliz. Todo movimiento de nuestra alma, en el que ésta se sienta a sí misma y sienta la vida, es amor. Por tanto es dichoso aquél que ama mucho. Sin embargo amar y desear no es exactamente lo mismo. El amor es deseo sabiduría; el amor no quiere poseer, solo quiere amar. Por eso también era feliz el filósofo que mecía en una red de pensamientos su amor al mundo y que lo envolvía una y otra vez en su red amorosa. Pero no era filósofo.

En los caminos de la moral y la virtud tampoco existía posibilidad de dicha para mí. Como no ignoraba que sólo puede hacerme feliz la virtud que siento en mí, que yo invento y cuido en mí mismo, ¿cómo iba a pretender apropiarme una virtud ajena? Lo que sí veía es que el mandamiento del amor, ya fuese enseñado por Jesús o por Goethe, era erróneamente interpretado por todo el mundo. No se trataba de un mandamiento. Los mandamientos no existen. Los mandamientos son verdades como las transmite el que sabe al que no sabe, como las capta y siente el que no sabe. Los mandamientos son verdades mal captadas. El fondo de toda sabiduría es: la felicidad sólo viene a través del amor. Si digo: «¡Ama al prójimo!», estoy ya falseando la doctrina. Tal vez sería más justo decir: «¡Amate a ti mismo como a tu prójimo!». Quizá el fallo original fue empeñarse siempre en empezar por el prójimo...

Sea como fuere, nuestro más íntimo ser desea felicidad, desea una armonía bienhechora con lo que está fuera de nosotros. Ésta armonía se destruye en cuanto nuestra relación hacia cualquier objeto es otra que la de amor. No existe una obligación de amar, sólo hay la obligación de ser feliz. Para eso exclusivamente estamos en el mundo. Y con todas esas obligaciones, moral y mandamientos raramente hacemos felices a los demás, porque con ellos no nos hacemos tampoco felices a nosotros mismos. Si el hombre es capaz de ser «bueno», sólo lo será si es feliz, si tiene armonía en su interior. Es decir si ama.

La desdicha en el mundo y la desdicha en mí mismo procedía por tanto de un trastorno en la capacidad de amar. Las frases del Nuevo Testamento se me aparecieron de pronto en toda su verdad y profundidad: «Mientras no os volváis como los niños...» o «El reino de los cielos está en vosotros...».

Ésta era la doctrina, la única doctrina del mundo. Éstas eran las palabras de Jesús, de Buda, de Hegel, cada uno en su teología. Para ellos lo único importante en el mundo es el ser más íntimo, el alma, la capacidad de amar. Estando eso en orden de igual comer mijo o bizcochos, llevar harapos o joyas, que el mundo concuerda en pura armonía con el alma, es bueno, está en orden.

A nadie es capaz de amar el hombre tanto como a sí mismo. A nadie es capaz de temer tanto como a sí mismo. De este modo surgió, junto a los demás mandamientos, mitologías y religiones del hombre primitivo, aquel extraño sistema de transferencia y apariencias según el cual el amor a uno mismo se considera prohibido y debe ser disimulado, ocultado y enmascarado. Amar a otro se tenía por mejor,

más moral y más noble que amarse a sí mismo. Y como el amor propio era, quisiérase o no, el impulso primitivo y el amor al prójimo no lograba nunca florecer del todo junto a él, se inventó un amor propio disfrazado, elevado y estilizado: en forma de un amor al prójimo sobre la base de la reciprocidad... Así se convirtieron en sagrados la familia, la tribu, el pueblo, la comunidad religiosa, la nación... El hombre que por amor a sí mismo no debe violar el más mínimo mandamiento ético, puede hacer todo para la comunidad, el pueblo y la patria, incluso más terrible; y todo impulso condenado normalmente se convierte en deber y heroicidad. Hasta aquí ha llegado la Humanidad hoy. Tal vez con el tiempo caigan los ídolos de las naciones y en el renacido amor a la Humanidad entera se abra paso la primitiva doctrina.

Estas revelaciones llegan despacio, se asciende hacia ellas en espiral; y cuando están ahí, es como si se hubiesen alcanzado de un salto, de repente.

Pero las revelaciones no son todavía la vida. Son el camino hacia ella y más de uno se queda eternamente en el camino. También yo vislumbraba el camino, creía conocerlo con seguridad, pero nunca conseguía avanzar del todo. Había progresos y retrocesos, euforia y desánimo, fe y desengaño. Y seguramente siempre los habrá.

Desde anteayer he progresado un paso. Por primera vez he logrado retener algo que siempre huía, poseer algo que hasta ahora sólo había visto volar como un lejano pájaro de oro.

Mi vivencia es la siguiente: anteayer conseguí por primera vez arrastrar a la luz del día el sentido y la dicha, la esencia y la enseñanza de un sueño nocturno. Durante horas tuve con el mundo una relación que únicamente se tiene en sueños. Durante horas poseía facultades que no suelen poseerse durante el día.

Me cuidaré de dar detalles. Esta primera experiencia es para mí demasiado querida, delicada, sagrada, luminosa y misteriosamente dorada como para que trate de tomarla en mis manos y mancharla con pensamientos, palabras y tinta.

Pero la experiencia se ha repetido ayer y hoy. Deseo que se repita cien y mil días, todos los días, que deje de ser un secreto y un milagro, que sea día y naturaleza, que me pertenezca y se torne algo normal.

(1918)

OBSTINACIÓN

Una virtud hay que quiero mucho, una sola. Se llama obstinación. Todas las demás, sobre las que leemos en los libros y oímos hablar a los maestros, no me interesan tanto. En el fondo se podría englobar todo ese sinfín de virtudes que ha inventado el hombre en un solo nombre. Virtud es: obediencia. La cuestión es a quién se obedece. La obstinación también es obediencia. Todas las demás virtudes, tan apreciadas y ensalzadas, son obediencia a leyes dictadas por los hombres. Tan sólo la obstinación no pregunta por esas leyes. El que es obstinado obedece a otra ley, a una sola, absolutamente sagrada, a la ley que lleva en sí mismo, al «propio sentido^[2]».

¡Lástima que la obstinación sea tan poco apreciada! ¿Acaso goza de estima? ¡Oh, no! Incluso se la considera un vicio o al menos un lamentable desmán. Sólo se la designa por su hermoso nombre cuando molesta y suscita odio. (Por cierto que las verdaderas virtudes siempre molestan y suscitan odio. Véase Sócrates, Jesús, Giordano Bruno y todos los demás obstinados). Y cuando existe cierta voluntad de admitir la obstinación como virtud, o al menos como un bello atributo, se mitiga en lo posible su áspero nombre. «Carácter» o «personalidad» no suena tan desapacible y vicioso como «obstinación». Tiene un tono más presentable, e incluso «originalidad» se acepta en último extremo, claro que sólo referida a tipos raros a los que se tolera, artistas y gente estrambótica. En el arte, donde la obstinación no puede infligir daños considerables al capital y a la sociedad, se la tolera, incluso como originalidad; en el artista es hasta deseable una pizca de obstinación; se paga bien. Pero, por lo demás, en el lenguaje cotidiano entendemos por «carácter» o «personalidad» algo extremadamente complejo, algo que existe y puede ser exhibido y decorado, pero que en el momento decisivo se somete precavidamente a leyes extrañas. «Carácter» se atribuye al hombre que posee algunas ideas y opiniones propias, pero que no vive según ellas. De vez en cuando deja traslucir, aunque discretamente, que en efecto piensa de otro modo, que tiene opiniones. En esta forma suave y sutil ya se considera entre los mortales el carácter una virtud. Pero si un hombre tiene intuiciones propias y vive realmente de acuerdo con ellas, pierde elogioso título de «carácter» y sólo se le concede el de «obstinación». Pero analicemos literalmente la palabra. ¿Qué quiere decir «obstinación»? Terquedad, tener un «propio sentido». ¿O no?

Todas las cosas del mundo tienen un «sentido propio». Cada piedra, cada brizna de hierba, cada flor, cada arbusto y cada animal crece, vive, actúa y siente según su «propio sentido», y en eso estriba el que el mundo sea bueno, variado y hermoso. Que haya flores y frutos, encinas y abedules, caballos y gallinas, estaño y hierro, oro y carbón, se debe única y exclusivamente a que todas las cosas del universo, hasta la más pequeña, tienen su «sentido propio», llevan dentro su propia ley y la siguen absolutamente seguras e imperturbables.

Existen sobre la tierra solamente dos pobres seres malditos, a los que no está permitido seguir esa

llamada eterna, y ser, crecer, vivir y morir como les ordena su propio sentido innato.

Sólo el hombre y el animal domesticado por él están condenados a no seguir la voz de la vida y del crecimiento y a someterse a unas leyes establecidas por el hombre y, de vez en cuando, infligidas y modificadas también por él. Y lo más curioso es que aquellos pocos que han desdeñado esas leyes arbitrarias para seguir las suyas propias, las naturales, han sido siempre condenados y lapidados, aunque luego fuesen venerados, precisamente ellos, como héroes y libertadores. La misma Humanidad que ensalza y exige de los vivos, como suprema virtud, la obediencia a sus leyes arbitrarias, esa misma Humanidad acoge en su eterno panteón a los que desafiaron aquellas órdenes y prefirieron perder la vida a ser infieles a su «propio sentido».

Lo «trágico», esa palabra maravillosamente sublime, mística y sagrada, llena de los estremecimientos de la mítica juventud humana, que los reporteros profanan irresponsablemente a diario, lo «trágico» no es otra cosa que el destino del héroe, que sucumbe por seguir su propia estrella, en contra de las leyes tradicionales. Así y únicamente así se le revela a la Humanidad una y otra vez su «propio sentido». Porque el héroe trágico, el obstinado, enseña a los millones de seres mediocres y cobardes que la desobediencia a las normas del hombre no es capricho brutal, sino lealtad a una ley mucho más alta, más sagrada. O digámoslo así: el instinto gregario del hombre exige de cada cual ante todo adaptación y subordinación, pero sus más altos honores no se los reserva en absoluto a los sufridos, pusilánimes y dóciles, sino precisamente a los obstinados, a los héroes.

Así como los reporteros abusan del idioma cuando califican de «trágico» cualquier accidente de trabajo en una fábrica (término que para estos estúpidos es sinónimo de «lamentable»), la moda no es menos impropia cuando habla de la «muerte heroica» de los pobres soldados masacrados. Ése es uno de los términos favoritos de los sentimentales, sobre todo de los que se quedan en casa. Los soldados que caen en la guerra merecen sin duda nuestra más profunda compasión. Generalmente han hecho y sufrido lo indecible y a la postre han pagado con su vida. Pero no por eso son héroes, tampoco aquél que, siendo hace un momento soldado raso y maltratado por el oficial como si fuera un perro, se convierte de repente, gracias a la bala mortífera, en héroe. La idea de masas enteras, de millones de «héroes», es en sí absurda.

El «héroe» no es el ciudadano obediente, apacible y cumplidor. Heroico sólo puede ser el individuo que ha erigido su «propio sentido», su noble y natural obstinación, en su destino. «Destino y espíritu son nombres de un mismo concepto», dijo Novalis, unos de los poetas alemanes más profundos y desconocidos. Pero el héroe es el único que tiene valor para asumir su destino.

Si la mayoría de los hombres tuviesen ese valor y esa obstinación, el mundo sería otro. Nuestros maestros a sueldo (los mismos que nos ensalzan tanto a los héroes y obstinado de tiempos pretéritos) suelen decir que entonces iría todo manga por hombro; pruebas de ello no tienen ni las necesitan. En realidad, la vida entre hombres que siguieran independientes su propia ley y su propio sentido florecería con más riqueza y altura. Quizá en ese mundo quedaría más de un insulto y más de una bofetada precipitada que hoy entretienen a honorables jueces del Estado. De vez en cuando habría también un homicidio, pero ¿acaso no lo hay hoy, a pesar de todas las leyes y castigos? Sin embargo, muchas de las cosas terribles, inconcebiblemente tristes y demenciales que vemos proliferar con espanto en medio de nuestro ordenado mundo serían entonces desconocidas e imposibles. Por ejemplo, las guerras entre las naciones.

Ya oigo decir a las autoridades: «Tú predicas la revolución».

Otro error, posible sólo entre personas de rebaño. Yo predico la obstinación, no la subversión. ¿Cómo iba a desear la revolución? La revolución no es otra cosa que la guerra, es, igual que ella, «la continuación de la política con otros medios». El hombre que ha encontrado el valor de ser él mismo y ha oído la voz de su propio destino no tiene ya el más mínimo interés en la política, ya sea monárquica o democrática, revolucionaria o conservadora. Le preocupan otras cosas. Su «sentido propio», como el profundo, grandioso y divino sentido propio de cada brizna de hierba, está dirigido hacia su propio desarrollo y nada más. «Egoísmo», si se quiere. ¡Mas este egoísmo es totalmente distinto del despreciable egoísmo del usurero o del ansioso de poder!

El hombre que posee el obstinado «sentido propio», al que yo me refiero, no busca ni dinero ni poder. No los desdeña porque sea un dechado de virtud o un altruista resignado. ¡Todo lo contrario! El dinero y el poder y todas esas cosas por la que los hombres se torturan mutuamente y acaban por matarse a tiros tienen poco valor para quien se ha encontrado a sí mismo, para el obstinado. Éste sólo valora una cosa: la misteriosa fuerza en su interior, que le ordena vivir y le ayuda a crecer. El dinero y similares no conservan, potencian ni ahondan esa fuerza. Pues dinero y poder son inventos de la desconfianza. El que desconfía de la fuerza vital en su interior, el que carece de ella, tienen que compensarla con sucedáneos como el dinero. Para quien confía en sí mismo, para quien no desea otra cosa que vivir puro y libre su destino y dejarlo vibrar en su interior, esos medios auxiliares, desmesurados y pagados siempre con exceso, se reducen a instrumentos subordinados, de uso y posesión agradables, pero jamás decisivos.

¡Oh, cómo amo de esa virtud, la obstinación! Cuando la hemos reconocido y hallado algo de ella en nosotros, todas las virtudes recomendadas resultan curiosamente dudosas.

El patriotismo es una de ellas. No tengo nada en contra de él. En lugar del individuo postula un complejo mayor. Pero verdaderamente como virtud sólo es apreciado cuando empiezan los tiros, ese medio tan ingenuo y ridículamente ineficaz de «continuar la política». Generalmente se considera al soldado que mata enemigos más patriota que al campesino que cultiva su tierra con esmero. Porque éste obtiene una ventaja. ¡Y nuestra extraña moral considera siempre dudosa una virtud que beneficia y aprovecha a su dueño!

Pero ¿por qué? Porque estamos acostumbrados a acumular ventajas a costa de otros. Porque, llenos de desconfianza, creemos tener que desear siempre lo que otro posee.

El cacique de una tribu salvaje cree que la fuerza vital de los enemigos matados pasa a su persona. ¿No se basan en esta pobre creencia la guerra, la competencia, la desconfianza entre los seres humanos? ¡Sin duda seríamos más felices si equipáramos el honrado campesino al soldado! Si abandonáramos la superstición de que toda la vida o alegría de vivir que gana una persona o un pueblo, tiene que ser necesariamente arrebatada a otro.

Ahora oigo la voz del profesor: «Todo esto suena muy bien, pero por favor contemple el asunto objetivamente desde el punto de vista económico. ¡La producción mundial es...!».

A lo que yo contesto: «No, gracias. El punto de vista económico no es en absoluto objetivo, es como un par de anteojos por los que se puede mirar con muy diversos resultados. Por ejemplo, antes de la guerra se demostraba desde el punto de vista económico que una guerra podía durar mucho. Hoy podemos demostrar, también económicamente, lo contrario. Por favor, ¡permitidnos pensar de una vez

en realidades en lugar de esas fantasías!».

De nada valen esos «puntos de vista», llámense como se quiera, aunque vengan respaldados por los profesores más gordos del mundo. Son falacias. Ni somos máquinas calculadoras ni ningún otro mecanismo. Somos hombres. Y para los hombres existe únicamente *un* punto de vista natural, *una* sola medida natural, la del obstinado. Para éste no existen ni el destino del Capitalismo, ni el destino del Socialismo, ni Inglaterra ni América; para él no existe nada más que la ley silenciosa y tenaz que late en su pecho, que resulta tan penosa al hombre cómodo y tradicional, pero que significa destino de Dios para el obstinado.

(1919)

CREDO ALAMÁNICO

Existen diversas opiniones, cuya crítica no es asunto mío, sobre lo que son los alamanes y lo alamánico. Mi fe en las «razas» no ha sido nunca muy viva y no me atrevería a llamarme alemán en ese sentido. Sin embargo soy alemán, y con más fuerza y consciencia que la mayoría de aquéllos que por «raza» lo son real y verdaderamente.

Para mí la pertenencia a un área vital y cultural que se extiende desde Berna hasta la Selva Negra septentrional, desde Zúrich y el lago Constanza hasta los Vosgos, se ha convertido en un sentimiento vivido, adquirido. Esta región de Suiza y de Alemania sudoccidental es mi patria, y el hecho de que por este territorio discurrieran varias fronteras estatales y una nacional lo hube de notar a fondo en lo pequeño y en lo grande, aunque en mi fuero interno nunca he sentido esas fronteras como naturales. Para mí la patria estaba en uno y otro lado del alto Rin, ya se llamara el país Suiza, Baden o Württemberg. Nacido en la Selva Negra más septentrional, vine a Basilea siendo aún muy niño, y con nueve años volví a mi patria chica. Luego he pasado toda mi vida, a excepción de breves viajes, en tierra alamánica, en Württemberg, en Basilea, a orillas del lago Constanza, en Berna. También políticamente he pertenecido a ambas márgenes del Rin: mi padre procedía de las provincias del Báltico, mi madre era hija de un oriundo de Stuttgart y de una suiza francesa; en los años 80 mi padre adoptó para la familia el derecho de ciudadanía de Basilea y un hermano mío es todavía suizo, mientras que yo, siendo aún muchacho, adquirí la nacionalidad de Württemberg, por razones de estudio.

Atribuyo en parte a estas circunstancias y a estos orígenes el que, a pesar de sentir siempre un tierno amor a la patria, nunca haya sido un gran patriota ni nacionalista. Durante toda mi vida, a más aún en los tiempos de guerra, consideré las fronteras entre Alemania y Suiza no como fenómenos naturales, evidentes y sagrados, sino como un hecho arbitrario, que separaba territorios hermanos. Y por esa experiencia nació en mí muy pronto la desconfianza hacia las fronteras nacionales y un amor profundo, a menudo apasionado, hacia todos los bienes humanos que, por su naturaleza, sobrevuelan las fronteras y crean comunidades que no son políticas. Por otro lado, con el paso de los años me vi impulsado cada vez con mayor fuerza a valorar siempre mucho más las cosas que unen a los hombres y las naciones que las que los separan.

En pequeña escala hallé y viví esta situación en mi patria natural alamánica: no podía ocultárseme, a mí, que he vivido muchos años al borde de fronteras, que mi patria estaba surcada de líneas nacionales. Su existencia no se manifestaba en ninguna parte y en ningún momento en diferencias esenciales entre los hombres, su idioma y sus costumbres; a un lado y otro de la frontera no había diferencias apreciables ni en el paisaje, ni en el cultivo del suelo, ni en la arquitectura, ni en la vida familiar. Lo esencial de la frontera consistía en una serie de cosas en parte cómicas, en parte molestas, pero todas ellas de especie

antinatural y puramente fantástica: aduanas, oficinas de pasaportes y otras instituciones similares. Nunca he podido amar y venerar estas cosas, ni tampoco despreciar la igualdad de raza, de idioma, de vida y de costumbres que hallaba a ambos lados de la frontera; y así, paulatinamente, fui a parar, en grave perjuicio mío sobre todo en tiempos de guerra, al campo de los ilusos, para los que patria significa más que nación; Humanidad y Naturaleza más que fronteras, uniformes, aduanas, guerras y cosas por el estilo. Desde todos los bandos, y entre lo más furiosos improperios, se me ha explicado muchas veces que mi posición es condenable y mi punto de vista ahistórico. Sin embargo, no los he podido cambiar. Si dos pueblos están emparentados y se parecen como mellizos, y viene una guerra y uno de ellos envía sus hombres y jóvenes a luchar, se desangra y empobrece, mientras que el otro conserva la paz y prospera tranquilamente, no me parece justo ni bueno, sino siniestro y espeluznante. Cuando un hombre tienen que renegar de su patria y sacrificar su amor a ella, para mejor servir a una patria política, me parece como un soldado que dispara sobre su madre porque considera la obediencia más sagrada que el amor.

Mi amor a la patria, al país por cuyo centro fluye el alto Rin, jamás se me ha atrofiado ni oscurecido. Del mismo modo que de niño amaba el Rin de Basilea y el Nagold suabo, aprendía y hablaba los dialectos de la Selva Negra y de Suiza, hoy me siento como en casa en todos los países alamánicos. Es cierto que en mi vida tuve a menudo el fuerte deseo de viajar, siempre hacia el sur, hacia el sol. Pero no me he sentido a mis anchas ni en Italia ni en Bremen, ni en Francfort no en Munich, sino únicamente donde el aire y el paisaje, el idioma y la gente eran alamánicos. Casas de campesinos con madera pintada de rojo, viejas ciudades con puentes sobre el Rin verde claro y salvaje, montañas azuladas al atardecer, tierra de árboles frutales y fertilidad, y en el aire algo que recuerda a los Alpes, cercanos aunque no visibles; todas estas cosas y muchas más me hablan de mi patria, con confianza, viven en mí, a ellas pertenezco. Y además el idioma, los diversos pero estrechamente emparentados dialectos suabos y suizo-alemanes, una lengua de sonido especial, de melodía especial. No puedo describirla, pero para mí es patria y madre, seguridad y confianza.

De niño, después de retornar con nueve años de Suiza a la Selva Negra, cultivé durante algunos años una cierta nostalgia romántica hacia Basilea, y con orgullo verdaderamente infantil me sentía extraño y extranjero, a pesar de que a las pocas semanas volvía a hablar el dialecto suabo como en los primeros años de mi vida. Más tarde vinieron tiempos en que me sentí suabo y subestimaba mucho mi veta suiza. Con el tiempo comprendí que mi amor parejo hacia las dos patrias de mi infancia (a las que más tarde se añadió el lago Constanza) no era un capricho personal mío, sino que existía un paisaje, una atmósfera, una raza, una cultura, que yo había conocido y vivido desde los lados distintos, pero que en sí era una sola. Desde entonces me cuento entre los alamanes y, lejos de entristecerme, me alegra que nuestro país no sea un estado delimitado políticamente y no se encuentre en mapas, ni en tratados internacionales.

Como enemigo de las vanidades nacionales que soy no debo elogiar a los alamanes y cargarles de virtudes, como suelen hacer los pueblos, los unos ante los otros. No considero ni la lealtad ni la astucia ni el valor ni el humor como cualidades especiales de los alamanes, aunque hayan dado buenas pruebas de ellas. Tampoco amo más, por ser alamánico, a un poeta, una habitación de campesinos o una canción popular que a las otras cosas bellas de la tierra. Los alamanes no han construido una Basílica de San Pedro, no tienen un Dostoievski y cuanto por arrogancia patriótica no quieren saber nada de cultura y arte extranjeros, no cuentan con mi apoyo. Pero todo lo que es de origen alamánico me sabe a patria, me

resulta inmediatamente comprensible y cercano. Hay cosas que me gustan en los suabos, por ejemplo la maravillosa música de sus poetas Hölderlin y Mörike; otras me gustan especialmente en los suizos: la fantasía envuelta en sobriedad aparente, como en G. Keller. Y aún otra característica por la que los suizos se destacan de los demás alamanes: la mezcla burguesa-democrática de todos los estamentos sociales, sin delimitación marcada, conciencia de sí mismo y autosuficiencia en el «pueblo» y apertura del «hombre culto» hacia los compatriotas de todos los estamentos sociales. En este sentido hemos olvidado y descuidado muchas cosas por el lado del Reich, que ahora estamos aprendiendo de nuevo.

El país alamánico tienen multitud de valles y rincones. Pero cada valle alamánico, incluso el más angosto, tienen una abertura hacia el mundo y todas ellas apuntan hacia el gran río, el Rin, en el que desembocan todas las aguas alamánicas. Y desde tiempos antiguos se comunica con el ancho mundo a través del Rin.

(1919)

SOBRE EL RETORNO DE ZARATUSTRÁ

En los últimos días de enero escribí, bajo presión de los acontecimientos mundiales, en los días y dos noches, el opúsculo *El retorno de Zaratustra*, que poco después apareció anónimamente y fue enviado a mis amigos.

Entre las dudas que despertó en muchos lectores esta confesión de un apolítico, aparecían continuamente las dos siguientes. Casi todos los lectores que habían adivinado el autor (lo cual no era difícil) le planteaban estas dos preguntas: ¿por qué no das tu nombre? Y ¿para qué la máscara de Zaratustra, la reminiscencia de Nietzsche, la imitación de su estilo?

El reproche principal y más feo que se me hizo por guardar el anonimato —el de la cobardía— queda sin duda despachado al declararme públicamente autor del escrito. El que ese reproche surgiera una y otra vez me pareció característico de la mentalidad de los tiempos de guerra. ¡Incluso a hombres de carácter se les antojaba perfectamente posible y probable que un autor se sustrajese a posibles consecuencias molestas silenciando su nombre! Y en efecto, desde 1914 todo alemán que luchaba públicamente por la idea de una Humanidad por encima de las nacionalidades había sido castigado de manera tan brutal y había quedado tan indefenso, que hacía falta cierto valor para preservar en esas convicciones. Yo personalmente estoy orgulloso de todas las ofensas que he sufrido desde el verano de 1914 en nuestra prensa chauvinista, y no deseo recuperar la amistad de aquellos señores y periódicos que hora, desde noviembre de 1918, aplauden con tanta vehemencia las mismas ideas por las que hasta entonces nos habían perseguido.

¿Por qué dejé aparecer entonces mi escrito en forma anónima, si no era por miedo? Me asombra que nadie adivinase la razón. Quien haya leído siquiera una sola de las confesiones de nuestra juventud intelectual —de los «expresionistas»— conoce la oposición, rayana en el desprecio y en el más profundo odio, de nuestros jóvenes contra todo lo que conocen como tradicional, pasado e impresionista; no me cabía duda de que yo formaba parte de ese mundo y estaba seguro de que un escrito firmado por mí sería leído por el sector más vivo de nuestra juventud. Ésta era mi razón para permanecer en el anónimo.

Y ahora la segunda cuestión: ¿por qué me inspiré en Nietzsche, por qué imité el tono de Zaratustra? Me parece que, en efecto, un lector con fino sentido del lenguaje encontrará en mi escrito reminiscencias de Zaratustra, pero también descubrirá inmediatamente que no intenta imitar su estilo. Renueva, evoca, pero no imita. Un imitador de Zaratustra hubiese utilizado una multitud de características de estilo, que yo he omitido por completo. También tengo que confesar que hace casi diez años que no he tenido el Zaratustra de Nietzsche en mis manos.

No, el título y el estilo de mi obrita no surgieron por la necesidad de una máscara o por el gusto

caprichoso de experimentar estilísticamente. Incluso quien hace el espíritu de mi escrito ha de intuir —creo— la enorme presión bajo la cual nació.

Yo mismo no me di cuenta hasta el mismo momento de escribirla —de una manera casi inconsciente y explosiva— que la obrita evocaba a Nietzsche y conjuraba el espíritu de Zaratustra. Desde hacía meses, mejor dicho, desde hacía años, había ido fraguando en mi mente una nueva actitud hacia Nietzsche. No hacia su pensamiento, ni hacia su persona, sino hacia el nombre de Nietzsche. Desde el lamentable fracaso de nuestra intelectualidad alemana durante la guerra veía cada vez más en Nietzsche al último y solitario representante de un espíritu alemán, un valor alemán, una hombría alemana que parecían extinguidos entre los intelectuales de nuestro pueblo. Su aislamiento entre unos colegas llenos de irresponsable ambición ¿no les había mostrado la gravedad de su «misión»? Indignado ante la espantosa decadencia cultural de Alemania durante la época guillermina, ¿no se había convertido por fin en antialemán? ¿Y no fue él, el Nietzsche solitario, el feroz detractor del delirio imperial alemán, el último sacerdote apasionado de un espíritu alemán aparentemente agonizante, no fue su voz, la del intempestivo y aislado, la que llegó con más fuerza a la juventud alemana? Aunque le entendieran o interpretaran equivocadamente, ¿acaso no intuían todos que su amor a Nietzsche, su primer entusiasmo por el autor de Zaratustra, era lo más valioso y sagrado que su juventud podía sentir? ¿Dónde está el poeta alemán, el intelectual alemán, el líder espiritual alemán que desde 1890 haya disfrutado como Nietzsche de la confianza de la juventud y que como él haya exhortado a lo más sagrado y espiritual? No existe otro.

Yo quería y debía apelar a este espíritu, del que Nietzsche era en mi opinión el último portavoz. Si todavía existía una Alemania espiritual, podía agruparse bajo esta bandera. Y desde las noches de lectura entusiastas y sagradas de mi juventud llegaba hasta mí el tono, mientras escribía mi llamada a la juventud. Un tono que no era hijo de la reflexión, ni de ningún experimento. Surgió solo, sin ser llamado.

No siento la necesidad de justificar mi escrito frente a los ataques sufridos ni de polemizar contra interpretaciones equivocadas. Al frente de mi escrito sobre Zaratustra figura como lema de Nietzsche. Si mi escrito consigue que mil o cien jóvenes en el actual caos de Nietzsche, entonces habré logrado todo cuanto podía esperar conseguir con mi escrito.

El lema de Nietzsche: «Ese algo oculto e imperioso para el cual no tenemos ni mucho menos un nombre, hasta que finalmente demuestra ser nuestra misión, ese tirano en nuestro interior se venga terriblemente por cada intento que hacemos de evitarle o rehuirle, por cada vez que nos conformamos prematuramente o nos equiparamos con aquéllos a los que no pertenecemos, por cada actividad que, por respetable que sea, nos desvía de lo esencial, incluso por cada virtud que intenta protegernos de la dureza de nuestra responsabilidad más íntima. Cada vez que dudamos del derecho que tenemos a nuestra misión, cada vez que tratamos de escurrir el bulto, la respuesta es la misma: enfermedad. Extraño y terrible a la vez: ¡lo que pagamos más caro son nuestros alivios! Y si después queremos recuperar la salud, no nos queda otra alternativa: tenemos que cargar con un peso mucho mayor que el anterior...».

DIARIO 1920-1921

(Después de una enfermedad)

Bien, nuevamente giran para mí la tierra y el sol, por hoy y por mucho tiempo aún el azul y la nube, el lago y el bosque se reflejan en mi viva mirada, una vez más el mundo me pertenece, una vez más toco en mi corazón su mágica música polifónica. Sobre este día, sobre esta página del abigarrado diario de mi vida quisiera escribir una palabra, una palabra como «mundo» o «sol», una palabra llena de magia, llena de sonido, llena de plenitud, más llena que llena, más rica que rica, una palabra con el significado de la plenitud perfecta, de la sabiduría perfecta.

Entonces me viene la palabra mágica para este día y la escribo en letras grandes sobre la hoja de papel: MOZART. Que significa: el mundo tiene un sentido y nosotros podemos percibirlo en la parábola de la música.

Me gustaría trabajar. Es cierto que trabajo todo el día, estudio, escribo diarios, leo y contesto montañas de carpetas, leo nuevos libros, pinto, dibujo, pero todo esto no es más que recopilar, preparar, entonarse, aún no es trabajo, no está concentrado, no es creación. Son difíciles de soportar los tiempos sin creación, sin la tensión y la concentración del trabajo artístico o filosófico.

Desde hace muchos meses yace mi novela india, mi halcón, mi girasol, el héroe Siddharta, interrumpida en un capítulo frustrado. ¡Aún recuerdo bien el día en que comprendí que no podía continuar, que tenía que esperar, que algo nuevo tenía que surgir! Empezó tan bien, se desarrolló tan en línea recta y de pronto ¡se acabó!

Los críticos e historiadores de la literatura hablan en estos casos de disminución de las fuerzas, de agotamiento de la inspiración, de pérdida de la concentración. ¡Léase cualquier biografía de Goethe con sus insulsos comentarios!

En mi caso la cuestión es bien simple. Todo había ido estupendamente en mi libro indio mientras escribía cosas que había vivido: el estado de ánimo del joven brahmán que busca la sabiduría, se afana y mortifica. Cuando terminé con Siddharta el paciente y el asceta, y quise escribir sobre Siddharta el victorioso, el que dice sí, el vencedor, no podía. Pero algún día continuaré escribiendo y entonces sí será un vencedor.

Mientras tanto me escriben continuamente estudiantes de los clubs universitarios enérgicas cartas de odio, llenas de furia y noble indignación, y me basta leer una de estas epístolas compulsivas, agarrotadas y malévolas de estos títeres para comprender lo sano que estoy a pesar de todo, cómo les crispo los nervios, les excito y pongo en apuros; ¡qué tentación más grande al peligro, al pensar, al espíritu, a la conciencia, la burla, la fantasía deben de transpirar mis palabras! ¡Pero qué triste es el

espíritu —o mejor, la falta de espíritu— de dónde proceden esas actitudes y esas cartas! Hace poco me escribió un estudiante de Halle; después de expresar el desprecio profundo y mortal que sienten por mí él y sus compañeros, se confiesa y me enumera los nombres alemanes a los que venera y reconoce como bandera y ejemplo. Éstos son: Kant, Fichte, Hegel, Wagner y alguno más. O sea, ni Goethe, ni Hölderlin ni Nietzsche, tampoco Grimm ni Eichendorff, y de los músicos ni Mozart, ni Bach ni Schubert, únicamente Wagner. ¡Qué mundo intelectual tan simple, empobrecido y mediocre! Paciencia, Siddharta.

Pero la paciencia es dura. La paciencia es la cosa más dura para el espíritu. Es lo más duro y lo único que merece la pena aprender. Todo lo que es naturaleza, desarrollo, paz, prosperidad y belleza en el mundo descansa en la paciencia, requiere tiempo, silencio, confianza, requiere fe en cosas y procesos a largo plazo que duran mucho más que la vida de un hombre, fe en contextos y sentidos que no son accesibles a la comprensión del individuo. «Paciencia» digo y podría decir también fe, confianza en Dios, sabiduría, candor, sencillez.

¡Cuánto tiempo se necesita para conocerse un poco a sí mismo, y cuánto más para aceptarse y estar de acuerdo consigo mismo en un sentido ajeno al egoísmo! ¡Cuánto hay que trabajar en la propia persona, luchar consigo, deshacer nudos, cortar nudos, anudar otros nuevos! Y cuando por fin llegamos al final, cuando por fin alcanzamos la plena conciencia, la plena armonía, la plena y perfecta sonrisa y la aquiescencia, entonces sonreímos y morimos, ésta es la muerte, la consumación de la vida, la entrada dócil en lo informe para volver a renacer. Hasta aquí soy capaz de seguir el hilo. El no renacer más, el auténtico Nirvana, la felicidad de haber alcanzado la meta, aún no he podido comprenderlo ni imaginarlo en su pleno sentido (no en el de un simple cansancio y deseo de reposo). Cuando Siddharta muera no deseará Nirvana, sino un nuevo ciclo, una nueva configuración, un renacimiento.

¡Ay! ¡Debería llevar diez y más diarios! Ya he empezado tres o cuatro. Uno se llama «Diario de un libertino», otro «Selva de la infancia», otro «Libro de los sueños». A éstos deberían añadirse un diario del pintor, un diario de la música, uno sobre la vieja lucha entre el instinto de la vida y el deseo de la muerte, diario del suicida, quizá también un diario de la reflexión, de la búsqueda de criterios: extensión del pensamiento a cosas generales, a la naturaleza, la política, la historia. Y luego me gustaría escribir al mismo tiempo tres o cuatro libros más, para experimentar algún tiempo con la polifonía y la bipolaridad, para documentar de alguna manera la circularidad y la multiplicidad del alma. Pero no es posible, lo más pequeño es ya demasiado, lo más sencillo es demasiado complejo, la mano tendría que tener veinte dedos y el día cien horas. ¡Oh dioses indios con diez y veinte brazos, cuán verdaderos sois!

Y con todos estos diez diarios no habría hecho más que anotar, escribir. No habría dormido, ni soñado, pintado ni hecho música, pero habría vivido la amistad, el hambre, el sexo, la vida plena, no, ¡el día tendría que tener mil horas!

Claro que uno se puede moderar, ejercitar la técnica, quedarse en lo posible, pero todas las medidas ensayadas se acercan demasiado a aquélla con la que los maestros de escuela miden a Goethe; y además, ¿tiene sentido esforzarse por lo posible? La más pequeña obra de arte, un dibujo a lápiz con seis trazos o un poema de cuatro líneas, intentan audaz y ciegamente lo imposible, van al todo y quieren encerrar el caos en una cáscara de nuez.

Tal es el sino doloroso del artista. Crear una obra, paciente, esforzada y diligente, un poema, un cuadro, una novela —y junto a él rueda el mundo cada hora más rico, pleno y diverso— y él ha de permanecer aferrado a su delgado hilo, ha de continuar tejiendo su obra, este único y pobre hilo ha de

contener o fundir cada día y cada hora el caudal de sueños, conclusiones, ideas, para seguir componiendo una escuálida melodía, en la que de todos modos no se capta ni la milésima parte de lo que se quiere. El imperativo de la creación es terrible, terrible y magnífico, y de una vez a otra, de intento en intento, de una obra a otra se hace más duro, más fatídico, más abnegado, furioso y ardiente. ¡Y luego el resultado! No me refiero al «éxito», al veredicto de los escribas, al aplauso del burgués, a la carta de una admiradora adolescente —estos malentendidos son cómicos y soportables—, me refiero al verdadero resultado, a la «obra» misma, tal como se halla por fin frente al autor, mirándole, tan pequeña, tan burlona, tan poca cosa. Dicen que hay artistas que aman sus obras terminadas, ¿cómo es posible!?

Si concebimos la poesía como confesión —y en este momento sólo la puedo concebir así—, el arte aparece como un camino largo, múltiple y sinuoso, cuya meta sería expresar la personalidad del yo del artista de una manera total, tan minuciosa, tan hasta el fondo de todos los recovecos, que al final ese yo se habría desarrollado y acabado, desfogado y abrasado. Entonces vendría lo superior, lo suprapersonal y supratemporal, el arte estaría superado y el artista se hallaría maduro para convertirse en un santo. La función del arte, en la medida en que afecta a la persona del artista, sería entonces la misma exactamente que la de la confesión o la del psicoanálisis. Este sentido tuvieron todas las obras tardías de Nietzsche, las confesiones de Strindberg, los apuntes de Flaubert.

El fin y la meta del artista no serían el arte o la obra, sino la superación, la renuncia y el sacrificio del yo, limitado y prisionero de complejos y sufrimientos, en aras de la tranquilidad del alma y de la santidad; la meta sería desarrollarse hacia el yo suprapersonal, convertirse en santo, el cual no reacciona ya personalmente ante el mundo y el tiempo, sino que en su estado anímico el caos del mundo se transforma en sentido y música, en su aliento vive Dios. Falta sólo saber si este camino del artista al santo, de la profesión y la confesión al descanso en Dios es realmente un camino, si es posible, si se puede recorrer y conduce a la meta. Yo no lo sé y tengo muchas dudas, aunque yo mismo ando y tengo que andar ese camino. Del mismo modo que una persona puede perderse en el psicoanálisis al quedar fascinado por la importancia y la significación de todas las manifestaciones de su subconsciente, el artista que se confiesa como tal, al extrovertirse golpe a golpe. Al expresarse a sí mismo, desenredarse y vomitarse sin parar, puede caer cada vez más profundamente en los contextos de su yo limitado, enredarse cada vez más en los propios problemas, sufrimientos y complejos. Lo cual conduce exactamente en la dirección opuesta y convierte al artista en lo contrario de un santo. (Dicho sea de paso: para mí el término «santo» tiene un sentido algo distinto que en la terminología cristiana. Yo no me refiero al «justo», sino en primer lugar al «piadoso», al que está en concordancia con Dios, al que acepta todo lo que le aportan sus sentidos como voluntad de Dios, es decir, como algo necesario y por tanto bueno, al que siempre es capaz de ver dos cosas contrapuestas como una unidad y reconocer en cada posición los mismos derechos al punto de vista polarmente opuesto).

La dificultad radica en que probablemente la confesión del artista, independientemente del sentido que le dé conscientemente, nunca es una confesión pura. La confesión pura es simplemente la erupción de jugos en fermentación, es liberación, despojamiento, aireación. La confesión artística por el contrario tiende siempre y de manera infalible a la autojustificación. El artista sobreestima la confesión, le dedica amor y cuidado como a ninguna cosa en el mundo y cuanto más sincera, concienzuda y completa, cuanto más implacable sea la confesión tanto más peligro corre de convertirse en arte, creación,

finalidad de sí misma. El artista propende siempre a entregarse en la confesión, a transferir su misión y su esfuerzo a la confesión y errar así siempre en el círculo mágico de sus asuntos personales. Porque el artista es de por sí un ser obligado a exagerar la importancia de su obra, ya que ha trasladado a ella todo su esfuerzo vital y con él su autojustificación. Compárense las confesiones de un santo con las de un literato y se verá en seguida la diferencia: San Agustín y Rousseau. El primero se abandona, porque se ha entregado a Dios, el otro se justifica. Partiendo del mismo impulso terminan en polos opuestos: el uno como santo, el otro como poeta; el uno supera su persona y se convierte en un gran hombre, el otro queda prisionero de sus complejos y no pasa de ser un hombre interesante. En mi opinión Nietzsche se halla a medio camino entre los dos, mientras que Strindberg se acerca mucho a Rousseau. Claro que el viejo, sencillo y claro camino sería también para mí, artista, el mejor: la renuncia inmediata y enérgica al yo empírico, la «Imitatio Jesu». La razón por la que no tomo este sencillo camino, por la que me está cerrado (para siempre o por ahora), no la conozco. Mi vida no sería por eso más difícil, dolorosa y problemática que ahora, y, sin embargo, este camino no me es transitable, al menos por ahora. Comprendo que es el único que conduce a la santidad y éste es precisamente el ideal más fuerte y atractivo para mí. Si me hubiera criado en una sólida tradición religiosa, por ejemplo la católica, probablemente hubiese seguido toda mi vida en ella. Pero así forma parte de mi origen y condición el hecho de que procedo de una tradición intensamente religiosa, pero sectaria-protestante. Lo que no es casual, yo lo he querido, yo mismo me he escogido y buscado este origen, esta religión, esta carga de espíritu sectario y reformador; y así como en la hora de mi nacimiento dominaban Saturno y Marte, Júpiter y la Luna, y no podía ni debía ser de otro modo, así estaban preparados para mí el ferviente padre pietista y la púlpita bautismal protestante. No me estaba concedido, no entraba en mi plan el poder contar entre los pilares de mi vida las comodidades y los placeres de una religión duradera, buena, hermosa y sana: era necesario que yo me criara en una religión rebelde, ardorosa, desdichada, efímera y autodestructiva, que yo mismo tenía que destruir con el primer despertar de la reflexión. Sí yo lo he querido, yo me he echado encima esta carga, como también mi cuerpo, mi patria, mi lengua, mis defectos y talentos.

Mis estudios de la India, que pronto cumplirán ya los veinte años, creo que han llegado a una nueva fase. Hasta ahora mi lectura, mi búsqueda y simpatía estaban dirigidas casi exclusivamente al hinduismo filosófico y puramente espiritual, al hinduismo védico y budista; en el centro de este mundo se hallaban los Upanishad y las palabras de Buda. Ahora me acerco más a la India verdaderamente religiosa de los dioses, la de Visnú e Indra, Brahma, Krishna, etc., y el budismo me parece cada vez más una especie de reforma india, exactamente equivalente a la cristiana. Buda, aunque más profundo que Lutero, me parece que puede ser comparado perfectamente con él (claro que sólo en su relación con la tradición, los sacerdotes y el brahmanismo). Y el curso de la gran oleada budista es muy parecido al de la Reforma en Europa. En ambos casos, el proceso se inicia con la espiritualización y la introspección; la conciencia del individuo se convierte en instancia suprema; el culto externo, la venalidad de la gracia, la magia y el culto del sacrificio quedan barridos; la casta de los sacerdotes pierde influencia; la razón y la conciencia del individuo se rebelan contra las antiguas autoridades. Pero entretanto lo viejo, atacado y conmovido en sus cimientos, se reforma y renueva en sí mismo, y mientras que la nueva doctrina se desgasta con bastante rapidez y degenera como iglesia y religión popular, la antigua e ingenua religión se revela como la más duradera y reaparece con nuevas fuerzas. Así como la iglesia protestante decae al

cabo de pocos siglos y se empobrece y anquilosa como culto, el budismo vuelve a hundirse ante el resurgir de nuevos cultos y mundos espirituales del antiguo reino de los dioses. Los dioses derrocados, Visnú e Indra, retornan, nacen unos dioses tras otros, se transforman, se enriquecen, son venerados y celebrados en gigantescas y florecientes obras de arte, y la doctrina budista pura, tranquila, buena y santa, que durante un tiempo significó la salvación del mundo y el fin de la dominación de los sacerdotes, se convierte poco a poco en una secta silenciosa y tolerada, cuya existencia no inquieta a nadie y en cuya doctrina o culto no participa ya el corazón del pueblo. En los dos casos, en India y en Europa, la religión protestante sin dioses, aparentemente mucho más pura, más espiritual, no ha conservado su vitalidad como religión y se ha convertido en filosofía, ciencia, dialéctica. No cabe duda, sin embargo, que la Iglesia Católica, aunque evidentemente sobrevive triunfal a la Reforma, no ha mostrado hasta hoy ni lejanamente siquiera la fuerza creativa del brahmanismo.

La ventaja que la Iglesia Católica lleva sobre las iglesias reformadas, y el culto a los dioses sobre el budismo, no sólo radica en la estética, la expresividad y la riqueza formal del culto. Radica sobre todo en la elasticidad plasticidad del pensamiento y su capacidad infinitamente mayor de adaptación. La fe reformada, puritana, exige una entrega del propio yo de la que pocos son capaces, y aún éstos solamente en momentos extraordinarios y elevados. El sacrificio de mi propio yo, de mis instintos y deseos sólo me es posible algunas veces, e imperfectamente; en cambio puedo en cualquier momento hacer el sacrificio de las ofrendas, adoraciones, coronaciones, danzas y genuflexiones; y, llegado el momento, estos sacrificios en apariencia externos, toscos y mecánicos serán uno con la ofrenda de mi propio yo. La misa católica es posible en cualquier momento, basta que el sacerdote se ponga la casulla para ser inmediatamente sacerdote; el oficio luterano se contradice a sí mismo y prescinde de la consagración: el sacerdote protestante tiene que demostrar en largos y arduos sermones que es sacerdote y nadie le cree. Y así es como toda religión de tinte reformador cultiva un pernicioso culto de los sentimientos de inferioridad.

Esta noche tuve un sueño extraordinario, extraordinario en el sentido de que nunca hasta ahora, que yo sepa, había soñado con una caída profunda sin despertar al final del descenso. Esta vez no me despertaré, al menos no del todo. La cosa fue así: iba con una compañía muy nutrida en un coche de caballos por una carretera. Llegamos a un lugar donde la carretera describe grandes curvas, cuando de pronto veo que los caballos, en vez de seguir la curva, galopan en línea recta y se precipitan verticalmente en el abismo. En un instante estábamos ya en el aire, cayendo, pálidos y en silencio, esperando en terrible tensión el momento de chocar contra el suelo. La caída por el aire duró mucho, hasta que uno dijo: «¡ahora!»; chocamos y perdí el sentido. Tenía la sensación de que saldría con vida, pero naturalmente no ileso, y esperaba con angustia cómo me sentía al despertar del desmayo. Me desperté al cabo de un rato, despacio, poco a poco, y tuve progresivamente una desagradable sensación de enfermedad y parálisis.

Hoy, después de mucho tiempo, vino alguien a verme. Acababa de dar mi habitual paseo invernal después de la comida, para entrar en calor y ahorrar leña, caminando bajo la caída silenciosa de la nieve durante unas dos horas. De vuelta a casa encendí la chimenea y pensé: otra vez aquí sentado y lo mismo podría estar en Berlín o en América, o muerto hace tiempo, que mi actividad y mi vida no son útiles para nadie, transcurren solitarias, encerradas en sí mismas, sin fruto. En ese momento llamaron a la

puerta; salí un poco hosco: fuera había una dama desconocida, que pregunto por mí, entró, no dio su nombre, tomó asiento delante de la chimenea y comenzó inmediatamente a hablar. Necesitaba confesarse, me conocía porque había leído *Demian*. Me contó la historia de su matrimonio, acababa de abandonar a su marido, muchas cosas me resultaban familiares, otras eran nuevas y extrañas. Cerca de tres horas estuvo hablando, a ratos con mucha dificultad y gimiendo; yo apenas interrumpía, solamente escuchaba, y al final le hablé con amabilidad y cuidado, como exigen los que padecen. Luego marchó, visiblemente aliviada, y así pienso que a pesar de todo mi tarde no ha caído en el vacío y ha dado algún fruto.

Pero no hay cosa más difícil que hacer de confesor o padre espiritual. De vez en cuando me llegan personas con estas necesidades, pero para mí no sólo es a veces difícil, sino que me hace retroceder y me perjudica. En el fondo, cuando un pobre hombre me cuenta su historia no puedo decir más que: «sí, es triste, la vida es muchas veces así de triste, lo sé; a mí también me ha pasado. Trata de sobrellevarlo, y si nada puede aliviarte bebe una botella de vino, y si tampoco eso te ayuda, sabe que existe la posibilidad de pegarse un tiro en la cabeza». Pero en Jugar de eso trato de exponer mis argumentos de consuelo y mis filosofías de la vida, y aunque realmente sepa algunas verdades, en el momento en que uno las formula en voz alta y las emplea como medicina contra un dolor concreto y real resultan un poco teóricas y vacías, y de pronto se siente uno como un cura que consuela a su grey con frases manidas, mientras le invade la desesperante sensación de estar ejerciendo un oficio.

El pasado año, 1920, ha sido seguramente el más improductivo de mi vida y por lo tanto el más triste, aunque no fue el años de las conmociones más graves. Ahora, en el nuevo año de 1921, sigue la cosa por el mismo camino. No deja de ser extraño la razón que tiene en estos asuntos la astrología, al menos cuando la practica un hombre como Englert^[3]. Astrológicamente tengo graves oposiciones, que aún durarán mucho tiempo y que se expresan en mi vida en forma de graves inhibiciones y depresiones. A menudo me cuesta un trabajo irrisorio continuar viviendo y no deshacerme de la vida. ¡Tan vacía y estéril se ha vuelto!

Hace dos años fue mi último apogeo. El año 1919, hasta septiembre, fue el más pleno, rico, activo y fogoso de mi vida. En enero terminé de escribir *Alma Infantil* y el mismo mes *Zaratustra* en tres días y sus noches; poco después el acto *Retorno a casa*, y eso que mi vida era tormentosa, mi mujer estaba en el manicomio, en abril me separé de ella y de mi familia, mi partida de Berna, por todas partes preocupaciones y dificultades, internas y externas; pero en cuanto llegué al Tesino empecé *Klein y Wagner*, y apenas terminado éste escribí *Klingsor*, y al mismo tiempo pintaba todos los días cientos de bocetos, dibujaba, tenía trato animado con muchas personas, tuve dos amoríos y pasé más de una noche en el Grotto bebiendo vino, mi vela ardía por los dos extremos al mismo tiempo. Y ahora vivo desde hace casi año y medio como un caracol, lento y parsimoniosos; es verdad que trabajo mucho (mecánicamente: correspondencia, estudios, lectura, crítica de libros, etcétera), pero nada productivo, le llama está muy baja. Lo divertido es que precisamente en este año muerto de 1920 se ha publicado toda una serie de obras mías; la gente me felicita o sacude la cabeza ante tanta fecundidad, pero esas obras se remontan más atrás, en realidad no he producido en todo el año nada excepto unos pocos artículos y la primera parte interrumpida de *Siddharta*.

Hoy ha llegado otra agresiva carta de odio, de un médico y poeta diletante de Munich que me

anuncia el comienzo de una campaña literaria contra mí y me ataca en la manera habitual. Aunque sus motivos directos son evidentes —hace un año, durante una estancia en Lugano, trató de trabar amistad conmigo y fue rechazado—, constato que la mentalidad de donde provienen estas cartas me ocupa como enigma, porque a pesar de todo estas cartas, bastante groseras, aún provocan en mí un resto de disgusto y fastidio. Todas ellas suponen que lo que a mí me interesa es ganar influencia y éxito, ser un líder, etc., y ahora comprendo que el error procede en parte de una interpretación equivocada en *Vivos voco*. Pero todavía no he resuelto del todo el enigma, y como, aunque podría reírme de ellas, aún las siento en ocasiones como molestas, debe de haber también en mí un fallo y un error. ¿Acaso me encuentro realmente tan lejos del mundo en que vive esta gente, del ruido y la competencia de la literatura, la política, la prensa, etc., que ya no me resulta comprensible su lenguaje? Es inverosímil. Aunque ya no tenga nada en común con él, he respirado su atmósfera durante bastante tiempo como para conocerlo. Debería ser capaz de encogerme de hombros y sonreír sobre todas las cosas que vienen de ese mundo y olvidarlas al cabo de un minuto. ¿Por qué no es así? ¿Existe un error por mi parte, un complejo, una falsa actitud, o es sólo el pecado original, la tristeza primigenia, a lo que afectan esos ataques, como por ejemplo ante el espectáculo de una gran miseria, enfermedades espantosas, de tristes ciudades industriales cubiertas de hollín nos invade la sensación de que la vida no vale nada y que sería mejor que no hubiese ninguna? He pensado sobre lo que opinan de mí esas personas, los autores de esas cartas y sé que estoy totalmente libre de la ambición del «líder», pero no de la ambición o la vanidad del artista. Y posiblemente ahí esté la razón, quizá en mi ser quede un resto de sensibilidad a estos ataques porque me decepciona que a pesar de mis intensos esfuerzos por expresar mi esencia y mi actitud hacia el mundo y articularlo con palabras, pueda ser interpretado tan equivocadamente.

A los budistas les está prohibido discutir sobre el Nirvana. El que el Nirvana sea extinción o unión con Dios, negativo o positivo, signifique gloria o sólo descanso, son cuestiones que Buda se ha negado a comentar y que ha prohibido discutir. Yo también creo que es inútil discutir sobre este tema. Nirvana, tal como yo lo entiendo, es el retorno del individuo al todo indiviso, el paso salvador tras el «principium individuationis», o sea, en términos religiosos, el retorno del alma individual al alma universal, a Dios. Otra cuestión es si debemos desear y buscar este retorno a no. Si Dios me arroja a la vida y me deja existir como individuo, ¿es entonces mi deber volver por el camino más rápido y fácil al Universo? ¿No cumpliré la voluntad de Dios precisamente dejándome llevar (en *Klein y Wagner* lo definí como «dejarse caer»), expiando con él su placer de dividirse y vivir una y otra vez a través de seres individuales? En este punto la pura racionalidad de la doctrina de Buda ya no me parece hoy tan perfecta, y precisamente lo que admiraba en mi juventud me resulta hoy un defecto: esa racionalidad y ese ateísmo, esa inquietante exactitud y esa falta de teología, de Dios y de sumisión. A menudo también me parece que efectivamente Cristo va más lejos que Buda, en la medida en que deja completamente a un lado el problema de las encarnaciones (en las que seguramente creía) y del Nirvana.

Garbe^[4] dice que hay seis sistemas de la filosofía india, y que todos se basan en un error, la creencia en la transmigración de las almas. Es decir, que aquello que los hombres más sabios han pensado y creído durante milenios, el señor Profesor lo declara una tontería con una sonrisa de indulgencia. A pesar de todo lo seguí leyendo, porque ya conocía a Garbe y su talante un poco gruñón, y ahí lo tenía: en una breve descripción de la doctrina Samkhya, que yo había leído ya hace diez años, encuentro exactamente descrito el proceso mecánico del Nirvana y en seguida me pareció muy probable que Buda

(como también opina Garbe) conociese efectivamente esa doctrina. El Samkhya reconoce dos principios, dos cosas sin comienzo ni fin: la materia y las almas. Un aparato harto delicado, que erróneamente tomamos por el alma misma (es el sistema nervioso), media entre ambos. Únicamente la materia sufre transformaciones, todo acontecer le afecta exclusivamente a ella, el alma es siempre idéntica a sí misma. Yo puedo superar la alegría y el sufrimiento sin más que aprender a «distinguir», es decir, comprendiendo que todos los acontecimientos nos afectan para nada a mi alma, que confundo ese apartado en mi interior con mi verdadero yo. Si comprendo este fenómeno y actúo en consecuencia, no volveré a nacer, porque al apartarse el alma de lo sensual se produce la pérdida del conocimiento, mi alma seguirá existiendo eternamente, pero sin conocimiento, yo ya no siento nada y el contacto entre mí mismo y la materia (es decir, también entre mí y las posibilidades de renacer) está interrumpido.

La reflexión sobre esta psicología de formulación elemental, pero en realidad extremadamente sutil, unida a la meditación ocasional, me ha hecho mucho bien estos días. Fue entonces cuando escribí el poema *Un día, corazón, descansarás*.

*Un día, corazón, descansarás,
un día morirás la última muerte,
entrarás en el silencio
a dormir el hondo sueño sin sueños.
Tantas veces te llama desde la dorada oscuridad,
tantas veces le deseas,
el lejano puerto, cuando tu barca
acosada por las tempestades flota en el mar.
Pero tu sangre aún te lleva
sobre una ola roja por la acción y el sueño,
aún ardes, corazón, con vida y pasión.
Desde el alto árbol del mundo
te llaman el fruto y la serpiente con dulce apremio
a deseo y hambre, culpa y placer,
y el canto de mil voces hace sonar
su música de arco iris celeste en tu pecho.
El juego del amor te invita,
selva del placer, al espasmo de la dicha
para ser allí huésped embriagado, bestia y Dios,
enardecido, exhausto, palpitando sin meta.
Te atrae el arte, silencioso hechicero,
a su círculo con magia feliz,
pinta velos de color sobre la muerte y la miseria,
convierte el tormento en placer, el caos en armonía.
El espíritu llama al juego supremo,
te enfrenta a las estrellas,
te hace centro del universo*

y ordena el cosmos como un coro en torno a ti.
Desde el animal y el limo primigenio hasta ti
él muestra la vía del origen, rica en antepasados,
te convierte en meta y fin de la naturaleza,
abre oscuros portales,
interpreta a los dioses, al espíritu y al instinto,
enseña cómo brota de él el mundo de los sentidos,
cómo el infinito cobra siempre nueva forma,
y hace que ames de nuevo y más
el mundo, que jugando convierte en espuma,
porque eres tú quien le ha soñado y a Dios y al Universo.
También hacia los lóbregos pasadizos,
donde la sangre y el instinto realizan lo atroz,
está abierto el camino,
donde el delirio nace del miedo, y el asesinato nace del amor,
donde humea el crimen y arde la locura,
ningún hito separa el sueño de la acción.
Podrás andar todos estos caminos,
podrás jugar todos estos juegos
y a casa uno sigue, lo verás,
otro aún más seductor.
¡Qué agradables son los bienes y el dinero!
¡Qué agradable es renunciar a ellos!
¡Qué hermoso renunciar, apartándose del mundo!
¡Qué hermoso desear apasionadamente sus encantos!
Subir hasta Dios, descender hasta el animal,
y por doquier resplandece fugaz la dicha.
¡Camina por aquí, camina por allá, sé hombre, animal y árbol!
Infinito es el polícromo sueño del mundo,
infinitamente se te abre una y otra puerta,
por todas suena el coro pleno de la vida,
por todas nos atraen, nos llaman
una dicha fugaz, un dulce aroma fugitivo.
¡Practica la abstinencia, la virtud, cuando te atenace el miedo!
¡Súbete a la torre más alta y salta!
Pero sabe: en todas partes eres sólo huésped,
huésped en el placer, en el dolor, huésped también en la tumba,
que te vomita nuevamente,
aun antes de que hayas descansado,
al torrente eterno de los nacimientos.
Pero de los miles de caminos hay uno

*difícil de encontrar, fácil de intuir,
el que mide con un paso el círculo de todos los mundos,
el que ya no engaña, el que alcanza la última meta.
La revelación florece para ti en esta senda:
tu yo más íntimo, que ninguna muerte destruye nunca
te pertenece sólo a ti,
no pertenece al mundo que atiende a nombres.
Un extravío fue tu largo peregrinaje,
un camino errado preso del error sin nombre,
y siempre estaba cerca de ti la senda milagrosa,
¿cómo pudiste caminar cegado tanto tiempo,
cómo pudo sucederte ese hechizo,
que tus ojos nunca vieses esa senda?
Ahora termina el poder del sortilegio,
has despertado,
oyes en la lejanía los coros
en el valle de la confusión y de los sentidos,
y tranquilo te apartas de lo externo
y te envuelves hacia ti mismo, hacia dentro.
Entonces descansarás,
habrás muerto la última muerte,
entrarás en el silencio
al profundo sueño sin sueños.*

Todas las exigencias y virtudes heroicas son represiones. No debo enfadarme por las cartas malévolas de patriotas y reaccionarios, de hecho represento para ellos el diablo, lo absolutamente prohibido, el diálogo con el caos y el infierno.

Por cierto que las «virtudes», igual que los talentos, son una especie de peligrosas, aunque a veces útiles hipertrofias, algo así como los hígados de ganso anormalmente grandes. Como no puedo cultivar en mí ningún talento, ni tampoco ninguna virtud, sin robar la necesaria energía anímica a otros impulsos, toda virtud desarrollada significa una especialización a costa de tendencias vitales reprimidas y empobrecidas, del mismo modo que podemos dejar crecer desmesuradamente el intelecto a costa de la sensualidad, o el sentimiento a costa de la sensualidad, o el sentimiento a costa de la razón.

Verdaderamente no sé decir si con mi intento de libertad y mi diálogo con el caos no soy quizá un peligro tan grande, un ser tan dañino como los patriotas y retrógrados. Yo me exijo a mí mismo retroceder más allá de las antinomias, aceptar el caos. Es lo mismo que exige el psicoanálisis, del cual lo he aprendido en parte: debemos, al menos una vez, prescindir de todos los juicios de valor y contemplarnos tal como somos, o como las manifestaciones del inconsciente nos hacen aparecer, sin moral, sin nobleza ni bonitas apariencias, en la desnudez de nuestros instintos y deseos, nuestros terrores y rencores. Y sólo desde aquí, desde ese punto cero, debemos intentar establecer tablas de valores para la vida práctica, separar el sí del no, el bien del mal, establecer mandamientos y

prohibiciones. Si uno emprende ese camino, si acepta el caos interior, si dialoga con los instintos primigenios y manda a paseo la moral, no está dicho en absoluto que vaya a encontrar tarde o temprano una moral o un orden vital mejor, superior, más verdadero. Con la misma o quizá mayor probabilidad puede caer en la desinhibición total de los instintos primitivos y dejarse ir por completo, volverse loco o convertirse en un criminal. Yo mismo aún no sé a ciencia cierta de dónde me viene la fe tácita en la que las cosas no van a suceder así cuando una persona toma el camino del caos, tal como lo propugno; quizá sea un resto de represión y de moral lo que me hace creer eso, tal como he descrito el proceso en los cuentos *El camino difícil* e *Iris*. El diálogo con el inconsciente se concibe allí simplemente como un entrar en contacto con fuerzas extrañas, contacto que de suyo es mejor que el evitarlas, y no está del todo claro si el inconsciente no se tragará y devorará al peregrino.

Estas reflexiones están inspiradas por el nuevo libro^[5] del doctor Jung sobre los tipos psicológicos, una obra extraordinariamente bella.

En el hermoso libro de Fischer^[6] sobre pintura paisajística china, acabo de leer que en China, desde aproximadamente el siglo v, la pintura no era ejercida primordialmente como oficio y por artesanos, sino como afición exquisita y coronación de la cultura personal de poetas, estadistas, emperadores, etc. ¡Qué hermoso, qué bien encaja con mi vida y manera de sentir! El amor a la naturaleza, el respeto a ella y el afán de unirla activamente con la vida espiritual, diferenciada y personal del individuo, es algo congenial, tan natural, que sólo en una época y una cultura como las nuestras puede resultar extraño y hasta raro. Casi siento algo del impulso viajero de mis años de juventud, algo de la nostalgia hacia el mismísimo Oriente, sobre todo hacia China. Pero sé que es un juego. No podemos ni debemos convertirnos en chinos, en el fondo tampoco lo queremos. El ideal y la imagen suprema de la vida no debemos buscarlos en la China ni tampoco en un pasado cualquiera, porque si no estamos perdidos y dependeremos de un fetiche. Tenemos que hallar y cultivar en nosotros mismos la China, o lo que ésta significa para nosotros.

Es maravilloso el relato de la muerte del más famoso pintor chino, Wu Tao Tse: en presencia del espectadores y amigos, el artista un paisaje en la pared, luego entra mágicamente en el cuadro, se pierde en una cueva pintada en él y desaparece; y con él, también el cuadro.

Una extraña experiencia: hace unas semanas, en pleno estudio de asuntos indios, me anoté toda una serie de obras indias que me gustaría leer. Un día se me ocurrió dirigirme, por razón de estos libros, a un señor ya de edad de Basilea, uno de los directores de la Misión^[7] de allí, a cuya hija conozco bien. Le escribí, le pedí datos bibliográficos y le rogué que me presentara algunos libros. Tardó un tiempo en contestar. Cuando llegó su amable respuesta, atendiendo todas mis peticiones, me hallaba de viaje en Zúrich; le di las gracias someramente y decidí escribirle cuando volviese a casa. Pero de Zúrich me traje nuevas ideas y trabajos, que en el futuro próximo limitarán mucho mi tiempo y mis ganas de lectura. Por eso al volver no me decidí a contestar inmediatamente a Basilea y estuve esperando un día y otro, bastante tiempo, hasta que por fin escribí. Y nada más hacerlo leí en el periódico que este señor, al que iba dirigida mi carta, acababa de morir.

Ayer estuve una vez más en casa de Hugo Ball. Él y su mujer son personas admirablemente

vientes, viven en una pobreza y sencillez verdaderamente clásicas, sin pronunciar jamás ni una palabra de queja. Es una pena que este Ball, autor de la *Crítica de la inteligencia alemana*, un hombre tan intelectual, valioso e importante, tenga quizá que volver a abandonar su gran obra para ganarse el pan en una fábrica u oficina. Lo hará sin quejarse, pero nosotros, los amigos, tenemos que impedirlo mientras sea posible. Entre mis amigos hay algunos a los que en caso de necesidad puedo pedir unos francos para alguien que pasa hambre, pero ninguno a quien pueda pedir que mantenga a Ball a flote durante un tiempo. Encontrar la forma no es fácil, y puedo darme por contento si al menos acepta de mí, su colega y vecino, lo poco que puedo ofrecerle. Ball escribe ahora un libro sobre los santos de la Iglesia antigua, especialmente los santos egipcio-tebaicos, como Antonio, Simón el Estilita, etc^[8]. Desde que Englert^[9] no está, no he tenido en absoluto relaciones intelectuales, y en Ball y su mujer vuelvo a encontrarlas.

Me impresiona de manera muy singular la nueva gran obra de Mauthner, *Historia del Ateísmo*^[10], cuyos dos primeros tomos tengo delante de mí. Mientras ahí enfrente Hugo Ball desarrolla una especie de apología del dogma cristiano-católico, a orillas del lago Constanza el viejo Mauthner escribe el último tomo de su *Ateísmo*, que en el fondo es una historia y también una exaltación del racionalismo europeo. Como Mauthner contempla todo desde el punto de vista de los que él llama crítica del lenguaje, cabría utilizar sus propias palabras para decir acerca de su libro: «Esta obra trata de una cosa que no existe y no ha existido nunca. El ateísmo es exclusivamente la negación de una cosa que nunca tuvo existencia sustancial, sino únicamente verbal». Mauthner, dicho sea de paso, es el librepensador más agradable que se pueda imaginar, uno de los pocos de ese gremio que no sólo es inteligente y aprecia la lógica, sino que por un sentido innato de la elegancia se libra del mal gusto de la mayoría de los antirreligiosos.

Ayer me sorprendió la visita de mi cuñada, que acababa de estar con mi mujer en Ascona. Se demostró que la unidad de los hermanos con respecto a mí, que yo presuponía y que mi mujer ha afirmado en ocasiones, en el fondo no existe; mi cuñada estaba de acuerdo conmigo en cuestiones principales sobre los niños^[11]. Al mismo tiempo me trajo la mala noticia de que mi mujer, con la que pasan las vacaciones dos de nuestros chicos, estaba agotada por tener que cuidar a uno de ellos, enfermo; no tenía buen aspecto y parecía amenazada por la enfermedad. Los chicos, al parecer, no se portaban bien y no la obedecen en nada.

A consecuencia de estas noticias, que como todas las de este tipo me inquietan, tuve esta noche un mal sueño: llegué para visitar a mi mujer a un lugar fantástico, donde me recibió Olaf Gulbransson. Pronto noté que tomaba partido por mi mujer, contra mí. Cuando llegamos donde ella estaba me salió al encuentro grotesca y ceremoniosa, pronunciando palabras teatrales; estaba muy trastornada. Yo me negué a aceptar su tono histérico y le supliqué que se dominara, que se trataba de los niños, que corría peligro de volver a caer enferma y debía reforzarse todo lo posible en conservar la razón. Fue inútil. Lo más penoso era que Olaf Gulbransson la apoyaba constantemente, incluso me apartaba de ella por la fuerza (Gulbransson es un atleta) y opinaba que había que permitir a mi mujer seguir sus intuiciones.

El sueño me vuelve a demostrar tajantemente lo dividido que estoy en el fondo y cómo mi actitud y mi comportamiento hacia mi mujer oscilan entre dos polos. En el sueño la figura de Olaf es claramente la del gigante, primitivo y fuerte, pero bondadoso, la de una fuerza primaria que mira las cosas no desde puntos de vista racionales, sino intuitivos e ingenuos. El sueño muestra de una manera más clara e

intensa de lo que yo pueda expresar despierto la divergencia entre mis reflexiones racionales y un secreto respeto al primitivismo y a la fuerza de la sensibilidad enferma, pero natural y sin inhibiciones de mi mujer. Que esta divergencia sea posible, que yo no pueda adoptar frente a ella sin dificultad la posición del más sensato, se debe a que desde hace mucho he descuidado en mí lo intuitivo y sensitivo a favor de una actitud lógico-racional.

Últimamente volvieron a llegar confirmaciones, no de mi persona, sino de que mi vida y mi quehacer no dejar de guardar relación con el todo y que existe algo como una nueva corriente, una nueva doctrina, una nueva posibilidad de vida en el mundo, a cuyos heraldos, pioneros o al menos experimentados pertenezco yo. Las revistas de los más jóvenes en Alemania publicaron por fin artículos extensos sobre mis ensayos sobre Dostoievski y mi folleto sobre Zaratustra, pero especialmente escriben sobre *Demian*.

Lo más interesante fue lo del escritor Oskar A. H. Schmitz. Yo le conocía ya de antes por unos libros y le consideraba un autor inteligente, elegante, mundano, pero no muy profundo, ni muy poético. Escribía artículos divertidos y agradables sobre viajes, modas, crítica social, etcétera, en todo caso por encima de lo habitual. Hace poco me acordé de este Schmitz, del que hacía años que no leía nada, por el doctor Jung^[12] que me escribió diciendo que el último libro de Schmitz, *El secreto dionisiaco*^[13], contenía «cosas notables». Yo no conocía el libro, ni sabía tampoco nada de él, pero escribí inmediatamente al editor para me lo enviase. Recibí una tarjeta de la editorial, notificándome que el libro estaba en camino. Mientras tanto llegó una cartita del propio Schmitz, que está en Merano, y en ella decía que desde *Demian* me consideraba uno de los «Padres de la nueva doctrina», me preguntaba si había leído su libro, que él mismo había pedido a su editor que me lo enviara. Se conoce que el editor lo había olvidado, porque hacía ya tres meses de esto, pero gracias a la indicación de Jung la cosa estaba en marcha. Schmitz decía además que había oído de unos ensayos míos sobre Dostoievski y que por favor se los enviara para leerlos. Lo hice inmediatamente, pero como su libro aún no había llegado, le escribí una tarjeta, diciendo que lo leería. Ya ha llegado su libro *El secreto dionisiaco*. Acabo de leerlo con el mayor asombro, porque refleja desde una perspectiva y una personalidad completamente extrañas, casi exactamente las mismas vivencias interiores que yo tuve en los últimos años y que han cambiado tanto mi vida y mi obra. El libro por lo demás no es en absoluto nuevo, estilísticamente, incluso me decepcionó en las primeras páginas por la trivialidad obsoleta de su lenguaje; está escrito exactamente igual que las obras anteriores de Schmitz, es decir que no hay renovación y transformación de la expresión, como en mi caso. Me puse a leer y pronto estaba fascinado y asombrado por el problema: un intelectual, acostumbrado a vivir libre y solo en una autosuficiencia aislada y noble, vive la guerra, y la sociedad le recuerda el servicio militar (que yo he declarado frecuentemente la mayor barbarie de Europa), lo cual tiene sobre él el efecto de un trapo rojo. Sufre mucho bajo la «fobia cuartelaria», tan pronto como miedo a la esclavitud, tan pronto con indignación y rebeldía. Poco a poco su mal se convierte en neurosis. La toma de conciencia y la curación de la neurosis (¡yo mismo las he vivido de manera parecida!), constituyen el contenido de este libro tan interesante. Tres factores provocan la concienciación del héroe: la experiencia de la guerra, la propia neurosis, que le hace notar lo mal que encaja en el mundo, y el despertar del individuo, el amanecer de la conciencia de sí mismo: ¡pero si soy Dios, si soy Atmán, no puede ocurrirme nada!, y por fin el estudio consciente del budismo junto con ejercicios budistas, proceso en el que Schmitz descubre un budismo europeo, dionisiaco. Y

también aquí algo muy extraño: lo que el héroe del libro de Schmitz vive como su «secreto dionisiaco» quería representarlo yo, aunque de una manera y en una forma totalmente distintas, en mi *Siddharta*, cuya primera parte está terminada desde hace cerca de un año, y se encuentra en Berlín, Fischer, y cuya continuación me resultó imposible, porque en el fondo quería escribir algo que conocía e intuía, incluso sabía, pero todavía no poseía interiormente. ¡Precisamente eso es lo que ha descrito este Schmitz en su libro! ¡Para mí es ésta una de esas experiencias mágicas, de las que he tenido tantas! Además significa que lo que me preocupa desde hace años me atormenta y a menudo enferma, lo que llena mis pensamientos y mis libros, lo que yo quería describir en *Siddharta*, fermenta y se agita en otros, también ellos han vivido algo parecido, incluso idéntico, y para ellos, como para mí, el psicoanálisis ha sido, junto con las doctrinas asiáticas (Buda, Vedas y Lao Tse) un camino de curación y expansión; nosotros consideramos el psicoanálisis sólo como método de curación, sino también como elemento fundamental de la «nueva doctrina», del desarrollo de una nueva fase de la humanidad, en la que nos encontramos.

Hace unos días me encontré por casualidad con el doctor H., ese judío bondadoso e inteligente, que fue médico de mi mujer. Para asombro mío, me contó que había estado una vez en Dornach, para estudiar el asunto del doctor Steiner. No hubiera creído que eso le interesara. Me dijo que no había entendido mucho en las conferencias, pero que por el contrario le había impresionado el espíritu del conjunto, y que también le habían causado gran impresión los cuadros alegóricos en la sala (el carece de gusto artístico según nuestro criterio, ya que es un hombre por completo racional improductivo). Entonces quiso saber mi opinión sobre Steiner. Dije que consideraba grande su influencia, y que para muchos era una figura importante, pero que toda su personalidad (viajes, conferencias, propaganda abrumadora, fundaciones financieras, culto a su persona, etc.) contradecía total y fundamentalmente a lo que todas las religiones del mundo consideran como el tipo de santo y del hombre perfecto. Steiner es lo contrario de un santo, un ambicioso genial. H. opinaba que podía equivocarme, que quizá Steiner realizaba un enorme sacrificio dedicándose de ese modo a la causa con conferencias, viajes, etc., que a menudo estaba terriblemente agotado y apenas podía mantenerse en pie. Le dije que precisamente ese matarse a trabajar era un signo de actividad ambiciosa, y nunca un signo de santidad. Hablamos del psicoanálisis y H. opinó que no conocía a ninguna persona analizada que no se encontrara en una dependencia casi esclavizada de su analista, lo cual hablaba en contra del análisis. Le dije entonces que esa misma dependencia de la personalidad sugestiva existía en casi todos los seguidores de Steiner, entre los cuales hay muchas damas ancianas e histéricas, que le siguen en todos sus viajes de conferencias, etc., es decir que dependen de él del mismo modo esclavizado y patológico en que dependen algunos pacientes del médico psicoanalista.

Poco a poco se agrava mi desprecio por todo aquello en lo que debería en realidad vivir y en lo que necesitaría creer, en esa mi creciente convicción de la completa futilidad, corrupción y degeneración del mundo intelectual y literario alemán (quizá incluso del europeo). La ciencia es negocio o juego (de lo que ya participan considerablemente Kant y Hegel y toda la filosofía alemana, negándose a trasladar sus conclusiones filosóficas a la vida). La literatura es diversión, juego, charlatanería, el conjunto una bolsa de negocios y vanidades. Las diferencias entre literatura buena y mala, que yo antes me tomaba muy en serio, se desvanecen cada vez más, y entre Ernst Zahn y Thomas Mann, entre Ganghofer y Hermann Hesse no existe ya una diferencia notable, lo mejor y lo óptimo de nuestro tiempo es también fraude.

Por todas partes falta la base de una moral y de una santidad, de un afán verdaderamente serio por valores suprapersonales. Cada cual trabaja, se afana, piensa y hace política para sí mismo, para su persona, su fama o por un partido. El trabajo y el esfuerzo intelectual y la elevación de todos debería desembocar, por el contrario, en un torrente común, que pertenece sólo a la Humanidad, y donde el esfuerzo o el error individual se vuelve pronto anónimo, como sucedía en los primeros siglos de la Iglesia, en los Padres de la Iglesia, etc. Cuando esto suceda, se volverán a escribir en Alemania palabras que serán creídas de verdad por los que las escriben y por los que las leen, de las que broten alegría, convicción y verdad y por las que se pueda morir. Uno de estos días hablé en mi desesperación y escepticismo con Hugo Ball de estos temas, y me dio la razón en todo.

CARTAS DE ODIO

Los estudiantes alemanes han tenido siempre sus maneras, a menudo originales y divertidas, de expresar no sólo respeto y admiración, sino también desprecio y odio. Ese sector de los estudiantes alemanes, que trata de salvar a todo trance las viejas tradiciones, que es políticamente reaccionario y extremadamente nacionalista, me envía de vez en cuando desde distintas universidades, y especialmente desde Halle, una carta de odio. No puedo contestar a estas cartas, aunque con frecuencia son interesantes, pero como se suelen repetir en una forma bastante parecida y revelan una actitud honrada y sincera, incluso entusiasta, que sin embargo es sumamente peligrosa en su orientación y que deja temer cosas graves para nuestro futuro, me vio obligado a hablar una vez sobre el tema. Tomaré como modelo la carta de un estudiante de Halle, cuyo nombre no voy a citar. El autor de la carta tiene la necesidad de comunicarme que, al igual que numerosos compañeros de ideas, no está contento conmigo, que me reprocha un grave desconocimiento de mis deberes, que junto con sus amigos me desprecia profundamente, que para él y sus camaradas estoy muerto y que lo sumo puedo servirles de motivo de risa, etc. Transcribo algunas de las frases más características:

«Su arte es un hurgar libidinoso y neurasténico en la belleza, es una sirena seductora sobre humeantes tumbas alemanas que aún no se han cerrado. Odiamos a esos poetas, por muy maduro que sea su arte, que quieren convertir a los hombres en mujeres, que nos trivializan y que nos quieren internacionalizar y convertir en pacifistas. Somos alemanes y queremos serlo eternamente. Somos los discípulos de Schiller, Fichte, Kant, Beethoven y Richard Wagner, sí, diez veces Richard Wagner, cuyo ardor clamoroso amaremos eternamente. Tenemos derecho a exigir que nuestros poetas alemanes (si están afrancesados ¡qué se vayan al diablo!), despierten a nuestro pueblo adormecido, que le conduzcan nuevamente a los sagrados jardines del idealismo alemán, de la fe y la lealtad alemanas».

Cabría pensar que se trata simplemente de ejercicios de estilo como los que en otros tiempos se escribían mutuamente los jóvenes sentimentales en sus álbumes, manifestaciones ingenuas de una borrachera juvenil con palabras teatrales. Pero sería pensar con demasiado optimismo, detrás de estas frases hay algo más, no convicciones, pero sí una terquedad fuerte, enfermiza y, por cierto, bastante neurasténica, un entusiasmo por tendencias que son en su última consecuencia peligrosas y enemigas del espíritu y de la vida. Ya el hecho de que un estudiante sienta la necesidad de comunicar a un poeta: «Usted está muerto para nosotros, nos reímos de usted», es una extraña necesidad. Este estudiante ha leído algo de mí, que le parece neurasténico y enfermizo o contrario al «espíritu alemán» o «afrancesado», pero no le basta con dejar el libro y apartarse de ese autor, no, ha percibido en él algo, un veneno, una tentación, algo de extranjero y de internacional, de humano, de supranacional, algo que atrae y que por lo tanto hay que combatir enérgicamente y exterminar dentro de uno mismo. Que el

poeta extranjerizante, pacifista, contrario al espíritu alemán está muerto para él, que ningún joven decente, patriota e inspirado en Schiller escucha a tales poetas, es algo que este muchacho tiene que comunicar al poeta (y a sí mismo) a grandes voces y con un sospechoso derroche de emociones.

Naturalmente no quiero contestar aquí a esta carta ni a otras muchas parecidas que he recibido. No me interesa que unos cientos o miles de estudiantes me lean o no, me aprueben o no, hay problemas más serios para mí. Pero me interesa, como síntoma de la época, la reacción de estudiantes alemanes de hoy a la lectura de poetas extranjerizantes y pacifistas, a sus esfuerzos por la desbarbarización y la humanidad.

Interesante es especialmente la frase que comienza «tenemos derecho a exigir». Así, en la opinión de estos estudiantes, un poeta no es un ser que hace lo que es necesario para él y que es tanto más perfecto y valioso cuanto mayores son la seguridad y la firmeza con que se vive y expone su espíritu, sus convicciones y su verdad; no, el poeta es un funcionario que tiene que dejarse decir por un estudiante lo que ha de hacer y decir. El poeta tiene que cuadrarse cuando el mozo teutón se acerca blandiendo la espada. ¡Cómo te has delatado, muchacho!

Todavía más sintomático de la rigidez y peligrosa tozudez de esta actitud es la adhesión a aquellos alemanes que el autor considera los grandes y los líderes. Es estudiante de Medicina y probablemente estuvo algunos años en la guerra; también habrá dedicado (como supongo en su honor) gran esfuerzo a los estudios, por lo tanto no pretenderá en serio convencernos de que como estudiante ha leído a todos los escritores que enumera. Más bien tenemos que suponer que debe sus conocimientos sobre la historia alemana y los genios alemanes a algunas conferencias pangermánicas, o a la lectura de algún escrito tendencioso de Chamberlain, Rohrbach o, en el mejor de los casos, Naumann. Algunos de los nombres que pertenecen al programa, como Lutero y Hegel, los ha olvidado, pero el programa también está claro así. Me molesta solamente el nombre de Beethoven; aunque yo no le citaré como el primero en una lista de músicos alemanes, de todas formas me es demasiado sagrado como para meterle en este miserable asunto. Dejémosle fuera, o más bien concedamos a este estudiante que entre todos los nombres que le son sagrados haya nombrado a uno solo que para mí y para los que piensan como yo también es digno de respeto: Beethoven. Desde luego es grave que no figuren junto a él ni Mozart ni Bach ni Gluck, sólo Wagner. Pero al fin y al cabo no todo el mundo entiende de música, ¿y por qué no va a disfrutar el joven autor de la carta con Lohengrin o la abertura de Rienzi? Pero que no conozca ni de nombre a uno solo de los grandes alemanes, que no recuerde, en el momento en que quiere nombrar lo más sagrado, a ninguno de los alemanes profundos, auténticos, difícilmente accesibles a la coyuntura y a la adaptación y por eso solitarios, eso sí que es grave. ¡Para este tipo de estudiantes alemanes existe por lo tanto un espíritu alemán representado de manera unívoca y resplandeciente por Schiller, Fichte, Kant! ¡Y me olvida a Goethe, Hölderlin, Jean Paul, Nietzsche! Me temo que el autor de la carta no ha sido del todo sincero; tengo la sensación de que en el fondo le quedaban mucho más cerca nombres como Scharnhorst, Blücher, Bismarck, Roon, etc. Me temo que en el caso de Schiller se refería menos a su lado revolucionario que al decorativo, y que de Kant ha leído la crítica de la razón pura con menos atención que la de la razón práctica, pero quizá sólo le conoce por el famoso pasaje sobre el firmamento.

Todos los personajes alemanes venerados por el autor de la carta pertenecen para mí, si he de ser franco, a las celebridades decorativas. Por dos poemas de Hölderlin doy todo Schiller, y Fichte; Kant, a

pesar de su enorme obra, no ha ejercido sobre el espíritu alemán una influencia pura y exclusivamente bienhechora. Al menos su pensamiento inexorable crítico y la pureza de su método no han sido en absoluto el modelo universalmente válido para los filósofos y profesores posteriores de Alemania, pero sí su desviación hacia la moral autoritaria y estatal y su servilismo ante el príncipe.

En resumen, la fe alemana que nuestro corresponsal profesa con tanto énfasis no difiere para nada de la fe del intelectual medio alemán de otros tiempos, de esa mentalidad burguesa cómoda, dependiente, fuertemente autoritaria, que se inclina ante cualquier ideal colectivo, contra la que luchó y protestó tantas veces Goethe, ante la que sucumbió Hölderlin, que ironizó Jean Paul y que denunció y desenmascaró con tanta furia Nietzsche. Es el espíritu que siempre aparece cuando se trata de inaugurar una «gran época» entre banderas ondeantes y blandir de espadas, o de lanzar protestas mundiales como las de aquellos noventa y tres. Es el espíritu que tiene miedo de sí mismo, y que considera satánica cualquier tentación que le aparte de la bandera acostumbrada, pero que esconde su cobardía interna detrás del estrépito de los sables. Que este espíritu pueda hacerse pasar por el espíritu alemán, que durante decenios atruene a todo el mundo, apoyado desde 1870 por el régimen, nos ha convertido a nosotros, que no lo amamos y lo consideramos un espantajo, en internacionalistas y pacifistas. Porque, para decirlo bien claro, es a ese seudoespíritu alemán al que el mundo con razón echa la culpa de la guerra. Quien se declara partidario suyo sigue participando de la culpa. Para salir de la hipnosis de la autoridad y de ese «idealismo» de la doble verdad no hace falta, como opina el estudiante de la carta, negar el espíritu alemán: sólo hace falta extranjerizarse e internacionalizarse, hasta el extremo de estar dispuesto a aprender de extranjeros como Jesucristo, Francisco de Asís, Dante, Shakespeare.

Por lo demás puede comprobarse que las ideas propagadas por mí y consideradas por el autor de la carta poco alemanas e indignas de un hombre, fueron defendidas por numerosos hombres alemanes que fueron sus precursores y mártires. Pero para eso hay que dar algunos pasos que el autor de la carta no ha tenido tiempo de realizar, debido a sus otros estudios: hay que remontarse en el pasado alemán un poco más allá de la época idealista-clásica, en la que hombres dignos y en parte geniales crearon los fundamentos de lo que hoy ha generado en la mentalidad oficial-alemana del funcionario del Estado; hay que buscar una Alemania anterior, más antigua, la Alemania de las catedrales y la poesía medievales. Y la Alemania posterior hay que conocer y reconocer junto a Wagner, a Bach y a Mozart, junto a Kant, a Schopenhauer y a Nietzsche, junto a Schiller, a Goethe, Hölderlin y Jean Paul. Entonces es posible ser un hombre y un alemán y ayudar a pensar y realizar las ideas universales del amor y de la razón humanos. Desde luego con la mentalidad de los autores de esas cartas, en el espíritu unilateral idealista-ideológico que sólo conoce a Kant, Schiller, Fichte y Wagner es imposible. Este espíritu obcecado y partidista que se ha enseñado desde tantos púlpitos y cátedras, y que no parece haberse hundido con la guerra, tiene que hacer sitio a un espíritu alemán infinitamente más amplio y elástico, si no queremos que Alemania se quede eternamente sola, amargada y llorosa entre los pueblos del mundo.

(1921)

LA INFANCIA DEL MAGO

No fui educado únicamente por mis padres y maestros, sino también por fuerzas superiores, más ocultas y misteriosas, entre ellas el dios Pan, que bajo la forma de un pequeño ídolo danzante indio estaba en el armario de vitrinas de mi pueblo. Esta divinidad y aun otras se ocuparon de mis años de infancia, y mucho antes de que supiese leer y escribir me llenaron de imágenes e ideas ancestrales de Oriente, de tal manera que más tarde cada encuentro con los modos indios y chinos era como un reencuentro, como una vuelta a los orígenes. Y sin embargo soy europeo, he nacido incluso bajo el signo activo de Sagitario y he practicado toda mi vida las virtudes occidentales de la vehemencia, de la codicia y de la curiosidad insaciable. Afortunadamente aprendí, como la mayoría de los niños, las cosas más imprescindibles para la vida ya antes de los años del colegio, aleccionado por los manzanos, por la lluvia y el sol, el río y los bosques, las abejas y los escarabajos, enseñado por el dios Pan y el ídolo danzante de la cámara de tesoros del abuelo. Conocía el mundo, trataba sin miedo con los animales y las estrellas, me movía a mis anchas en las huertas y entre los peces del agua y sabía cantar un buen número de canciones. También sabía hacer magia, aunque por desgracia lo olvidé pronto y tuve que aprenderlo de nuevo cuando ya era mayor y disponía de toda la sabiduría legendaria de la infancia.

A esto se añadieron las ciencias del colegio, que aprendí con facilidad y que me gustaban. La escuela, sabiamente, no se ocupaba de esas disciplinas serias que son imprescindibles para la vida, sino principalmente de entretenimientos bonitos y divertidos, que me solían solazar, y de conocimientos de los cuales algunos me han sido files toda la vida; así sé, aún hoy, muchas palabras, frases y versos hermosos y chistosos del latín, y el número de habitantes de muchas ciudades de todos los continentes, naturalmente no la cifra actual, sino la de los años ochenta.

Hasta los trece años no pensé nunca seriamente lo que sería un día de mí, ni el oficio que podía aprender. Como todos los muchachos amaba y envidiaba algunos oficios: el de cazador, ganadero, carretero, equilibrista, explorador del polo norte. Pero lo que hubiera preferido ser es mago. Ésta era la tendencia más profunda y entrañable de mis impulsos, un cierto descontento hacia lo que se llamaba la «realidad» y que, a veces, me parecía una convención ridícula de los mayores; no tardó en ser corriente en mí un cierto rechazo entre temeroso y despreciativo de esa realidad y el deseo ardiente de encantarla, transformarla y potenciarla. En mi infancia el deseo de hacer magia estaba dirigido a objetivos externos, infantiles: me hubiese gustado hacer crecer manzanas en invierno y llenar mi bolsa de oro y plata por encanto, soñaba con paralizar a mis enemigos por arte de magia, avergonzarles luego con mi magnanimidad y ser proclamado vencedor y rey; quería descubrir tesoros enterrados, resucitar muertos y hacerme invisible. Sobre todo el hacerse invisible era un arte que yo apreciaba y deseaba intensamente. Este deseo y el deseo de todos los poderes mágicos me acompañó a lo largo de toda la

vida bajo distintas formas que a menudo yo no reconocía inmediatamente. Así, más tarde, cuando ya era adulto y ejercía la profesión de escritor, sucedió que muchas veces intenté desaparecer detrás de mis obras, rebautizarme y ocultarme tras nombres caprichosos y significativos; es curioso que mis compañeros de profesión me hayan reprochado con frecuencia esos intentos y los hayan interpretado mal. Si miro hacia atrás, veo que toda mi vida ha estado bajo el signo del deseo de poder mágico; la manera que fueron cambiando con el tiempo las metas de mis deseos mágicos, cómo los sustraje progresivamente del mundo externo, absorbiéndoles dentro de mí, cómo aspiré poco a poco, no a cambiar las cosas, sino a mí mismo, cómo traté de sustituir la torpe invisibilidad de la capa mágica por la invisibilidad del sabio, que reconociendo siempre permanece escondido, éste sería el verdadero contenido de la historia de mi vida.

Yo era un muchacho feliz y alegre, jugaba con el hermoso mundo de colores, en todas partes estaba a gusto, tanto entre los animales y las plantas como en la selva de mi fantasía y mis sueños, contento de mis fuerzas y facultades, más dichoso que consumido por mis fogosos deseos. Sin yo saberlo, practicaba por entonces algunas artes mágicas con más perfección que nunca después. Fácilmente conquistaba amor, fácilmente adquiría influencia sobre los demás, fácilmente me encontraba en el papel de jefe, del solicitado o del misterioso. Durante años mantuve a compañeros y pariente más jóvenes en la respetuosa convicción de mi real poder mágico, de mi poder sobre los duendes, de mis derechos a tesoros ocultos y coronas. Durante mucho tiempo viví en el paraíso, aunque mis padres me hicieron conocer muy pronto la serpiente. Mucho tiempo duró mi sueño infantil, el mundo me pertenecía, todo era presente, todo estaba dispuesto a mi alrededor para el juego hermoso. Si alguna vez surgían en mí la insatisfacción y la añoranza, si alguna vez se cubría de sombras y de dudas ese alegre mundo, casi siempre hallaba con facilidad el camino a ese otro mundo más libre y sin obstáculos de las fantasías, y al volver me encontraba el mundo externo otra vez dulce y amable. Mucho tiempo viví en el paraíso.

Había un cobertizo en el pequeño jardín de mi padre donde tenía conejos y un cuervo amaestrado. Allí pasaba horas interminables, largas como siglos, en el calor y el placer de propietario, los conejos olían a vida, a hierba y luche, sangre y procreación; y el ojo negro y duro del cuervo relucía la lámpara de la vida eterna. En el mismo lugar pasaba otros ratos interminables, al atardecer, a la luz del un cabo de vela, junto a los animales calientes y adormilados, solo o con algún compañero, urdiendo planes para desenterrar inmensos tesoros, para obtener la raíz Alraun, para caballerescas y victoriosas campañas a través del mundo necesitado, en las que condenarían a los ladrones, consolaría a los desdichados, liberaría a los prisioneros, reduciría a cenizas los castillos de los caballeros dedicados a la rapiña, mandarían crucificar a los traidores, perdonaría a los vasallos rebeldes, conquistaría a las princesas y entendería el lenguaje de los animales.

En la gran biblioteca de mi abuelo había un libro, enorme y pesado, en el que hojeaba y leía a menudo. Había en este libro inagotable antiguas y extrañas ilustraciones, que unas veces surgían luminosas y tentadoras nada más abrir y hojear las páginas, otras las buscaba y no las encontraba, habían desaparecido como por encanto, como si nunca hubiesen existido. Contenía este libro una historia infinitamente hermosa y comprensible que yo solía leer. Tampoco la encontraba siempre, la hora tenía que ser propicia, de vez en cuando desaparecía por completo y permanecía oculta, a menudo parecía haber cambiado de lugar y domicilio; unas veces, al leerla, era extrañamente amable y casi comprensible, otras era oscura y hermética como la puerta del desván, detrás de la cual se oían al

anochecer las risas ahogadas y los suspiros de los espíritus. Todo estaba lleno de realidad y todo estaba lleno de magia, ambas florecían plácidamente, una junto a otra, ambas me pertenecían.

Tampoco el ídolo danzante de la India, el que estaba en la vitrina llena de tesoros de mi abuelo, era siempre el mismo, no tenía siempre la misma cara ni bailaba a todas horas la misma danza. A veces era un ídolo, una figura extraña y divertida como las que se suelen hacer y adorar en países extraños e incomprensibles por otros pueblos también extraños e incomprensibles. En otros momentos era una obra de magia, llena de significado y profundamente inquietante, ávida de sacrificios, maligna, severa, imprevisible, burlona, parecía incitarme, por ejemplo a que me riera de él para vengarse luego de mí. Era capaz de mover los ojos aunque estaba hecho de metal amarillo; a veces bizqueaba. En otros momentos volvía a ser sólo símbolo, no era ni bonito ni feo, no era malo ni bueno, ni ridículo ni terrible, sino simplemente antiguo e inimaginable como una runa, como una mancha de musgo sobre la roca, como el dibujo de un guijarro, y detrás de su forma, detrás de su rostro e imagen, vivía Dios, moraba lo infinito, que siempre yo entonces, muchacho, veneraba con la misma fuerza que más tarde cuando lo llamaba Siva, Visnú, Dios, Vida, Brahma, Atmán, Tao o Madre Eterna. Era padre, madre, mujer y hombre, sol y luna. Y cerca del ídolo en la vitrina y en otros armarios del abuelo había colocadas y colgadas muchas otras cosas e instrumentos, collares de perlas de madera como rosarios, rollos de palma cubiertos de antigua escritura india, tortugas talladas en esteatita verde, pequeños dioses de madera, de cristal, de cuarzo, de barro, mantos bordados de seda y de hilo, vasos y platos de cobre amarillo y todo aquello venía de la India y de Ceilán, la isla paradisíaca de los helechos gigantes y las costas de palmeras y de los suaves cingaleses con ojos de ciervo, venía del Siam de Birmania, y todo olía a mar, a especias, a lejanía, a canela y sándalo, todo había pasado por manos oscuras y amarillas, humedecido por la lluvia tropical y el agua del Ganges, reseca por el sol ecuatorial, cubierto por la sombra de la selva. Y todas estas cosas pertenecían al abuelo, y él, el viejo, venerable y poderoso con amplia barba blanca, omnisciente, más poderoso que mi padre y mi madre, estaba en posesión de otras cosas y otros poderes mucho mayores, suyo era no sólo el dios y juguete indio, sino todos los objetos tallados y pintados, consagrados con hechizos, el cuenco de coco y el arca de sándalo, la sala y la biblioteca, él era también un mago, un iniciado, un sabio. Entendía todas las lenguas humanas, más de treinta, quizá también la de los dioses, quizá también la de las estrellas, sabía escribir y hablar pali y sánscrito, sabía cantar canciones canaresas, bengalíes, indostánicas y cingalesas, conocía las oraciones de los mahometanos y de los budistas, aunque era cristiano y creía en la Santísima Trinidad, había estado muchos años y décadas en países orientales, calientes y peligrosos, había viajado en barcas y en carros de bueyes, a caballo y en mulas, nadie sabía como él que nuestra ciudad y nuestro país eran sólo una parte muy pequeña de la tierra, que mil millones de seres tenían otras creencias, otras costumbres, otras lenguas, otro color de piel, otros dioses, otras virtudes y otros vicios. Yo le quería, admiraba y temía, de él esperaba todo, le creía capaz de todo, de él y de su dios Pan disfrazado de ídolo aprendía sin cesar. Este hombre, el padre de mi madre, estaba metido en un bosque de misterios, como lo estaba su rostro en el blanco bosque de la barba, sus ojos irradiaban tristeza universal o serena sabiduría, según las circunstancias, sabiduría solitaria y picardía divina. Personas de muchos países le conocían, admiraban y visitaban, hablaban con él en inglés, francés, indio, italiano, malayo y volvían a irse después de largas conversaciones, sin dejar rastro, quizá eran sus amigos, quizá sus enviados, quizá sus criados y encargados. Sabía que de él, el insondable, procedía el misterio que rodeaba a mi madre, el

aire misterioso y ancestral, y también ella había estado mucho tiempo en la India, también ella hablaba y cantaba en malajalam y canarés e intercambiaba con su anciano padre palabras y frases en lenguas mágicas y extrañas; como él, poseía también a veces la sonrisa de la lejanía, la sonrisa velada de la sabiduría.

Mi padre era distinto. Él estaba solo. No pertenecía ni al mundo de ídolo y del abuelo, ni al mundo cotidiano de la ciudad, estaba al margen, solo, un ser que sufría y buscaba, culto y bondadoso, sincero y lleno de entusiasmo al servicio de la verdad, pero muy lejos de aquella sonrisa, noble y sensible, aunque clara, sin aquel misterio. Nunca le abandonó la bondad, ni la sabiduría, pero nunca desapareció en aquella nube mágica del abuelo, nunca se perdió su rostro en aquella candidez y divinidad, cuyo juego a veces tristeza, a veces fina burla, y a veces como una máscara divina ensimismada. Mi padre no hablaba con mi madre en lenguas indias, sino en inglés y en alemán puro, claro, bello y con un ligero acento báltico. Con esta lengua me atraía, ganaba y enseñaba, de ven en cuando le amulaba lleno de admiración y entusiasmo, aunque sabía que mis raíces crecían profundas en el suelo de la madre, en ese mundo de ojos negros y de misterio. Mi madre estaba llena de música, mi padre no, él no sabía cantar.

Junto a mí crecieron mis hermanas y dos hermanos mayores, altos, envidiados y admirados. Alrededor de nosotros estaba la ciudad, vieja y corcovada, y alrededor de ella las montañas cubiertas de bosques, severas y algo sombrías, por medio discurría un río hermoso, sinuoso y vacilante, y yo amaba todas estas cosas y las llamaba patria y en el bosque y el río conocía exactamente las plantas y el suelo, las piedras y cuevas, las aves, las ardillas, el zorro y el pez. Todo ello me pertenecía, era mío, era mi patria, pero además existían la vitrina y la biblioteca, y la burla bondadosa en el rostro omnisciente del abuelo, y la mirada cálida y oscura de mi madre y las tortugas y los ídolos, las canciones y las frases indias, y aquellas cosas me hablaban de un mundo más amplio, de una patria más grande, de un origen más antiguo, de un contexto más grande. Y arriba en su gran jaula de alambre nuestro papagayo rojo y gris, viejo y sabio, con su cara inteligente y su pico afilado; cantaba y hablaba y procedía, también él, de un país lejano, desconocido, gorjeaba idiomas de la selva y olía a ecuador. Muchos mundos, muchos continentes extendían sus brazos y sus rayos, y se encontraban y cruzaban en nuestra casa. Y la casa era grande y antigua, con muchas habitaciones vacías, con sótanos y grandes pasillos en los que resonaban los pasos, y que olían a piedra y frescura, y desvanes interminables llenos de leña y fruta, y corrientes de aire y vacío oscuro. Muchos mundos cruzaban sus rayos en esta casa. Aquí se rezaba y se leía la Biblia, se estudiaba y se aprendía la filología india, se hacía mucha y buena música, se conocía a Buda y Lao Tse, venían visitas de numerosos países con el perfume de tierras lejanas y extranjeras en las ropas, con extrañas maletas de cuero y mimbre y con el sonido de lenguas extrañas, allí se daba de comer a los pobres y se celebraban fiestas, la ciencia y la fábula vivían muy juntas. Había también una abuela a la que teníamos un poco de miedo y a quien no conocíamos bien porque no hablaba alemán y leía una Biblia francesa. La vida de aquella casa era compleja y no siempre comprensible, en ella la luz jugaba en múltiples colores, la vida sonaba rica y polifónica. La casa era bonita y me gustaba, pero más bonito todavía era el mundo de mis ilusiones, más ricas mis fantasías. La realidad nunca me bastaba, me hacía falta la magia.

La magia moraba familiarmente en nuestra casa y en nuestra vida. Además de los armarios del abuelo, estaban los de mi madre, llenos de tejidos asiáticos, vestidos y velos, también era mágica la mirada bizca del ídolo, lleno de misterio el olor de algunas habitaciones antiguas y rincones de la

escalera. Y dentro de mí se correspondían muchas cosas en este mundo exterior. Había objetos y relaciones que sólo existían en mí y para mí solo. Nada tan misterioso, tan poco comunicable, tan lejos de la verdad cotidiana como ellas, y sin embargo nada era más real. La misma caprichosa aparición y desaparición de las ilustraciones e historias de aquel enorme libro era así, y las transformaciones en el rostro de las cosas, que yo veía suceder a cada instante. ¡Qué aspecto tan distinto tenían la puerta de la casa, la casita del jardín y la calle según fuese una tarde de domingo o la mañana de un lunes! ¡Qué distintos eran el reloj de pared y la imagen de Cristo del cuarto de estar el día que reinaba allí el espíritu del abuelo o el de mi padre, y cómo se transformaba todo en las horas en que ningún espíritu extraño excepto el mío daba a las cosas su sello, cuando mi alma jugaba con ellas y les daba nuevos nombres y significados! En esos momentos una silla o un taburete familiares, una sombra cerca de la estufa, los titulares de un periódico, podían volverse bonitos o feos y malignos, significativos o banales, despertar nostalgia o intimidar, ser ridículos o tristes. ¡Qué pocas cosas eran firmes, estables y perdurables! ¡Todo vivía, sufría transformaciones, deseaba transformarse, estaba al acecho de la disolución y el renacimiento!

Pero de todos los fenómenos mágicos el más importante y fantástico era el «hombrecillo». No sé cuándo le vi por primera vez, creo que siempre existió, que vino conmigo al mundo. El hombrecillo era un ser diminuto, gris como una sombra, un espíritu o duende, ángel o demonio, que a veces aparecía y caminaba delante de mí, cuando estaba dormido y cuando estaba despierto, y al que tenía que obedecer que mi padre, más que a mi madre, más que a la razón, con frecuencia incluso más que al miedo. Cuando se me aparecía solo existía él, e hiciese lo que hiciese yo le tenía que imitar: aparecía en las situaciones de peligro. Cuando me perseguía un perro o un compañero más fuerte, lleno de ira, y mi situación era precaria, entonces, en el momento más difícil, aparecía el hombrecillo, corría delante de mí, me enseñaba el camino, me traía la salvación. Me indicaba la tabla suelta en la valla del jardín, por la que encontraba una salida en el último minuto angustioso, me enseñaba lo que debía hacer en cada instante: dejarme caer, dar la vuelta, echar a correr, chillar, estar callado. Mi quitaba de la mano algo que iba a comer, me conducía al lugar donde encontraba mis cosas perdidas. Había épocas en las que lo veía todos los días. Otras en las que no aparecía. Estas épocas no eran buenas, entonces todo era anodino y confuso, no sucedía nada, no progresaba nada.

Una vez en la plaza del mercado corría el hombrecillo delante de mí, y yo le seguí; se fue corriendo a la enorme fuente del mercado en cuya pileta de piedra, más profunda que un hombre, caían los cuatro chorros de agua; trepó ágil por la pared de piedra hasta el borde, y yo detrás, y cuando saltó con un movimiento rápido a las aguas profundas, salté yo también, no había otra alternativa, y estuve a punto de ahogarme. Pero no me ahogué porque me sacaron, precisamente fue una hermosa vecina joven a la que apenas conocía y con la que establecí entonces una bonita relación de amistad y bromas que me hizo feliz durante mucho tiempo.

Una vez me pidió mi padre explicaciones por una de mis fechorías. Me disculpé como pude, sufriendo una vez más que fuera tan difícil hacerse entender por los mayores. Hubo algunas lágrimas y un pequeño castigo y al final mi padre me regaló, para que no olvidase aquella hora, una bonita agenda de bolsillo. Algo avergonzado y descontento por lo que había pasado me alejé y pasé por el puente del río; de repente iba delante de mí el hombrecillo, saltó al pretil y me ordenó con un ademán que tirase el regalo de mi padre al río. Lo hice inmediatamente, la duda y la vacilación no existían cuando estaba

presente, sólo cuando él faltaba, cuando no aparecía y me dejaba empantanado. Me acuerdo de un día que paseaba con mis padres y apareció el hombrecillo; se cruzó al lado izquierdo de la calle, y yo detrás, y cada vez que mi padre me ordenaba que cruzase al otro lado, el hombrecillo se negaba a acompañarme, seguía obstinado por la izquierda y yo tenía que volver cada vez rápidamente a su lado. Mi padre terminó por cansarse y me dejó finalmente que caminase por donde quisiera, estaba ofendido, y más tarde, en casa, me preguntó por qué había tenido que desobedecer y caminar a toda costa por el otro lado de la calle. En esos casos me daba mucho apuro, incluso verdadera angustia, porque nada era más imposible que contar a nadie una sola palabra sobre el hombrecillo. Nada habría sido más prohibido, malo y pecaminoso que traicionarle, nombrarle y hablar de él. Ni siquiera debía pensar en él, llamarle o desear que apareciese. Si aparecía todo estaba bien y le seguía. Si no estaba, era como si nunca hubiese existido. El hombrecillo no tenía nombre. Pero lo más imposible del mundo era no seguirle cuando aparecía. A donde él iba yo le seguía, incluso al agua, incluso al fuego. No es que él me ordenase o aconsejase una cosa u otra. No, él hacía simplemente esto o aquello y yo le imitaba. Dejar de imitar algo que él hacía era tan imposible como que mi sombra no siguiese mis movimientos. Quizá yo era sólo la sombra o el reflejo de él o él del mío; quizá yo hacía aquello que creía imitar antes que él o al mismo tiempo que él. Por desgracia él no siempre estaba, y cuando faltaba mis actos carecían de naturalidad y necesidad, todo podía ser distinto, existía para cada paso la posibilidad realizarlo o no, de dudar y reflexionar. Los pasos afortunados, alegres y felices de mi vida de entonces los realicé todos sin reflexionar. El reino de la libertad es quizá también el reino de las ilusiones. ¡Qué bonita era mi amistad con la alegre vecina que me sacó de la fuente! Era muy animada, joven, guapa y tonta, de una necedad adorable, casi genial. Me dejaba que le contase historias de ladrones y de brujas, tan pronto me creía demasiado como no se creía nada y me tenía por uno de los sabios de Oriente, con lo que yo estaba absolutamente de acuerdo. Me admiraba mucho. Cuando le contaba algo divertido, se reía a carcajadas y con gran entusiasmo, mucho antes de que hubiese comprendido el chiste. Se lo reproché y le pregunté: «Escucha, Frau Anna, ¿cómo puedes reírte de un chiste si no lo has comprendido en absoluto? Eso es muy estúpido y además ofensivo para mí. O bien entiendes mis chistes y te ríes o no los comprendes, y entonces no hace falta que te rías y hagas como si los hubieses comprendido». Ella siguió riendo. «Desde luego —exclamó—, eres el muchacho más inteligente que nunca he visto, eres extraordinario. Un día serás profesor o ministro o médico. La risa, sabes, no hay que tomarla a mal. Me río simplemente porque me das alegrías y porque eres la persona más divertida que existe. Pero ahora explícame el chiste». Yo se lo expliqué detenidamente, me hizo aún algunas preguntas, por fin lo comprendió de verdad, y si antes se había reído con ganas y mucho, ahora se reía de verdad, se reía loca y desenfrenadamente, contagiándome a mí. ¡Cuántas veces hemos reído juntos, cómo me mimaba y admiraba, qué fascinada estaba conmigo! Había trabalenguas difíciles que yo tenía que recitarle tres veces seguidas muy deprisa, por ejemplo: «Wiener Wäscher waschen weisse Wäsche», [Lavaderos vieneses lavan ropa blanca], o la historia de «Kottbuser Postkutschkasten», [La diligencia de Kottbus]. También ella tenía que probar, yo insistía, pero se reía antes, no decía ni tres palabras ni quería hacerlo y cada frase comenzada terminaba en nuevas risas. Frau Anna era la persona más divertida que he conocido. Yo, con mi inteligencia de muchacho, la consideraba infinitamente tonta, y quizá también lo era, pero era un ser feliz y a veces tiendo a creer que las personas felices son sabias en el fondo, aunque puedan parecer tontas. ¿Qué hay más necio y que haga más infeliz que la inteligencia?

Pasaron los años y mis relaciones con Frau Anna se había ya adormecido, yo era un muchachote que iba al colegio y sucumbía ya a las tentaciones, las penas y los peligros de la inteligencia, cuando volví a necesitarla un día, otra vez fue el hombrecillo quien me condujo hasta ella. Desde hacía algún tiempo estaba yo desesperadamente preocupado con la cuestión de la diferencia de los sexos y con el origen de los niños, el problema era cada vez más acuciante y atormentador y un día me dolía y quemaba tanto que preferí no vivir antes que dejar sin resolver aquel angustioso enigma. Salvaje y obstinado iba a la vuelta del colegio por la plaza del mercado, con la mirada en el suelo, desdichado y sombrío, cuando de pronto volvió a aparecer el hombrecillo. Sus visitas se habían hecho cada vez más raras, hacía tiempo que me era infiel —o yo a él—, y ahora de repente le volví a ver, pequeño y ligero corría por el suelo delante de mí, visible por un momento, y se metió en casa de Frau Anna. Había desaparecido, pero ya le había seguido a esa casa, y sabía para qué; Frau Anna dio un grito cuando irrumpí inesperadamente en su habitación, porque estaba precisamente desvistiéndose, pero no pudo deshacerse de mí y pronto supe casi todo lo que necesitaba saber con tanta urgencia. Aquello se habría convertido en un amorío si yo no hubiese sido tan joven.

Esta mujer, divertida y tonta, se diferenciaba de la mayoría de los adultos en que, aunque tonta, era natural y espontánea, siempre inmediata, nunca mentirosa, ni apurada. La mayoría de los adultos eran distintos. Había excepciones, mi madre, síntesis de lo vivo, de lo misteriosamente eficaz, y mi padre, modelo de justicia e inteligencia, y el abuelo que caso no era ya un ser humano, oculto, universal, sonriente, inagotable. Sin embargo, casi todos los adultos eran sobre todo dioses de barro, aunque había que temerles y respetarles. ¡Qué ridículos eran con su torpe manera de actuar, cuando hablaban con los niños! ¡Qué falso sonaba su tono, qué falsa su sonrisa! ¡Cómo se tomaban en serio a sí mismos y sus preocupaciones y negocios, con qué exagerada seriedad sujetaban debajo del brazo sus herramientas, sus carpetas, sus libros cuando cruzaban la calle, cómo esperaban ser reconocidos, saludados y admirados! Los domingos venía a veces gente a casa de mis padres a «hacer una visita», hombres con sombreros de copa entre manos torpes, enfundadas en rígidos guantes de cabritilla, hombres importantes, llenos de dignidad, violentos de tanta dignidad, abogados e inspectores con sus mujeres algo asustadas y oprimidas. Estaban sentados tiesos en sus sillas, a todo había que invitarles, ayudarles en todo, a quitarse el abrigo, a entrar, a sentarse, a preguntar y contestar, a irse. Tomar este mundo pequeño burgués tan en serio como lo exigía no me resultaba difícil, porque mis padres no formaban parte de él y también lo encontraban ridículo. Pero también me parecían casi todo los adultos bastante extraños y ridículos aunque no hiciesen teatro y no llevasen guantes ni hicieran visitas. ¡Cuánto tono se daban con su trabajo, con sus oficios y sus cargos, qué grandes y sagrados se crían! Cuando un carretero, un guardia o un empedrador interceptaba la calle había que respetarlo, era natural apartarse y hacer sitio o incluso echar una mano. Pero los niños con sus trabajos y sus juegos no eran importantes, se les apartaba a un lado y se les chillaba. ¿Es que hacían cosas menos justas, menos buenas, menos importantes que los mayores? ¡Oh, no! Al contrario, pero los mayores eran poderosos, daban órdenes y gobernaban. Y sin embargo tenían, igual que nosotros, los niños, sus juegos, jugaban a los bomberos, a los soldados, acudían a clubs y tabernas, pero todo con ese aire de importancia y de legitimidad, como si todo tuviese que ser así y no hubiese nada más hermoso y sagrado.

Reconozco que también había gente inteligente entre ellos, incluso entre los profesores. Pero ¿no era ya extraño y sospechoso que entre todas esas personas «mayores», que al fin y al cabo habían sido todas

hacía poco tiempo niños, se encontrasen tan pocas que no hubiesen olvidado por completo lo que es un niño, como vive, trabaja, juega, piensa, lo que le gusta y disgusta? ¡Eran pocos, muy pocos los que aún lo sabían! No sólo había tiranos y brutos que eran malos y desagradables con los niños, que les echaban de todas partes, que les miraban con recelo y odio, que a veces tenían al parecer algo así como miedo de ellos. No, tampoco los otros, los que tenían buenas intenciones, los que a veces se dignaban a un diálogo con los niños, tampoco éstos sabían ya lo que era importante, y cuando querían tratar con nosotros tenían que descender penosamente y con gran apuro al nivel de los niños, pero no al de los de verdad, sino de inventadas y estúpidas caricaturas de niños.

Todos los adultos, casi todos, vivían en otro mundo, respiraban otra clase de aire que nosotros los niños. A menudo no eran más inteligentes que nosotros y muchas veces sólo nos aventajaban en ese misterioso poder. Eran más fuertes y si no obedecíamos voluntariamente nos podían obligar y pegar. Pero ese poder, ¿era una verdadera superioridad? ¿Acaso no era cualquier buey o elefante mucho más fuerte que un adulto? Pero ellos tenían el poder, ellos mandaban, su mundo y su moda se consideraban los adecuados. Sin embargo —y eso me resultaba particularmente extraño y a veces hasta aterrador— había muchos adultos que parecían envidiarnos a nosotros los niños. A veces lo expresaban de una manera ingenua y sincera cuando decían con suspiro: «Ay, qué suerte tenéis los niños». Si no mentían —y a veces yo sentía al oírles que no mentían— entonces los adultos, los poderosos, los dignos y los que daban órdenes no eran más felices que nosotros, que teníamos que obedecer y dar muestras de respeto. En el álbum de música que yo estudiaba había una canción con el asombroso estribillo: «¡Qué dicha, qué dicha ser un niño!». Eso era un misterio. ¡Había algo que poseíamos nosotros, los niños, que no tenían los mayores, ellos no eran sólo más grandes y fuertes, sino en cierto sentido más pobres que nosotros! ¡Y ellos, a los que con frecuencia envidiábamos por su estatura, su dignidad, su aparente libertad y naturalidad, sus barbas y sus pantalones largos, ellos nos envidiaban a veces a nosotros, los pequeños, en las canciones que cantaban!

De momento yo era, a pesar de todo, feliz. Había muchas cosas en el mundo que hubiese querido ver distintas, especialmente el colegio; pero sin embargo era feliz. Aunque en todas partes se me aseguraba e inculcaba que el hombre no estaba en el mundo sólo para su placer y que la verdadera felicidad se le concedía en el más allá únicamente al que había sido puesto a prueba y había demostrado su valía, eso se desprendía de muchos refranes y versos que tuve que aprender y que con frecuencia me parecían muy bonitos y conmovedores. Sin embargo, estas cosas, que también preocupaban mucho a mi padre, no me inquietaban demasiado, y si alguna vez me iba mal, estaba enfermo o tenía deseos no satisfechos, si reñía o era rebelde con mis padres, raramente me refugiaba en Dios, porque tenía otros caminos secretos que me conducían de nuevo a la claridad.

Cuando fracasaban los juegos habituales, cuando el tren, la tienda y el libro de cuentos se agotaban y me aburrían, inventaba muchas veces otros nuevos. Y aunque no fuese otra cosa que cerrar los ojos en la cama por la noche y perderme en la visión fantástica de los círculos que aparecían ante mí, ¡cómo volvía a surgir entonces la dicha y el misterio, cómo se llenaba el mundo de presagios y promesas!

Los primeros años de colegio pasaron sin cambiarme mucho. Aprendí por experiencia que la confianza y la sinceridad pueden ocasionarnos daños y con algunos profesores indiferentes adquirí lo imprescindible en el arte de mentir y fingir; a partir de entonces me abría paso. Pero lentamente se marchitó también en mí la primera flor, lentamente aprendí también yo, sin darme cuenta, aquella falsa

cantinelas de la vida, esa sumisión a la «realidad», a las leyes de los adultos, esa adaptación al mundo «como es, al fin y al cabo». Hace tiempo que sé por qué en los libros de canciones de los adultos hay estrofas como ésta: «Oh, qué dicha ser aún niño», y también para mí hubo muchas horas en que envidiaba a los que aún eran niños.

Cuando al cumplir los doce años se planteó si debía aprender griego dije inmediatamente que sí, porque me parecía imprescindible llegar con el tiempo a ser tan sabio como mi padre o incluso con mi abuelo. Pero a partir de ese día hubo un plan en mi vida; debía estudiar y hacerme sacerdote o filólogo, porque para estos estudios había becas. También el abuelo había andado en su día ese camino.

Al parecer la cosa no era nada grave. Sólo que ahora tenía de repente un futuro, en mi camino había ahora un indicador, cada día y cada mes me acercaba más a la meta fijada, todo señalaba en aquella dirección, todo se alejaba más y más del juego y del carácter inmediato de los días vividos hasta aquel momento, no carentes de sentido pero sí de meta y futuro. La vida de los adultos me había apresado por un rizo primero o por un dedo, pero pronto me atraparía y retendría del todo, la vida que perseguía metas, la vida de los números, la vida del orden y de los cargos, de la profesión y de los exámenes; pronto me llegaría también a mí la hora, pronto sería yo también estudiante, candidato, sacerdote, profesor, haría visitas con un sombrero de copa, llevaría guantes de cuero, no comprendería ya a los niños, quizá les envidiaría. Dentro de mi corazón yo no deseaba todo aquello, yo no quería abandonar mi mundo, que era tan bueno y delicioso. Al pensar en el futuro veía yo, sin embargo, una meta muy secreta. Había algo que deseaba ardientemente, y era convertirme en mago.

Aquel deseo y sueño me fueron files durante mucho tiempo. Pero empezaron a perder su poder omnímodo, tenían enemigos, se les oponían otras cosas, reales, serias, que no se podían negar. Poco a poco fue marchitándose la flor, poco a poco me vino el encuentro del infinito algo finito, el mundo real, el mundo de los adultos. Poco a poco el deseo de ser mago, aunque seguía deseándolo ardientemente, perdió ante mí mismo su valor, se fue convirtiendo en algo infantil a mis propios ojos. Ya había algo en lo que había dejado de ser niño. El mundo de lo posible, infinito y con mil facetas, quedaba acotado, dividido en campos, cortado por vallas. Lentamente la selva de mis días se transformaba, se petrificaba el paraíso a mi alrededor. Dejé de ser lo que era, príncipe y rey en el país de lo posible, no me hice mago, me puse a aprender griego, en dos años comenzaría con el hebreo, en seis años sería estudiante.

Imperceptiblemente se llevó a cabo la estrangulación, inadvertidamente se fue esfumando en torno mío la magia. La historia maravillosa del libro de mi abuelo seguía siendo hermosa, pero estaba en una página cuyo número yo conocía, y ahí estaba, hoy y mañana y a cada hora, ya no había milagros. El dios danzante de la India sonreía indiferente y era de bronce, pocas veces me paraba a contemplarlo, nunca le volví a ver bizquear. Y —lo que era más grave— cada vez veía con menos frecuencia al hombrecillo gris. Por todas partes me rodeaba el desencanto, lo que antes era ancho, ahora era estrecho, lo valioso, ahora mísero.

Sin embargo yo sólo sentía aquel proceso ocultamente, bajo la piel, aún era alegre y dominante, aprendía a nadar y a patinar sobre hielo, era el primero en griego y aparentemente todo iba a la perfección. Sólo que todo tenía un color más pálido, un sonido algo más hueco, me aburría ir a casa de Frau Anna, y en todas mis vivencias había algo que en silencio se echaba a perder, algo que no se notaba, algo que no se echaba de menos, pero que había desaparecido y faltaba. Y cuando ahora quería sentirme pleno y ardiente, necesitaba estímulos más fuertes, tenía que sacudirme y tomar carrerilla.

Tomé gusto a las comidas picantes, hurtaba a menudo y a veces robaba unas monedas para concederme un placer especial, porque si no, no había aliciente ni belleza. También comenzaron a atraerme las chicas; fue poco después de que volviera a aparecer el hombrecillo y me llevara una vez más a visitar a Frau Anna.

(1923)

LECTURA EN LA CAMA

Cuando uno vive en un hotel más de tres o cuatro semanas, tiene siempre que contar con alguna molestia tarde o temprano. O bien se celebra en casa una boda que dura todo el día y toda la noche con música y cánticos, y que termina por la mañana con grupos de borrachos melancólicos por los pasillos. O bien tu vecino de la izquierda hace una tentativa de suicidio con gas y las emanaciones llegan hasta tu cuarto. O se pega un tiro, que al fin y al cabo es más decente, pero lo hace a unas horas del día en que los huéspedes del hotel suelen esperar de sus vecinos un comportamiento más tranquilo. A veces revienta una cañería de agua y tienes que ponerte a salvo nadando, o un día a las seis de la mañana colocan las escaleras delante de tu ventana y sube una horda de hombres encargados de reparar el tejado.

Como hacía ya tres semanas que vivía sin molestias en mi viejo Heiligenhof en Baden, podía contar con que pronto se produciría algún trastorno. Esta vez fue uno de los más inofensivos: se rompió algo en la calefacción y tuvimos que pasar frío un día entero. Soporté heroicamente la mañana, primero salí a pasear un poco, luego comencé a trabajar enfundado en una bata caliente, alegrándome cada vez que el rumor o silbido de los fríos serpentines de la calefacción parecían anunciar el renacer de la vida. Pero las cosas no iban tan rápidas, y en el curso de la tarde, cuando ya se me habían enfriado las manos y los pies, desistí de mi empeño y me di por vencido. Me desnudé y me metí en la cama. Y ya que se había roto el orden de las cosas y cometido una especie de exceso al meterme en pleno día entre las sábanas, hice otra cosa que no suelo hacer normalmente.

Mis conocidos y los críticos de mis obras opinan casi todos que soy un hombre de principios. Por algunas observaciones y pasajes ocasionales de mis libros deducen estas personas tan poco sagaces que llevo una vida intolerablemente libre, cómoda y desordenada. Porque por la mañana me gusta levantarme tarde, porque ante las dificultades de la vida me permito de vez en cuando una botella de vino, porque no recibo ni hago visitas y por menudencias semejantes deducen estos malos observadores que soy un hombre blando, cómodo, caótico, que cede a todos los caprichos, no emprende nada y lleva una vida inmoral y libertina. Pero sólo dicen estas cosas porque les irrita y les parece insolente que no reniegue de mis costumbres y vicios ni los oculte. Si yo fingiera ante el mundo, lo que sería fácil, una conducta ordenada, burguesa, si pegara una etiqueta de agua de colonia en la botella de vino, en lugar de decir a mis visitas que me molestan, les mintiese pretendiendo que no estoy en casa, en una palabra, si engañara y mintiera, mi fama sería óptima y pronto me concederían el título de doctor *honoris causa*.

Pero la realidad es que cuanto menos tolero las normas burguesas, con tanto más rigor sigo mis propios principios. Son principios que considero excelente y que ninguno de mis críticos sería capaz de seguir ni siquiera durante un mes. Uno de ellos es no leer ningún periódico, pero no por soberbia de

literato ni por la creencia equivocada de que los diarios son peor literatura que lo que el alemán de hoy llama «poesía», sino simplemente porque no me interesan ni la política ni el deporte ni los asuntos financieros y porque desde hacer años me resulta insoportable ver día a día, impotente, cómo el mundo corre hacia nuevas guerras.

Las pocas veces al año que rompo durante media hora la costumbre de no mirar los periódicos siento además el placer de una sensación nueva, iguala que me ocurre con el cine, al que apenas voy una vez al año, y con un horror secreto. Aquel día aciago, refugiado en la cama y por desgracia desprovista de otra lectura, leí dos periódicos. Uno de ellos, de Zúrich, era bastante reciente, de hacía sólo cuatro o cinco días, y lo tenía porque en ese número había publicado un poema mío. El otro tenía una semana más y tampoco me había costado nada, porque había llegado a mis manos en forma de papel de envolver. Comencé a leer aquellos dos periódicos con curiosidad e interés, es decir, sólo aquellas páginas cuyo idioma me resultaba comprensible. De los temas cuya exposición precisa de un idioma críptico especial tuve que prescindir: el deporte, la política y la bolsa. Quedaban por lo tanto las noticias pequeñas y el folletón. Y una vez más comprendí con todos mis sentidos por qué la gente lee periódicos. Fascinado por la tupida red de las noticias comprendí el encanto de la actitud irresponsable del espectador, y durante una hora me identifiqué en el alma con todos esos ancianos que vegetan durante años y que no pueden morir porque están abonados a la radio y esperan de hora en hora alguna novedad.

Los poetas son en general gente de poca fantasía y por eso me quedé extasiado y sorprendido ante todas aquellas noticias, de las que apenas hubiese sido capaz de inventar una sola. Leí cosas muy extrañas, sobre las que tendré que pensar durante días y noches. Muy pocas de la que se daban en estos periódicos me dejaron frío: que se siguiese luchando enérgicamente y sin éxito contra el cáncer me extrañó tan poco como la noticia de una nueva fundación americana contra el exterminio del darwinismo. Pero en cambio leí tres o cuatro veces atentamente una noticia de una ciudad suiza, donde un joven había sido condenado a una multa de cien francos por matar accidentalmente a su madre. A este desdichado le había ocurrido la desgracia de que al manipular en presencia de su madre un arma de fuego ésta se le disparó matando a la madre. El caso es triste, pero no inverosímil; noticias más graves e inquietantes aparecen en cualquier periódico. Pero me da vergüenza reconocer la cantidad de tiempo derrochado en calcular la multa. Una persona mata a su madre de un tiro. Si lo hace intencionadamente es un asesino, y tal como es este mundo no se le pondrá en manos de un sabio Sarastro, que le haga ver la estupidez de su asesinato y trate de convertirle en un ser humano, sino que se le encerrará durante un buen período de tiempo, o, en los países donde gobiernan aún los buenos y antiguos príncipes bárbaros, se le cortará su insensata cabeza para que haya orden. Pero en este caso el asesino no es tal, es un pobre hombre al que le ha sucedido algo extraordinariamente triste. ¿En virtud de qué baremos, en virtud de qué valoración de la vida humana o de la eficacia pedagógica de la multa ha decidido el tribunal que esta vida destruida involuntariamente vale la cantidad de cien francos? En ningún momento me he permitido dudar de la honradez y buena voluntad del juez, estoy convencido de que se esforzó mucho en hallar una sentencia justa y que su sentido común y el sentido estricto de las leyes le provocaron graves conflictos. Pero ¿hay una persona en el mundo que pueda leer la noticia de esa sentencia con comprensión o incluso con satisfacción?

En el folletón encontré una noticia que se refería a uno de mis colegas. De «fuentes bien

informadas» se nos comunicaba que el gran escritor M. estaba actualmente en S. para firmar contratos sobre la versión cinematográfica de su última novela, y que además el señor M. había manifestado que su próxima obra trataría de un problema no menos importante e interesante, pero que difícilmente podría terminar esa gran obra antes de dos años. Esta noticia me ocupó también mucho tiempo. ¡Con qué constancia con qué cuidado y con qué primor tienen que hacer a diario su trabajo este colega para poder hacer tales predicciones! Pero ¿por qué las hace? ¿Acaso no podría saltarse durante el trabajo un problema diferente y obligarse a cambiar? ¿No podría sufrir una avería su máquina de escribir o enfermar su secretaria? Y entonces ¿para qué habría servido anticiparse? ¿Cómo queda el autor si tiene que reconocer a los dos años que no ha terminado? ¿O qué sucede si la versión cinematográfica de su novela le proporciona tanto dinero, que empieza a vivir como un rico? Entonces no se terminará su próxima novela, ni ninguna otra novela suya, a no ser que su secretaria siga escribiendo con su nombre.

Por otra noticia del periódico me entero de que un zepelín está a punto de volver de América bajo el mando del doctor Eckener. Es decir que antes ha tenido que volar hasta allí. ¡Una bonita proeza! La noticia me alegra. ¡Y cuántos años hacía que no pensaba en el doctor Eckener, bajo cuyo mando hice mi primer vuelo en zepelín por encima del lago Constanza y el Arlberg hace dieciocho años! Le recuerdo como un hombre fuerte más bien parco en palabras, con una cara firme y enérgica de capitán, cuyo nombre y rostro me quedaron grabados en la memoria, aunque sólo intercambié con él algunas palabras. Y ahora resulta que después de tantos años de vicisitudes sigue en su trabajo y ha volado por fin hasta América, y ni la guerra, la inflación, ni las vicisitudes personales le han impedido hacer su servicio e imponer su carácter. Le recuerdo aún perfectamente cuando me dijo, en el año 1910, algunas palabras amables (me tomó probablemente por un periodista) y subió a su cabina de mando. En la guerra no fue general, ni banquero durante la inflación, sigue siendo constructor de naves y capital, ha sido fiel a su causa. En medio de tantas novedades como me han asaltado desde ambos periódicos, la noticia es tranquilizadora.

Pero ya basta. He pasado toda una tarde con ellos. La calefacción sigue fría, voy a tratar de dormir un poco.

(1929)

Creo que desde esos tiempos, hace dos años, cuando tuve que superar el gran intervalo en *Siddharta*, no he vuelto a escribir un diario, y si ahora tengo otra vez la necesidad de hacer apuntes de este tipo, se debe sin duda a que la situación es muy parecida: una paralización grande en mi producción. La situación, hoy, es sin duda distinta. Aunque puede ser que uno solo se invente todas esas razones «objetivas», generales y racionales y siga en realidad exclusivamente los impulsos privados, egoístas. Y si hoy me parece que es la historia universal la que me impide trabajar, o que la reflexión sobre los actuales acontecimientos en Alemania es muy necesaria para mí, probablemente se esconde detrás un malestar, incluso el tormento de la situación en que me encuentro desde hace dos años, y que es la esterilidad. Me inventé la historia de Josef Knecht y de *El juego de abalorios*, y hace un año escribí las páginas de introducción (rehechas tres veces) que se referían al origen del juego. Entonces pensaba que la creación del conjunto sería bella y agradable y me parecía que como había ideado y construido de antemano el argumento en sus aspectos esenciales, tendría que ser un trabajo agradable su desarrollo, llenar los esquemas de sangre, rellenar y dar color al boceto. Pero disfrutaba tan poco con el trabajo, que ni siquiera compensó las dificultades que me vienen de los dolores de ojos, etc.; era desalentador, me sentía estéril y sólo pude escribir unas pocas hojas. Durante mucho tiempo lo atribuí a la agravación del estado de mi vista, a las circunstancias desfavorables del momento, a la oposición hostil del espíritu de la época, y a veces me parecía que estaba demasiado viejo y que mi producción había llegado a su fin. Es inútil darle vueltas al problema, no quiero profundizar sobre las verdaderas causas de mis actos y omisiones y quiero intentar, como ejercicio de dedos y de ideas, escribir por lo menos de cuando en cuando algo sobre mis actuales experiencias y pensamientos.

Anteayer, cuando vino Böhmer^[14], pedí a Ninon que nos leyera la introducción de Knecht, la historia de *El juego de abalorios*, que hacía más de medio año que no miraba. Me asustaron las dos páginas del prólogo que tratan de hoy: el estado espiritual de Alemania está descrito casi al pie de la letra, el texto se lee como una parodia de la actualidad, escrita recientemente. Quiere decirse que después de haberlo rehecho tres veces no sólo no será impreso ni leído en Alemania por ahora ni tal vez por mucho tiempo, sino que el prólogo, que tenía que crear la distancia entre el presente y la época de Knecht, está aún demasiado determinado e influido por el tiempo. Hay que rehacerlo.

Las noticias de Alemania (últimamente los nuevos proyectos de ley sobre ciudadanía, etc., el homenaje tributado a los asesinos de Rathenau y otras atrocidades bastante brutales) aterran a veces, pero uno ya se ha acostumbrado y al fin y al cabo poco importa ya un poco más o un poco menos de vocerío y crueldad. Lo que me inquieta constantemente no es mi crítica del régimen alemán, que probablemente se diferencia poco de la de la mayoría de los extranjeros, sino mi falta de comprensión

para lo positivo y saludable que hay en los alemanes de buena fe, para su aceptación de la «revolución», que primero les asustó; en una palabra, para la forma actual de patriotismo del Reich. Me interesa y preocupa saber por qué los hombres reservados, serios e imparciales (pienso en H. y algunos otros) apoyan ahora esta revolución, por qué la aceptan como estado de guerra y de excepción, y se ponen a su disposición como colaboradores o como víctimas. Si esta «revolución» es sólo reacción y terror blanco, si en realidad, como hay que deducir de muchos indicios, se ceguera no es ingenua, sino enfermizante, obcecada y con miedo a la crítica, si está equivocada en el fondo y es hostil a lo orgánico y vivo, entonces no tiene sentido decir lo que me escribía H.: «Si este enorme esfuerzo e impulso de nuestro pueblo se paraliza y fracasa, se hundirá todo; esto no debe suceder». No, en ese caso sólo se hundirá algo que no merecía sobrevivir, y por mucha sangre buena, mucho amor y honrada espiritualidad alemana que sufra este naufragio y sucumba, mejor es que sucumba a que apoye a una organización que en el fondo es funesta y diabólica. Y maligno y diabólico me parece, a mí que no soy político, todo el espíritu del Tercer Reich, aunque reconozco a cada individuo el derecho a la «bona fides» y al deslumbramiento, incluso a los dirigentes. Me parece muy importante y sintomático que la Iglesia protestante se haya identificado inmediatamente con este movimiento, y que parezca dispuesta, como organización alemana, germana y no romana ni cristiana, a ponerse incondicionalmente a disposición de los hombres con altos cargos y bellos uniformes. Todo lo que es sospechoso en el protestantismo, desde el servilismo de Lutero hacia los príncipes hasta la idolatría de lo puramente dinámico en la teología más reciente, confluye aquí y se convierte en expresión de una forma determinada, precisamente alemana y protestante, del nacionalismo ciego. Lo cual encaja exactamente con la autoadoración del alemán de hoy, que tiene un profundo respeto a su naturaleza «trágica» y «fáustica», entendiéndolo por ello que él, el escogido y al mismo tiempo marcado entre los pueblos, está destinado a realizar grandes e inmensas proezas por encima de las mezquinas barreras de la simple razón y la simple moral, es decir, a dar rienda suelta a sus instintos y satisfacer sus apetencias. La teología de los sacerdotes protestantes del Reich dispone para ello de una dogmática del «peccandum est», que parece aún más ingeniosa que aquélla con la que glorificó la guerra allá en el año 14.

Por tanto me inquietan dos cosas: por qué las personas limpias, dignas de confianza, decentes y no forzosamente cobardes apoyan en su gran mayoría esta nueva forma de patriotismo bélico y triunfalista cuyo naufragio acaban de vivir, y segundo: no será tal vez esta forma irracional y violenta de vitalismo organizado, este método de vocerío y caudillaje, esta poderosa apisonadora de la uniformación de unos súbditos incondicionalmente obligados, no será esta maquinaria (ya sea en su forma fascista, socialista u otra distinta) precisamente el método por el que quieren y tienen que ser gobernados los pueblos en el momento mundial actual. Porque después de todo soy lo bastante pensador y cristiano para comprender que toda forma de autoridad, sin excepción, es una cuestión del «mundo», el deseo de conseguirla y el ejercicio de la misma se lleva a cabo siempre y bajo todas sus formas imaginables en el más acá, es siempre cosa de los instintos y nunca del espíritu, aunque utilice para su justificación mil argumentos «espirituales». Siempre e invariablemente reinarán los Napoleones y serán asesinados los Cristos, pero cuando el «tercer» Reich prescinde de costumbres, formas y disciplinas europeas y cristianas milenarias y bajo una débil ideología rinde casi brutalmente tributo al poder, esto, lo mismo que el régimen de los soviéticos, tiene algo nuevo, algo de nuestro tiempo, algo que ha roto con ideas que se habían resquebrajado y que por eso es fuerte. Tanto el Soviet como Hitler han roto con la convención cristiana,

en eso son iguales. ¡No es que los dirigentes del Tercer Reich sean anticristianos y que Bismarck y Metternich hayan sido verdaderos cristianos! Pero hoy se rompe con convenciones de la humanidad, del derecho, de la moral de los pueblos, podridas desde hacía tiempo, sí, pero que hasta ahora se intentaba respetar. Cabría, por ejemplo, imaginar perfectamente que si los alemanes del año 14 hubiesen ido a la guerra contra pueblos en los que la vieja moral también estaba podrida pero aún válida, y hubiesen ido con esta ideología nueva, brutal, pero fuerte, que desecha el cristianismo como sentimentalismo ridículo, en lugar de ir con la vieja y resquebrajada ideología, quizá hubieran vencido al mundo, a pesar de toda la superioridad enemiga. Pero no hicieron, sino que perdieron la guerra y la volverían a perder en seguida si se volviese a repetir hoy. El valor, pues, de la nueva ideología, incluso desde el punto de vista puramente biológico, parece algo precario. Con magia primitiva se ha borrado de la memoria del pueblo un trozo de historia —la guerra y sus antecedentes políticos— y se ha aprendido del bolchevismo un nuevo método de poder y de conducción de masas, dos cosas que no son tan originales como muchos piensan. Como armazón espiritual de una obra tan grande no bastará, aunque no se espere mucho de una ideología. Después de todo, ni la historia alemana empieza con la irrupción del Tratado de Versalles como diablo en el inocente paraíso de Germania, ni se pueden comparar con el marxismo los desvaríos sobre la sangre y la raza, considerados desde un punto de vista puramente racional. Sabe Dios que no me gusta este marxismo, ni su racionalismo superficial, pero para poder compararse con los soviéticos, el Tercer Reich tendría que tener algo más que la cruz gamada y los ojos azules.

Sin embargo: si me bastasen estas razones lógicas, la cosa estaría, resuelta, pero detrás de ellas presiento en la cruz gamada y en el ambiente fanático del pogromo del Reich fuerzas que no pueden rebatirse con la razón, y como puedo sentir las, pero no aprobarlas ni aceptarlas, me atormentan.

Es curioso: entre los escritores cuyos nombres se han vuelto famosos de repente con el Tercer Reich hay sólo dos verdaderos poetas, [Paul] Ernst y [Emil] Strauss; Ernest murió en el momento en que se acercaba a la fama (lo que le va maravillosamente) y Strauss parece viejo, gastado y apagado. Al menos no ha publicado nada desde hace más de diez años, y lo único que he llegado a leer sobre sus ideas políticas fue una gran decepción: en el *Völkischer Beobachter* apareció un artículo suyo en el que trataba de describir cómo llegó a creer en Hitler, pero de lo único que nos enteramos es que desde que terminó la guerra había estado demasiado triste y amargado para dedicarse a la política y que se había limitado a las labores del campo y a cultivar trigo. Bien, lo entiendo, pero ¿cómo llegó por este camino hasta Hitler? Así: un día monta en el tren para ir a comprar simiente de trigo. Enfrente de él va sentada una mujer de aspecto simpático, entabla conversación con ella y ambos descubren que aman a la patria y que la situación actual les resulta insoportable; entonces la dama le cuenta que viene de Munich, que allí hay uno que celebra asambleas y prepara una Alemania nueva, se llama Hitler. Y así es como Strauss conoce a Hitler, sin decir ni una palabra más sobre ello. Una dama amable y simpática le cuenta que en Munich hay alguien que pronuncia discursos y que éste es del gran momento de la vida de Strauss. Me resultó penoso leerlo, el conjunto era un folletín mediocre y flojo, cansino, sin tensión, escrito en un lenguaje casi insípido, era la débil y cansada sonrisa de un viejo amargado. ¡Cómo quise y sigo queriendo a este Strauss! Y no le reprocho que sea patriota y que la historia universal comience también para él con Versalles, ni que se entusiasmara por Hitler a través de una amistad de viaje; no, lo que a pesar de todo el amor no le perdono, lo que no comprendo es esto: Strauss guardó silencio durante muchos años, era conocido y ejemplar por su rigor consigo mismo, no escribía folletines ni confesiones

mal formuladas, vivía solo, severo, austero, sospesaba cada palabra que escribía, durante los muchos años difíciles de la posguerra renunció, por ejemplo, a decir su opinión, a apelar a su pueblo, a desafiar a sus enemigos políticos, cultivando en cambio trigo y pasando apuros, limpiamente y con decencia. Pero apenas es invitado por el periódico de Hitler, este hombre escribe de una manera vaga y torpe este artículo mediocre y necio. Creo conocer a Strauss mejor que aquéllos que la alaban ahora: creo y sé que a pesar de todo no encuentra placer ni en su fama actual ni en este país y pueblo que se ha vuelto tan vocinglero y ruidoso, que sufre en el fondo de su alma, que se alegra de morir pronto, porque la realización, el Tercer Reich, tiene un aspecto completamente distinto de lo que este fiel alemán pudiera haber soñado.

El caso de Finckh es distinto y más sencillo. El querido Finckh partidario del Kaiser y del Reich, como siempre, y en el fondo de su corazón es todo lo bueno y sincero que se puede ser, pero en su caso hay otros factores, su antigua y a pesar de todo entrañable amistad conmigo, su ardua vida, el ocaso de su fama y éxito pasados, la eterna preocupación, el eterno tener que contemplar cómo son alabados y triunfan otros. A pesar de todo ha conservado hacia mí su amor y reconocimiento, no sólo admitió que literariamente era yo quizá superior a él, sino que reconoció incluso la honradez de mis opiniones políticas y morales, aunque no eran las suyas. Ahora, en el Reich de los altavoces, me ha traicionado de pronto. No es grave y no me perjudica, quizá incluso sin saberlo. Acaba de publicar un manifiesto a las «Juventudes hitlerianas» de Baden acerca de los escritores alemanes, en el que les aconseja que a la hora de elegir sus poetas sigan sus propios sentimientos y el instinto de su corazón, sin perjuicio de dar luego una lista de ovejas blancas y ovejas negras. Y (lo que hasta anteayer hubiera sido completamente imposible) Finckh da una vista de conjunto de la literatura actual alemana, de lo bueno y de lo malo, y omite al admirado Hesse. Probablemente de una manera no del todo consciente. Pero presente peligro de mí, por sus sentimientos y convicciones tendría que contarme entre los verdaderos poetas alemanes, acostumbraba a nombrarme casi con excesivo énfasis entre los primeros poetas alemanes siempre que se hablaba de poesía alemana, y sin embargo tiene que considerarme hoy sospechoso por mi nacionalidad suiza y mis ideas políticas; los conflictos no le gustan, y como no puede poner a Hesse entre los poetas alemanes, ni es capaz de colocarle entre la canalla, los judíos o los poetas del asfalto, se traga el nombre. Y luego recomienda a la juventud hitleriana una serie de poetas que no lo son y que él mismo no ha querido ni leído hasta ahora con demasiado interés. Aparte de Strauss y Ernst su lista no contiene ningún verdadero poeta, porque a Carossa lo olvida o no lo conoce, lo mismo que a Billinger, aunque ambos hubiesen servido muy bien a su intención. Nombra precisamente aquéllos que son propagados con más fuerza por la prensa de Hitler, y cree dar con ello un ejemplo a la juventud para la elección independiente de sus autores. Escribe un folletín esquemático, por debajo del nivel medio, comete de paso inconscientemente la pequeña traición contra mí y contra la amistad y la infrecuencia más fuerte de su vida, y con toda probabilidad no es ante los ojos de esa juventud nada más que un señor de cierta edad, poco interesante, al que nadie escucha. Personalmente todo esto no significa ningún cambio de mi actitud hacia él, sigo siéndole fiel y reconozco sus virtudes, porque al fin y al cabo no soy hombre departido. Pero para mí es un ejemplo especialmente claro de la deformación que sufren el pensamiento, el gusto y el latir del corazón por la psicosis de masa, me muestra muy a las claras estas deformaciones, embrutecimientos y distorsiones, bien intencionados, que no llegan a la consciencia del enfermo.

Y tampoco en este caso es fácil descubrir lo fatal e inquietante. Cuando digo aquí de lógico Finckh y Strauss, sobre sus aberraciones, sobre mi amor hacia ellos, no toca aún ni de lejos mi problema. No me atormenta el que seres queridos y respetados hagan tonterías, y que de paso yo reciba también algunas salpicaduras. Lo que me atormenta es algo completamente distinto. Veo que aquello que considero «virtudes» en personas como Strauss y Finckh, etc. (cualidades valiosas que tanto aprecio en ellos porque yo no las poseo o las poseo en un grado mucho menor), veo que estas «virtudes» se han fundido indisolublemente con aquello que para mí es incomprensible y repulsivo, y probablemente les sucedería a ellos otro tanto si pensasen sobre mí de la misma manera. Sobre todo en el modo de amar a «su» pueblo y a «su» patria, en la fuerza ciega, sanguinaria e inextirpable de su amor, que no puede mermar ningún sacrificio, ningún poder, ni razón, vio una gran fuerza y virtud, aunque pueden acarrear consecuencias muy graves. Yo suelo admirar, casi envidiar, cualquier capacidad intensa de amar; con las mujeres que me han amado he sido yo siempre el asombrado, así con mala conciencia, porque su capacidad de entrega a un solo hombre se me antojaba algo indescriptiblemente fuerte y hermoso, pero que a mí me falta y que puedo admirar, pero no imitar. No tengo ese poder de entrega a un objeto querido, quizá este objeto no ha sido para mí nunca material, no ha sido una persona ni un pueblo, sino siempre algo completamente suprapersonal, dios o el universo, la humanidad, el espíritu, la virtud o el concepto de «perfección». Sé que también mi padre y quizá mi abuelo Gundert tenían algo de esto en su interior. Y ahora, cuando un Finckh o quien quiera que sea se siente todo él como parte de su pueblo, cuando se aferra a él contra viento y marea, cuando prefiere compartir sus miserias y perecer a desprenderse de él, veo la misma fuerza poderosa, ciega y mortal con que Finckh, por ejemplo, quiere a sus hijos. También el difunto padre Wenger^[15], hombre de fuerza primaria y no inofensivo, era así: por salvar a su familia su hubiese dejado cortar en pedazos. Claro que este amor no es «virtud» en un sentido general, es compatible con mil pecados, puede conducir a cualquier fanatismo y a cualquier clase de matanzas. Pero hace fuertes a los que aman, ciegos y capaces de actos heroicos, se arroja al agua y al fuego, extingue el yo y le da al mismo tiempo una fuerza titánica. Y para esta clase de amor me siento poco dotado, me falta, ya desde el punto de vista físico, una cierta firmeza y plenitud, soy demasiado débil y delicado, demasiado «espiritual», dicho todo in ironía. No es que me crea incapaz de sacrificarme en caso extremo ni de morir por no traicionar mis ideales. Pero sacrificar por un objeto visible egoísmo y comodidad, tranquilidad y trabajo, crítica y reflexión, estar a cada instante dispuesto a matar y morir como una hembra en el desierto, de eso no me siento capaz, ni intento disfrazar este defecto de virtud. Así como en la vida cotidiana tiendo al aislamiento, a la soledad, a la meditación, etc., también con respecto al pueblo (que amo intensamente, en el sentido de Dostoievski) tiendo al aislamiento, etc. Lo cual no tiene nada que ver con la política y, por tanto, no puede deducirse que no haya experimentado ni sentido nunca verdadero vínculo político. Pero su no se me obliga desde fuera, termino por quedarme a un lado, sumido en una tranquila vida de ensimismamiento. Me gustan nuestra aldea y los campesinos y les critico mucho menos que Ninon^[16], por ejemplo, pero también es cierto que no entro nunca en contacto con ellos. En una palabra, en teoría soy un santo que ama a todos los seres humanos y en la práctica soy un egoísta que quiere que no le molesten. Me aparto del pueblo y de las personas, y lo justifico, aunque sólo a medias, por mi trabajo, que se realiza en la soledad y el silencio y que al final pertenece a todos. Pero quizá los lectores de mis libros, los que me escriben cartas, son también seres aislados como yo que encuentran en mí una justificación para su manera de

ser, una disculpa más para su falta de dinamismo efectivo, de entrega, de delirio. Con mi vida y mi trabajo sirvo a una pequeña minoría de seres raros, y los patriotas quizá tengan razón cuando opinan que soy un intelectual dura de corazón y egoísta. En todo caso parece que ellos y los fanáticos tienen una conciencia mejor que la mía, al menos no creo que se atormenten muy a menudo con semejantes escrúpulos, como yo lo hago.

Así, pues, aunque frente a los procesos supra e infrarracionales que se desenvuelven en el pueblo mi naturaleza se siente tan insegura y oprimida como en el año 14, esta vez me encuentro menos vendido a la «gran época» y guardo una mayor distancia. Lo que en aquel entonces escribí sobre autocrítica de mi pueblo no está olvidado, y en todo lo racional mi saber y mi conciencia están seguros y conscientes de sí mismo. Precisamente por eso no tengo ahora ninguna necesidad de hablar, de intervenir públicamente, de ejercer la crítica o de hacer oposición.

Tengo que reprocharme que mi naturaleza no participa de las emociones de mi pueblo, pero dudas sobre si estos sentimientos son buenos o malos no me cabe ninguna. Por eso no puedo compartir tampoco el deseo de tantos bien intencionados de que Alemania se salve de la bancarrota en su actual movimiento, porque creo que una bancarrota prematura es mejor que una tardía. Tato la mentira frente a la historia, que caracteriza a estos líderes, como sus salvajes métodos a la hora de exterminar, prohibir y oprimir todo aquello que temen, y en primer lugar la verdad y la autocrítica, condena ya todo el sistema, pero sólo para aquél que los contempla desde «fuera» y de una manera «objetiva». Para el que los vive de una manera «objetiva». Para el que los vive de una manera puramente biológica, como un ímpetu y un delirio, es diferente. Muchas de las cartas que recibo de allí parecen estar escritas en un estado de fiebre muy alta, enteramente iguales a las de agosto de 1914, ardiente, delirante, ebrias, cantos de odio y de destrucción. Los otros clamores son más escasos, porque nadie se atreve a escribir sinceramente desde el Reich, todos tiemblan por el espionaje, la policía secreta, los denunciantes. Pero cuando alguna carta habla de una manera más abierta o nos visita en Suiza alguno de los que no están embriagados, se oyen lamentos de dolor, de indignación o de resignación, ante los que todo mi ser reacciona inmediatamente sin ninguna inhibición. También ahora vuelvo a tener mi corazón al lado de los oprimidos y las víctimas de las vejaciones: los maltratados, los prisioneros, los judíos, los proscritos. ¡Aunque eso no significa que esté absolutamente de acuerdo con la mentalidad de los emigrantes! No puedo unirme a ese partido como no puedo unirme a ningún otro. Por lo demás el Tercer Reich no me ha molestado hasta ahora en absoluto, ninguno de mis libros ha sido puesto en la picota, ningún periódico me ha cerrado sus puertas; sigo recibiendo mis ingresos, que por cierto se han reducido considerablemente porque casi nadie compra ya un libro.

DEL DIARIO DE RIGI

El correo trae ahora de cuando en cuando curiosas sorpresas; precisamente ayer hubo una: ¡cartas de Alemania! Alguien que había llegado a Suiza desde Stuttgart me trajo cartas de un par de amigos suabos, ofreciéndose también a transmitir mis respuestas. No eran cartas casuales de desconocidos, sino ansiadas cartas de amigos, y aunque no me enteré de nada nuevo sobre mis inquietudes más acuciantes acerca de Alemania, recibí por primera vez, de boca de algunos intelectuales alemanes destacados, noticias de sus experiencias e ideas después de la derrota. Entre ellos, como es natural, no hay creyentes del Tercer Reich ni mucho menos beneficiarios de la dominación hitleriana; todos ellos fueron desde el primer día testigos despiertos y profundamente intranquilos por su crecimiento y poder, muchos de ellos demostraron lealtad a sus ideas con sufrimientos y sacrificios, perdieron empleo y pan, estuvieron en cárceles, tuvieron que contemplar durante años conscientes e impotentes el creciente desastre y la locura demoníaca cada vez más estridente; desde el principio de la guerra han deseado a su propio pueblo la derrota con el corazón sangrante y muchas veces la muerte para sí mismos. La historia de este sector del pueblo alemán no ha sido aún escrita, su existencia apenas se conoce en el extranjero. Parte de él era antes liberal y demócrata, parte católica y gran parte socialista.

Pienso que estos seres son los que más ha sufrido, los más maduros y sabios de Europa; han tratado de liberarse, en parte consciente e intencionadamente y en parte inconsciente e instintivamente, de todo nacionalismo. El francés que luchaba, el italiano, el holandés y el griego que sufría y pasaba hambre, el polaco que ha pasado por tantas calamidades, e incluso el judío perseguido, conducido en manadas al suplicio y a la muerte, todos ellos, en medio de su dolor para nosotros inimaginable, tenían todavía solidaridad, compañeros de infortunio, camaradas, un pueblo, una pertenencia. Era algo que los enemigos y las víctimas de Hitler dentro de Alemania no tenían, o sólo en la medida en que estuviesen ya organizados antes de 1933; y los que no habían sido ya asesinados, desaparecían casi todos en los infiernos de las cárceles y los campos de concentración. El resto, las personas honestas y razonables que no pertenecían a ninguna organización, se vieron cada vez más acorralados por el espionaje, los confidentes y denunciantes, vivían al final en una atmósfera casi irrespirable de veneno y mentira y veían a la mayoría del pueblo arrastrado por una borrachera atroz, para ellos incomprensible y funesta. Creo que la mayoría de los que han sobrevivido a estos doce años de pesadilla están rotos y son incapaces ya de una participación activa en la reconstrucción. Pero pueden aportar muchísimo al despertar espiritual y moral de su pueblo, que de momento no ha empezado aún a admitir en su conciencia lo ocurrido y de lo que es responsable. Frente a la cansada apatía del pueblo hay en todo aquél que ha permanecido despierto una predisposición muy sensible a superar el problema de la culpa, una conciencia que se ha vuelto extremadamente delicada y vulnerable.

Algo tienen en común todas las declaraciones de estos verdaderamente buenos alemanes: la extrema sensibilidad al tono de los sermones didácticos y repressivos que dirigen ahora, algo tarde, los pueblos democráticos al pueblo alemán. Estos artículos y libelos son difundidos, eficazmente abreviados, por las potencias de ocupación. Lo mismo sucedió con el ensayo de C. G. Jung sobre la *Culpa colectiva* de Alemania, y el único sector del pueblo alemán que tienen en estos momentos oídos para estas declaraciones y que estaría dispuesto a aprender, reacciona a ellas con una sensibilidad que asusta. No hay duda: los sermones tienen razón en muchos aspectos, pero no alcanzan al pueblo alemán sino precisamente a aquel sector de gran valor y nobleza cuya conciencia está ya hace tiempo más que despierta.

Como no puedo defender ante mis amigos suabos estos artículos que yo llamo sermones, los dejo. No tengo absolutamente nada que decirles. ¡Cómo iba a poder decir algo, a estas personas que han padecido toda clase de desgracias, quién vive en una casa intacta y puede comer a diario, quién en los últimos diez años, quitando algunos disgustos y preocupaciones, no ha sufrido amenazas directas ni atropellos! Pero al menos en un punto puedo dar un consejo y un consuelo a los amigos de Alemania. Puede ser que me aventajen ampliamente en todo lo demás, pero en ese punto tengo una experiencia más antigua que ellos: en mi liberación del nacionalismo. No la adquirí bajo Hitler o las bombas aliadas, sino entre 1914 y 1918, y me he confirmado en ellas una y otra vez. Puedo escribir por tanto a mis amigos de Suabia: «Lo único que no entiendo del todo en vuestras cartas es vuestra indignación por ciertos artículos que quieren aclarar a vuestro pueblo su culpa. Yo quisiera gritaros bien fuerte: ¡no desaprovechéis lo poco bueno que os ofrece la derrota! En el año 1918 pudisteis tener una república en lugar de una monarquía con mala constitución. Y ahora, en medio de la miseria, podríais volver a tener y conseguir algo, una nueva etapa de desarrollo y humanización, en lo que aventajáis a los vencedores y neutrales: podéis reconocer la locura de cualquier nacionalismo, que en el fondo hace ya tiempo que odiáis, y liberaros de ella. Lo habéis hecho ya en gran parte, pero no en todos los casos, ni bastante a fondo. Porque cuando hayáis llevado a cabo esa evolución, podréis leer y escuchar otras palabras muy distintas sobre el pueblo alemán y la culpa colectiva, y sobre cualquier ofensa y provocación de pueblos enteros sin sentirlos afectados en lo más mínimo. Dad ya este paso del todo, hasta el final, y seréis vosotros, lo pocos, superiores a vuestro pueblo y a cualquier otro en valor humano y estaréis un paso más cerca del Tao».

(1945)

PALABRAS CON MOTIVO DEL BANQUETE DE LA CEREMONIA DEL PREMIO NOBEL

Al saludarles a ustedes cordial y respetuosamente con motivo de su solemne reunión, quiero expresar ante todo mi pesar por no poder ser personalmente su invitado y no poder saludarles y darles las gracias. Mi salud fue siempre muy delicada y las penalidades sufridas a lo largo de los años transcurridos desde 1933, que destruyeron toda la obra de mi vida en Alemania y que una y otra vez cargaron sobre mí pesadas obligaciones, han terminado por dejarme completamente inválido. Sin embargo, mi espíritu sigue inquebrantado y me siento unido a todos ustedes por la idea que anima la fundación de Nobel, la idea de la supranacionalidad e internacionalidad del espíritu y su empeño en no servir a la guerra y la destrucción sino a la paz y la reconciliación. En el hecho de que el premio que me ha sido concedido signifique un reconocimiento de la lengua alemana y de la aportación de Alemania a la cultura, veo un gesto de la reconciliación y la buena voluntad de reanudar la colaboración espiritual de todos los pueblos.

Sin embargo, mi ideal no es en modo alguno el de borrar los caracteres nacionales en aras de una humanidad espiritualmente uniformada. ¡Oh, no, que vivan la diversidad, la diferenciación y la gradación sobre nuestra querida tierra! Es magnífico que existan muchas razas y pueblos, muchas lenguas, muchas variedades de mentalidad y muchas filosofías. Si odio y soy un enemigo irreconciliable de las guerras, las conquistas y las anexiones, lo soy entre otras cosas también por todo lo que a estas fuerzas oscuras se sacrifica de realización histórica y de lo más individualizado y pródigamente diferenciado de la cultura humana. Soy amigo de los «grands simplificateurs» y amante de la calidad, de lo acabado e inimitable. Y en calidad de agradecido invitado y colega de ustedes saludo a su país Suecia, a su lengua y cultura, su rica y orgullosa historia, su firmeza para conservar y perfeccionar su natural idiosincrasia.

No he estado nunca en Suecia, pero hace décadas que desde su país me llegó algo bueno y amable, con aquel primer regalo que recibí de esa tierra: hace aproximadamente cuarenta años y era un libro sueco, la primera edición de las *Leyendas de Cristo* con una dedicatoria de la mano de Selma Lagerlöf. A lo largo de los años he mantenido con su país intercambios valiosos hasta este último regalo con el que me sorprende ahora. Le expreso mi profundo agradecimiento.

(1946)

SOBRE LA EDAD

La vejez es una etapa de nuestra vida y tiene como todas las demás un carácter propio, una atmósfera y temperatura propias, y sus penas y alegrías. Nosotros, los viejos de pelo blanco, tenemos, igual que todos nuestros hermanos más jóvenes, una misión que le da sentido a nuestra existencia; incluso un enfermo de muerte y moribundo que en su lecho apenas recibe ya la llamada de este mundo tiene su misión, tiene que cumplir algo importante y necesario. Ser viejo es una misión tan hermosa y sagrada como ser joven, aprender a morir, y morir es una función tan importante como cualquier otra, siempre que se lleve a cabo con profundo respeto al sentido y a su santidad de todo lo que es la vida. Un viejo que sólo odia y teme la vejez, el pelo blanco y la proximidad de la muerte no es un representante digno de esa etapa de la vida, igual que no lo es una persona joven y fuerte que odia y trata de rehuir su oficio y su trabajo cotidiano.

En una palabra: para cumplir como viejo su sentido y desempeñar su misión, hay que estar de acuerdo con la edad, con todo lo que trae consigo, y afirmarlo. Sin éste sí, sin esta entrega a aquello que exige de nosotros la naturaleza, se pierde el valor y el sentido de nuestros días —ya seamos viejos o jóvenes— y engañamos a la vida.

Todo el mundo sabe que la vejez trae fatigas y que al final está la muerte. Año tras año hay que hacer sacrificios y renunciaciones. Hay que aprender a desconfiar de los sentidos y de las fuerzas. El camino que hasta hacía poco era un pequeño paseo se hace largo y fatigoso y un día ya no lo podemos recorrer. Tenemos que renunciar a los manjares que tanto nos han gustado durante toda la vida. Las alegrías y placeres del cuerpo se van haciendo más raros y el precio que tenemos que pagar por ellos es cada vez más alto. Y luego todos los achaques y enfermedades, la debilitación de los sentidos, el quebranto de los órganos, los numerosos dolores, sobre todo en las noches, a veces tan largas y angustiosas, todo eso no se puede negar, es la amarga realidad. Pero sería mezquino y triste abandonarse únicamente a este proceso de decadencia y no ver que la vejez tiene también su lado bueno, sus ventajas, sus fuentes de consuelo y alegrías. Cuando se encuentran dos ancianos no deberían hablar sólo de la maldita gota, de los miembros rígidos y de la sensación de ahogo al subir las escaleras, no deberían intercambiar sólo sus sufrimientos y disgustos, sino también sus vivencias y experiencias divertidas y consoladoras. Y de éstas hay muchas.

Al recordar este lado positivo y hermoso de la vida de los viejos y pensar que nosotros los del pelo blanco también conocemos fuentes de fuerza, de paciencia, de alegría, que no juegan ningún papel en la vida de los jóvenes, no me corresponde hablar de los consuelos de la religión y la Iglesia. Esto es cosa de los sacerdotes. Puedo sí enumerar agradecido algunos de los dones que nos depara la vejez. El más valioso para mí es el tesoro de imágenes que uno lleva en la memoria después de una vida larga y

hacia las que uno, disminuidas ya las otras actividades, recurre con un interés completamente distinto al de antes. Figuras y rostros humanos, que ya no están en el mundo desde hace sesenta y setenta años, siguen viviendo en nosotros, nos pertenecen, nos hacen compañía, nos contemplan con ojos vivos. Casas, jardines, ciudades, que han desaparecido o cambiado por completo, aparecen ante nosotros intactos como en otros tiempos, y montañas y costas lejanas que vimos hace algunas décadas en nuestros viajes, las volvemos a encontrar frescas y llenas de color en nuestro álbum de estampas. Mirar, observar, contemplar, se convierte cada vez más en una costumbre y un ejercicio, y sin darnos cuenta el estado de ánimo y la actitud del que contempla penetra todo nuestro comportamiento. Perseguidos por los deseos, los sueños, la ambición, las pasiones, hemos corrido, como la mayoría de los seres humanos, a través de los años y las décadas de nuestra vida, impacientes, inquietos, ansiosos, agitados violentamente por satisfacciones y desilusiones, y hoy, hojeando con cuidado el gran libro de nuestra vida, nos asombramos de lo bonito y bueno que puede ser haber escapado a aquella carrera y persecución y haber entrado en la vida contemplativa. Aquí, en este jardín de los ancianos, florecen algunas flores que antes apenas habíamos pensado en cuidar. Ahí florece la flor de la paciencia, una planta noble; nos volvemos más serenos, más tolerantes, y cuanto menos es nuestro deseo de intervenir y actuar, mayor es nuestra capacidad de mirar y escuchar la vida de la naturaleza y la del prójimo, de dejarla pasar delante de nosotros sin crítica y con un asombro siempre nuevo por su multiplicidad, a veces con simpatía y callad pesar, a veces con risa, verdadera alegría, con humor.

El otro día estaba en mi jardín, tenía encendido un fuego que alimentaba con las hojas y ramas secas. Pasó junto al seto de oxiacanta una anciana que rondaba probablemente los ochenta años, se detuvo y se quedó mirándome. Yo saludé, ella rió y dijo: «Hace usted muy bien en encender esa fogata. A nuestra edad hay que ir ya congraciándose con el infierno». De este modo surgió el tono para una conversación en la que nos quejamos mutuamente de toda clase de males y sufrimientos, pero siempre en tono de broma. Y al final nos confesamos que en el fondo no éramos tan terriblemente viejos y que casi no deberíamos ser considerados verdaderos ancianos, mientras viviese en nuestra aldea nuestra decana, la centenaria.

Cuando los jóvenes se ríen a nuestras espaldas con la superioridad de su fuerza y su ignorancia y encuentran ridículos nuestro torpe andar, nuestros escasos pelos blancos y nuestros cuellos llenos de tendones, recordamos que en otros tiempos, cuando teníamos la misma fuerza e ignorancia, también nos reíamos, y no nos sentimos inferiores ni derrotados, sino que nos alegramos de haber salido de esa etapa de la vida y alcanzado un poco más de prudencia y tolerancia.

(1952)

VIVENCIAS DE ENGADIN

Queridos amigos:

... Entre las vivencias importantes, cortadas a mi medida, que me ha deparado el destino figuran, además de las humanas y espirituales, también las del paisaje. Aparte de los que fueron mi patria y que pertenecen a los elementos formadores de mi vida: la Selva Negra, Basilea, el lago Constanza, Berna, Tesino, me he ido apropiando en viajes, excursiones, ensayos pictóricos y otros estudios de algunos otros paisajes característicos, no muchos, y los he vivido como algo fundamental y orientador, por ejemplo la alta Italia y sobre todo Toscana, el mar Mediterráneo, algunas partes de Alemania y otros. He visto muchos paisajes y casi todos me han gustado, pero que estuvieran como reservados por el destino, que me impresionaran profundamente y persistentemente y se convirtieran con el tiempo en segunda patria chica, hay muy pocos; seguramente el más hermoso, el que ha actuado sobre mí con más fuerza, es el alto Engadin.

Habré estado en este alto valle aproximadamente diez veces, en algunas ocasiones sólo unos días, pero a menudo durante semanas enteras. Lo vi por primera vez hace casi cincuenta años. Era joven y pasaba unas vacaciones en Preda por encima de Bergün, con mi mujer y mi amigo de la infancia Finckh, y cuando llegó el momento de volver a casa decidimos hacer aún una buena excursión a pie. Abajo en Bergün me puso el zapatero clavos nuevos en las suelas y los tres caminamos con mochilas por la Albula, por la larga y hermosa carretera de montaña, y luego por la aún mucho más larga del valle, desde Ponte a St. Moritz, una carretera sin automóviles, pero con muchísimos cochecitos de uno o dos caballos, envueltos en una interminable nube de polvo. Después, en St. Moritz, se despidió mi mujer y volvió en tres a casa. Mientras mi compañero, que soportaba mal la altura y no dormía por la noche, se iba cerrando en mutismo y malhumor, a mí, pese al polvo y al calor, me parecía el valle superior de Inn un paraíso soñado. Sentía que estas montañas y estos lagos, aquel mundo de árboles y flores querían decirme más de lo que me era posible captar y asimilar en aquella primera contemplación, que alguna vez me vería atraído de nuevo a aquel lugar, que aquel alto valle, tan austero como rico de formas, tan grave como armónico, me interesaba, me tenía que dar algo valioso o tenía que exigir algo de mí. Después de pasar la noche en Sils Maria (donde escribo ahora estas notas) nos encontramos ante el último de los lagos de Engadin; en vano invité a mi cansado amigo que abriera los ojos y mirase por encima del lago hacia Maloja y el Bergell y viese los increíblemente sublime y hermoso que era aquel panorama; era inútil, e irritado dijo con el brazo extendido hacia la grandiosa profundidad del espacio: «Bah, no es más que un vulgar efecto escenográfico». Tras lo cual propuse que él tomara la carretera a Maloja, yendo yo por el sendero del otro lado del lago. Por la noche estuvimos sentados lejos el uno del otro, cada uno cenando en su mesa en la terraza de la Osteria Vecchia; hasta la mañana siguiente no nos

reconciliamos, y bajamos saltando alegremente por los atajos de la carretera de Bergell.

La segunda vez estuve en Sils pocos años más tarde para reunirme con mi editor berlinés S. Fischer, sólo dos o tres días, y viviendo como invitado suyo en el mismo hotel, al que acudo todos los veranos en los últimos años. Esta segunda estancia dejó pocas impresiones, aunque recuerdo un hermoso atardecer con Arthur Holitscher y su mujer; por aquel entonces teníamos muchos que decimos.

Y luego hay otra vivencia, una imagen que desde entonces vuelve a serme querida e importante y me conmueve el corazón cada vez que la vuelvo a ver: la casa, apretada a la pendiente rocosa y algo lúgubre, donde Nietzsche tenía su residencia engadina. En medio del ruidoso y colorido mundo del deporte, los turistas y los grandes hoteles, se alza obstinada y mira algo contrariada, como asqueada, despertando respeto y compasión y recordando imperiosamente el alto ideal humano que el anacoreta ha erigido, incluso en sus herejías.

Pasaron años sin que volviese a ver el Engadin. Fueron mis años de Berna, los tristes años de la guerra. Luego, a principios del año 1917, cuando mi médico me mandó fuera con urgencia, enfermo de mi trabajo durante la guerra y aún más por la miseria de la guerra en general, un amigo suabo que pasaba una temporada en una estación de invierno por encima de St. Moritz me invitó a pasar unos días allí. Era en pleno invierno, el tercer invierno amargo de la guerra, y aprendí a conocer desde una nueva perspectiva el valle, sus bellezas, sus asperezas y sus poderes curativos y consoladores; aprendí de nuevo a dormir, a comer con apetito, y me pasaba los días esquiando y patinando; después de algún tiempo podía soportar otra vez la conversación y la música e incluso trabajar un poco; a veces subía solo con mis esquís hasta el refugio de Corviglia, al que todavía no conocía un funicular, y solía ser la única persona. Y allí viví en febrero de 1917 una mañana inolvidable en St. Moritz. Tenía que hacer unos recados, y cuando entré en la plaza que hay delante de la oficina de correos salió del edificio, delante del cual se había reunido un número extraordinario de personas, un hombre con gorra de piel que seguidamente empezó a leer en voz alta el número extraordinario del diario que acaba de llegar. La gente se apiñaba a su alrededor y yo también corrí hasta donde estaba; la primera frase pude oír fue: «Le czar démissionna». Era la noticia de la revolución rusa de febrero. Desde entonces he pasado o paseado cien veces por St. Moritz, pero pocas sin recordar aquel momento de la mañana de febrero de 1917, a mis amigos y anfitriones, de los que hace tiempo ya no vive ninguno, y aquella sacudida y conmoción que sentí en el alma cuando, después de una brece existencia de paciente y convaleciente en la paz de Chantarella, la voz amenazadora y exhortadora de aquel hombre me devolvió al presente y a la historia del mundo...

(1953)

APUNTES DE PASCUA

Forma parte del estado de ánimo y de la peculiar inconsistencia de los días de la vejez el que la vida pierda mucho de realidad, o de proximidad a la realidad; el que la realidad, que de suyo es una dimensión algo incierta de la vida, se vuelva más fina y transparente, que ya no imponga sus derechos sobre nosotros con la fuerza y brutalidad de antes, que nos deje hablar, jugar y tratar con ella. La realidad, para nosotros los viejos, ya no es la vida sino la muerte, y ésta ya no la esperamos de fuera, sino que sabemos que vive dentro de nosotros; nos rebelamos contra las molestias y dolores que nos trae su proximidad, pero no contra ella misma; la hemos aceptado, y si no guardamos y cuidamos algo más que antes, la guardamos y cuidamos a ella al mismo tiempo, está cerca de nosotros y en nosotros, es nuestro aire, nuestro destino, nuestra realidad.

En mundo y la realidad que antes nos rodeaban pierden mucho de su objetividad e incluso de su verosimilitud, ya no son evidentes e indiscutiblemente válidos, los podemos aceptar o rechazar, tenemos un cierto poder sobre ellos. La vida cotidiana adquiere así una especie de surrealidad caprichosa, los viejos y sólidos sistemas ya no valen del todo, los aspectos y acentos se han desplazado, en comparación con el presente sube mucho de valor el pasado, y el futuro ya no nos interesa seriamente. De manera que nuestro comportamiento en la vida de cada día adquiere, contemplando desde la razón y desde las antiguas reglas, algo de irresponsable, de poco serio, de caprichoso, es ese comportamiento que el lenguaje popular llama «pueril». Hay mucha verdad en ello, y no dudo que sin sospecharlo y compulsivamente tengo muchas reacciones infantiles ante el mundo que me rodea. Pero, según he observado, no suceden siempre de manera fortuita e incontrolada. Los viejos pueden hacer cosas infantiles, poco prácticas, no rentables o caprichosas con plena (o media) consistencia y con un placer por el juego que se parece al niño cuando habla con su muñeco o cuando, únicamente con el estado de ánimo y el pensamiento, transforma como por encanto el pequeño huerto de su madre en una selva plagada de tigres, serpientes y tribus de indios hostiles.

Un ejemplo: hace unos días fui al jardín después de haber leído el correo. Digo «jardín» pero en realidad es una pendiente bastante empinada, camino de volver a su estado silvestre, con algunas terrazas con viñas cuyas cepas son cuidadas con esmero por nuestro viejo jornalero, pero donde todo lo demás muestra una acusada tendencia a convertirse de nuevo en bosque. Donde hace dos años había aún una pradera está ahora la hierba rala y pobre, y en cambio crecen anémonas, sellos de Salomón y arándanos, aquí y allá zarzamoras y brezo, y entre medias musgo por doquier. Este musgo, junto con las plantas vecinas, tendría que ser pastado por las ovejas y su suelo apisonado por las pezuñas para salvar la pradera, pero no tenemos ovejas y para la pradera recuperado tampoco tendríamos abono, y así las tenaces raíces del arándano y sus compañeros penetran cada año más profundamente en la pradera, cuya

tierra se vuelve a convertir en tierra de bosque.

Según mi humor, contemplo esta transformación regresiva con disgusto o con satisfacción. A veces me lanzo sobre un pequeño trozo de pradera moribunda, arremeto con el rastrillo y los dedos contra las plantas silvestres que proliferan, arranco sin piedad los cojines de musgo entre los manojos costados de hierba, arranco de raíz un cestillo lleno de arándanos, pero sin fe en la utilidad de esta actividad, por lo que mi jardín se ha convertido en el curso de los años en un juego de anacoreta práctico, es decir, lo tiene exclusivamente para mí, como higiene personal y economía. Cuando el dolor de ojos y de cabeza se me hacen demasiado molestos, necesito un cambio de actividad mecánica, un cambio físico. Aparente trabajo de jardinero y carbonero que con este fin me he inventado a lo largo de los años no está sólo destinado a servir a este cambio físico y a la distracción, sino también a la meditación, a seguir tejiendo los hilos de la fantasía y a la concentración de estados de ánimo. Así que de vez en cuando trato de dificultar un poco a mi pradera su transformación en bosque. Otras veces me paro delante de aquel terraplén que levantamos en el borde sur de la finca hace más de veinte años, formado por la tierra y las innumerables piedras que se sacaron al trazar una zanja para detener al bosque vecino, y en el que en su día plantamos frambuesas. Ahora el terraplén está cubierto de musgo, hierba silvestre, helechos y arándanos, y algunos árboles magníficos, sobre todo un tilo umbroso, tornar allí la vanguardia de un bosque que vuelve a avanzar lentamente. Aquella mañana singular no tenía yo nada contra el musgo y la maleza, ni contra el abandono del jardín y el bosque, sino que contemplaba con asombro y satisfacción la proliferación de la vegetación silvestre. En la pradera crecían por todas partes los jóvenes narcisos de hoja carnosa, aún sin florecer del todo, con cálices aún cerrados, aún no blancos, sino levemente amarillos del color de las freesías.

Anduve, pues, lentamente por el jardín, contemplando las hojas jóvenes de los rosales color marrón rojizo, atravesados por los rayos del sol de la mañana, y los tronchos pelados de las dalias recién trasplantadas, entre las que surgían con indomable vitalidad los gruesos tallos de los lirios de turbante turco; más abajo oí cómo el fiel viñador Lorenzo hacía ruido con las regaderas y decidí hablarle y consultar con él toda clase de política jardinera. Lentamente fui bajando la cuesta de terraza en terraza, armado de algunas herramientas, alegrándome de ver los jacintos que crecían en la hierba y que yo había plantado a cientos por toda la pendiente, pensando en qué parterre sería aquel año el más adecuado para las cinias, viendo con alegría florecer el hermoso alhelí amarillo y contemplando con desagrado los huecos desmoronados en la valla de ramas entrelazadas del estercolero de arriba, completamente cubierto por el hermoso rojo de las flores de camelia caídas. Bajé del todo hasta el pequeño huerto plano, saludé a Lorenzo e inicié la conversación planeada preguntando por la salud de su mujer y con un cambio de impresiones sobre el tiempo. Qué bien, parecía que iba a llover un poco, opiné. Pero Lorenzo, que es casi tan viejo como yo, se apoyó en la azada, echó un vistazo a las nubes que pasaban y movió su cabeza gris de un lado a otro. Hoy no llovería. Nunca se podía saber, también había sorpresas, aunque... y volvió a mirar astutamente al cielo, movió la cabeza con más energía y puso fin a la conversación sobre la lluvia: «No, Signore».

Hablamos entonces de la verdura, de las cebollas recién plantadas, elogié todo mucho y pasé a lo que en realidad me interesaba. La cerca de arriba, la del estercolero, no aguantaría probablemente mucho, yo aconsejaría su renovación, claro que no precisamente ahora que estaba tan ocupado y que había muchas cosas que hacer, pero tal vez hacia el otoño o el invierno. Lorenzo estaba de acuerdo y

pensamos que cuando iniciase ese trabajo sería conveniente renovar no sólo la cerca de las ramas de castaño, sino ya también las estacas. Probablemente aguantarían aún un añito, pero sin duda sería mejor... sí, dije yo, y ya que hablábamos del estercolero me gustará que en otoño no dedicase otra vez toda la tierra buena a los parterres superiores, sino que me apartase algo para la terraza de flores, al menos algunas carretillas. Bueno, y luego no debíamos olvidar tampoco aumentar las fresas y quitar el parterre inferior, junto a la valla, que ya tenía varios años. Y así se le ocurría una vez a él y otra a mí alguna cosa buena y útil para el verano, para septiembre, para el otoño. Y después de haber discutido todo punto por punto, proseguí mi camino, y Lorenzo volvió a su trabajo, y ambos quedamos satisfechos con los resultados de nuestra conversación.

A ninguno de los dos se nos había ocurrido recordar torpemente un hecho que ambos conocíamos perfectamente y que habría estropeado la conversación, tornándose la ilusoria. Habíamos hablado de una manera sencilla y sincera, o al menos casi sincera. Y sin embargo tanto Lorenzo como yo sabíamos que aquella conversación, con sus buenos planes y propósitos, no se quedaría grabada ni en su memoria ni en la mía, que ambos la habríamos olvidado por completo a lo sumo en catorce días, meses antes de los plazos para la reparación del estercolero y la ampliación de los fresales. Nuestra conversación matinal bajo un cielo no propicio a la lluvia se había sostenido únicamente por sí misma, un juego, un divertimento, una empresa puramente estética sin consecuencia. Para mí había sido un placer contemplar la buena y vieja cara de Lorenzo y ser objeto de su diplomacia, que, sin tomar en serio a su interlocutor, coloca ante él un muro de defensa de la más preciosa cortesía. Como coetáneos tenemos también un sentimiento de fraternidad recíproco, y cuando uno de nosotros cojea alguna vez de una manera especialmente acusada o tiene molestias con sus dedos hinchados, no se habla de ello, pero el otro sonrío comprensivo y con una cierta superioridad, tiene la sensación de una cierta satisfacción, sobre la base de una comunión y simpatía en la que cada cual se ve en ese momento, no sin agrado, como el más fuerte, pero pensando también con pesar anticipado en el día en el que el otro no esté a su lado.

Y cada vez que hablo con Lorenzo tengo que pensar en Natalina, enterrada ya hace más de diez años y tras cuya muerte sentí por primera vez en mi jardín, durante mis entretenimientos jardineros, aquella sensación algo amarga de vacío e inutilidad que con el tiempo se me ha hecho tan familiar. Por cierto que Natalina y Lorenzo no estaban en absoluto de acuerdo ni eran amigos en lo que se refería al jardín, sino que se observaban mutuamente con la mirada despierta, desconfiada, burlona y crítica de los rivales. Él, campesino, era el de los trabajos duros, su cometido era cavar, acarrear agua o piedras, afilar y clavar estacas, talar árboles. En cambio ella, la pequeña, fina y sumamente elocuente Natalina, tenía en su trato con las plantas el mismo talento que en la cocina, bajo sus manos exquisitas florecía hasta el esqueje y el vástago más perdido; todavía hoy existe aquí y allá un documento de su sensible floricultura, una antigua rosa de cien hojas, una enorme hortensia, un par de rosas de Navidad, el bonito lirio blanco. No se la puede olvidar, contribuyó a proteger y embellecer nuestros mejores años, ella era mi espíritu doméstico durante mis tiempos de anacoreta, y nuestra fiel sirvienta y compañera después de la boda y la construcción de la casa. ¡Y qué bien sabía expresarse! Sus vocablos certeros, sus frases hermosas y concisas no hubiesen sido indignas de Manzoni ni Fogazzaro, y algunas de sus clásicas formulaciones se citan todavía hoy entre nosotros. Por ejemplo, la del gran gato pelirrojo que, una vez terminada la casa, nos quiso traer por algunos días para que echase a los ratones, pero que se dio

inmediatamente a la fuga, según Natalina espantado por la suntuosidad de nuestras habitaciones recién amuebladas. «Ma lui, spaventato di tanto lusso, scappava», («Pero él, espantado de tanto lujo, escapó»).

En Pascua volví a oír este año la Pasión según San Mateo en la radio. Cada vez vivo esta ceremonia sagrada de una manera algo distinta, porque desde mis años de muchacho, en los que como no era capaz de estar sentado pasivamente durante tanto tiempo, mucho antes de que hubiese terminado la primera parte ya me había comido el trocito de chocolate que me daba mi madre, y sólo con impaciencia aguantaba las numerosas repeticiones de arias y coros, desde entonces esta experiencia tiene tantos precedentes que los recuerdos afluyen y se entrecruzan en verdadera bandadas. Sin embargo, los más antiguos son siempre los más fuertes: aquellas Pasiones en la iglesia de Calw, técnicamente imperfectas, pero profundamente vividas por los intérpretes y oyentes bajo la dirección de mi tío Friedrich, que tenía los hermosos ojos oscuros de mi madre y en cuyo coro cantaban mis hermanas y mis primas. Mi memoria musical ha retenido con mucha exactitud una representación en la que mis dos hermanastros mayores cantaban los papeles del Evangelio y de Cristo y yo había superado ya la angustia y la impaciencia infantil de las primeras funciones. En las innumerables Pasiones que he oído después daba igual quien cantara los papeles de Cristo y el Evangelista, que yo oía ciertos pasajes con las voces y la expresión de mis hermanos. También algunas actuaciones de mi amigo Volkmar Andreae se me ha quedado grabadas en algunos detalles; el estreno de la Pasión según San Mateo en Italia, en Milán, donde conocí y comenzó mi larga amistad con Ilona Durigo; luego, mucho más tarde, aquella otra que interpretó con tanta valentía Andreae, mientras su madre, también querida por nosotros sus amigos, yacía en el lecho mortuario, y aquélla en la que oí por última vez la voz de Ilona, no mucho antes de su muerte.

De todas las fiestas cristiana, la Pascua es desde hace décadas la única que vivo aún con sentimientos de devoción y respeto, forman parte de ella la tímida dulzura del principio de la primavera, el recuerdo de mis padres y la búsqueda de los huevos bajo los sabucales del jardincito, la música de Bach y mi estado de ánimo en la época de mi confirmación, el conflicto entre el respeto a la devoción de mis padres y los primeros sentimientos de disgusto y las primeras objeciones contra la fe formulada por la Iglesia y atada a ella. Este ir y venir entre el respeto y la rebelión resuena en mí suavemente con nostalgia o con ironía después de tantos años, cada vez que vuelvo a escuchar la Pasión de Bach. Mi respeto está entonces en el sufrimiento de Jesús, en su lucha en Getsemaní, mi crítica se dirige contra algunos pasajes del texto y sobre todo contra los discípulos. ¡No sólo estuvieron durmiendo mientras su maestro libraba solo su último combate! El hecho de que durmiesen era quizá comprensible, perdonable, no sólo se debía a la pereza y al miedo ante algo tan difícil de soportar, sino que tenía también algo de infantil y natural. Pero que un discípulo traicionase a su maestro, que el otro, la «roca», renegase de él y que de su círculo, surgiese aquel espíritu exaltado de manía de milagros, de creación de leyendas y de fundar iglesias, que no excluía la discordia y los conflictos de jerarquía, es algo en ciertas épocas de mi vida me ha predisposto contra los discípulos, y algunas veces, hace mucho tiempo, esta actitud crítica ha llegado incluso a mermar algo el estado de ánimo al escuchar la Pasión. ¡Como si los apóstoles de las pasiones de Bach o de las crucifixiones de pintores y escultores fueran realmente los mismos que los de la historia de los dogmas o de la crítica de la Biblia protestante! ¡Como si al oír el relato de la negación de Pedro yo no hubiese podido comprender su miedo, confusión, su terrible vergüenza y arrepentimiento mucho mejor que el sufrimiento de Jesús! Aquella perturbación de mi

devoción por el afán de crítica no era otra cosa que la palpación en una cicatriz que en otro tiempo había sido una herida.

(1954)

CARTA DE AGRADECIMIENTO CON MOTIVO DE LA CONCESIÓN DEL PREMIO DE LA PAZ DE LOS LIBREROS ALEMANES

Que juzguen otros hasta qué punto soy digno del premio que me ha sido concedido. Existen afortunados en quienes recaen honores por encima de su mérito y que ante tanta indulgencia pueden sentirse a veces angustiados, al pensar en Polícrates y su anillo, y existen otros hombres de gran mérito, del más noble espíritu y creadores de obras inmortales, a los que no hace justicia ni su tiempo ni sus contemporáneos y ante cuyo nombre la posteridad recuerda con estremecimiento que han vivido y muerto desconocidos y sin honores. La posteridad debe ser, pues, la que decida hasta qué punto los afortunados son dignos de sus éxitos. El hecho de que me haya animado a aceptar este premio que se me concede hoy se debe principalmente a su nombre.

«Premio de la Paz de los libreros alemanes», título con el que guardo relaciones vivas y entrañables y que despierta en mí recuerdos muy cordiales.

Ahí está, para comenzar con el patrocinador del premio, el comercio librero alemán. Un autor que ha tenido durante más de medio siglo editores alemanes, y que ha sido impulsado y favorecido por el comercio librero alemán, que ha dedicado además algún trabajo literario al libro y a la producción literaria, para él el comercio librero alemán es un instituto venerable e indispensable, un instrumento acreditado del espíritu alemán, un vehículo de cultura tan importante casi como la escuela y la universidad. Y quien haya tenido relación con los libros, habrá podido comprobar agradecido que la organización de comercio librero alemán no ha sido superada ni tiene parangón en el mundo.

Pero mis relaciones con este noble gremio son aún más personales e íntimas que las del autor y bibliófilo. Mi padre, y antes que él mi abuelo, fueron jefes de la sección literaria de una editorial que produjo y vendió durante cien años libros edificantes, teológicos y de divulgación científica, y ya en mi niñez me eran familiares el olor de las pruebas frescas, de la tela, el cartón y la cola y los nombres de muchas editoriales. Y cuando después de los tempestuosos años de la pubertad me tuve que decidir por un oficio, elegí el de librero, probablemente con la esperanza de que me sirviese como trampolín para el oficio de escritor. Aprendí a fondo y ejercí durante algunos años el comercio de libros en comisión y en anticuariado de Tubinga y Basilea, he vendido libros, expendido revistas, abierto fardos de libros de Leipzig, participado en balances de la feria del libro de Pascual, leído el *Börsenblatt*, consultado los pesados tomos del catálogo quinquenal de Hinrich y rellenado como ayudante en el anticuario muchas hojas de catálogo y fichas de archivo.

Así de antiguas e íntimas son mis relaciones con el comercio librero; se remontan hasta mi infancia.

Mi relación con la paz y mi intento de ponerme a su servicio no es tan antigua, pero de todos modos tiene ya más de cuarenta años. La guerra de 1914 no tenía todavía dos meses cuando escribí en casa de

mi amigo Conrad Haussmann en Stuttgart el siguiente poema de la paz:

*Todos la tuvieron,
ninguno la apreció,
a todos refrescó la dulce fuente.
¡Ay, cómo suena ahora la palabra paz!*

*Suena tan lejana y temerosa,
suena tan cargada de lágrimas,
nadie sabe ni conoce el día,
todos lo anhelan llenos de ansia.*

*Sé bienvenida un día
primera noche de paz,
estrella serena cuando aparezcas por fin
sobre el humo del fuego de la última batalla.*

*Hacia ti se dirige
cada noche mi sueño
impaciente, activa esperanza recoge
presintiendo ya el fruto dorado del árbol.*

*Sé bienvenida un día
cuando de la sangre y la miseria
aparezcas en el cielo de la tierra,
¡Aurora de otro porvenir!*

Y por aquel tiempo —era el momento de las victorias iniciales alemanas de 1914— aparecieron en uno de mis ensayos de Zúrich^[17] estas palabras: «Siempre, desde que conocemos los destinos humanos, ha existido la guerra, y no había motivos para creer que ahora estuviese abolida. Fue sólo la costumbre de una larga paz la que nos lo hizo creer. Habrá guerra mientras la mayoría de los hombres no pueda vivir en aquel reino del espíritu goethiano. La habrá aún durante mucho tiempo, quizá la habrá siempre. Pero la superación de la guerra seguirá siendo nuestra meta más noble y la última consecuencia de nuestra moral cristiana occidental. El investigador que busca el remedio contra una enfermedad no abandonara su trabajo porque le sorprenda una nueva epidemia. Y mucho menos dejará de ser nuestro más alto ideal la “paz de la tierra” y la amistad entre los hombres. La cultura humana nace de la sublimación de los impulsos animales en otros más espirituales, por el pudor, la fantasía y el conocimiento. Que la vida vale la pena de ser vivida, es el último contenido y consuelo de todo arte, aunque hayan tenido que morir todos los que glorifican la vida. Que el amor es superior al odio, la comprensión superior a la ira, la paz más noble que la guerra, es lo que nos tiene que marcar con fuego

esta desdichada guerra, más profundamente que lo hayamos sentido nunca».

Este tono prosigue en mis escritos posteriores hasta el *Juego de abalorios*, y continúa después. Y no es sólo la guerra armada de los pueblos, cuyo horror y locura he llegado a comprender con toda claridad. Me preocupa cualquier guerra, cualquier clase de violencia y de egoísmo conflictivo, cualquier tipo de desdén a la vida y de abuso del prójimo. Entiendo por paz no sólo el aspecto militar y político, sino también la paz de cada persona consigo misma y con el vecino, la armonía de una vida con sentido y llena de amor. No se me oculta que en la vida actual de trabajo duro y lucro sin miramientos, este ideal de una vida más noble y digna tiene que parecer a la mayoría extravagante e irreal. Pero no es misión del poeta adaptarse a cualquier realidad actual y glorificarla, sino mostrar por encima de ella la posibilidad de lo hermoso, del amor y la paz. Estos ideales no pueden realizarse nunca del todo, lo mismo que un barco en medio del mar tempestuoso no puede mantener siempre el curso ideal. Pero tienen que orientarse por las estrellas. Y nosotros tenemos que desear la paz a pesar de todo y servir a la paz, cada uno siguiendo su camino y en el mundo que le rodea. No puedo llamarme piadoso en el sentido de mis antepasados, pero entre las palabras de la Biblia que yo venero lleno de fe, figura en primer lugar aquella palabra de la Paz de Dios que es superior a toda la razón.

(1955)

APÉNDICE

CARTA DE NINON HESSE A SIEGFRIED UNSELD

Montagnola, octubre de 1962

Querido doctor Unselde:

A tantos amigos y lectores fieles he descrito el último día de la vida de Hermann Hesse que pensé que usted tenía derecho a saber cómo transcurrieron sus últimas horas. Y ahora me pide que escriba este relato para usted y sus colaboradores de la editorial.

Mientras tanto ha llegado octubre y he conseguido distanciarme un poco de lo sucedido; ahora estoy en mejores condiciones de abarcar el transcurso de los últimos meses, que no inmediatamente después de la muerte de mi marido. Y por ello me remonto un poco más lejos con mi relato.

Estaba gravemente enfermo, pero afortunadamente no lo sabía. Cada vez se cansaba y debilitaba más, pero frecuentes transfusiones de sangre le volvían a fortalecer, y pensaba que la debilidad y el cansancio eran consecuencia de su avanzada edad.

Su magnífico médico, que le quería como un padre y como un hijo, que le cuidaba desde hacía once años y temía por él porque sabía desde hacía mucho tiempo que su enfermedad era incurable, le infundía constantemente confianza, y no con palabras, sino con su atención siempre despierta y su manera de actuar, con su persona, con la alegre serenidad con que trataba a su paciente. En manos de este médico, al que admiraba y quería, Hermann Hesse se sentía protegido y lo estuvo hasta el final. La enfermedad —leucemia—había comenzado hacía algunos años, pero no progresaba o se mantenía dentro de unos límites. Sólo a partir de 1961 se hizo virulenta. H. H. enfermó de una «gripe» el 14 de diciembre; al los ocho días se encontraba «mejor», aunque aún no se sentía bien. Me alegré de su progresivo restablecimiento y me asusté cuando el día de Navidad me regaló el poema que más tarde tituló *Una vez hace mil años*. Era, como me dijo, la primera página que escribía con la máquina portátil que yo le había regalado en Navidades. Entonces llevaba el título *Geschrieben in der Christnacht bei etwas Fieber* (*Escrito en Nochebuena con algo de fiebre*), y comenzaba así:

Oigo susurrar su canción.

A mi bambú en la noche.

El poema me fascinó, pero me asusté, porque era un poema de muerte, porque de él manaba como un anhelo de muerte, nostalgia de la patria de la infancia, «donde en el bancal de la tumba del pájaro / Salían de la nieve los crocos» / nostalgia de liberación de todo lo terreno, de todo lo que «limita».

Pienso en el pasaje *Alas de pájaro quisiera desplegar* cuando recuerdo su cumpleaños del 2 de julio. Había recibido muchos regalos; uno de ellos le alegró de manera especial, una litografía en color de un gran pájaro, quizá un ganso salvaje, con las alas extendidas, de un artista que hasta entonces no

conocíamos: Yargo de Lucca. Había algo arrebatador en el vuelo de aquel pájaro, en su cabeza expresiva, pequeña y aguda, a mí me recordaba el ave que monta Afrodita, en un plato de fondo blanco de Kamiros, que antes se llamaba «Cisne», en el Museo Británico.

Las fiestas de cumpleaños —fueron tres en días consecutivos— transcurrieron agradables, el pueblo de Montagnola le había nombrado el domingo, a él que era ciudadano de Berna, su ciudadano de honor, la «Filarmonia liberale» le había tocado una serenata el sábado, en ambas ocasiones dio las gracias con breves alocuciones en italiano, y el propio cumpleaños lo celebró con la familia más íntima y algunos amigos en Faido, cerca del San Gotardo; Max Wassmer, el dueño del castillo de Bremgarten, fue nuestro anfitrión. Al anoecer estábamos de nuevo en Montagnola y escuchamos el espacio radiofónico de Beromünster en su honor, que le alegró mucho.

Al día siguiente empezamos a escribir las cartas de agradecimiento por los muchos regalos, cartas, flores y telegramas enviados. Eran más de novecientos. Otros años tratábamos de terminar con esta correspondencia el 20 de julio, porque en aquella fecha íbamos siempre de vacaciones a Sils Maria. Pero esta vez el doctor Molo nos había aconsejado que nos quedásemos en el Tesino cerca de él. Yo había temido que H. se entristeciese, porque tenía mucho cariño a Engadin; pero se quedó alegre y paciente.

Me pareció que no había sentido nunca tanto apego a la vida como en aquellas semanas. Una vez nos visitó su hijo mayor Bruno —fue el 13 de julio— y por deseo de su padre nos llevó en coche a Lanzo d'Intelvi —una localidad situada aproximadamente a novecientos metros de altura en la cercana Italia— y desde allí seguimos las grandes curvas hasta Monte Sighignola, a 1300 metros de altura, desde el que se tenía un maravilloso panorama sobre lagos y montañas. Como siempre, era hermoso vivir la intensidad con la que H. veía todo, era como un halcón, atento y lleno de interés miraba y captaba lo que sucedía. Arriba en la Sighignola estaba completamente fascinado. Yo pensaba lo maravilloso que era que se pudiese alegrar tanto, y me propuse volver a llevarle pronto allí. Pero ya no hubo ocasión.

Al andar se cansaba ahora en seguida. Sólo hacíamos cortos paseos por el jardín. Al anoecer le gustaba estar tumbado en la terraza, mientras yo le leía; Porphy, el gato más cariñoso que hemos tenido, se tumbaba a su lado. De vez en cuando charlábamos y contemplábamos el paisaje. Veía con una intensidad y precisión que yo admiraba —el juego del viento en las ramas del abedul, las nubes del atardecer, los cambios que sufrían las hortensias— alababa el adelfo, los cipreses, saludaba la salida de la luna, del lucero vespertino, y yo volvía a pensar en lo apegado que estaba a la vida, más que en años anteriores. Pero ahora creo que su actitud era así porque se despedía y porque en el fondo conocía su situación.

Unos días antes de su muerte recibió la noticia sobre la muerte de un amigo de su edad, que sin haber estado enfermo murió mientras dormía. «¡Qué hermoso!», exclamó H. muy emocionado, «¡imagina qué hermoso!», y yo sentía con qué fuerza deseaba lo mismo.

El 8 de agosto fuimos por la mañana al bosque que limita con nuestra finca. Mientras caminaba le gustaba recoger leña para sus fuegos en el jardín. Por ello se detuvo también aquella mañana y tiró de la rama podrida de una robinia de la que ya había tirado a menudo cuando pasábamos por allí. «Esta aguanta aún», murmuró. Por la tarde tuvimos una visita a tomar el té, la traductora francesa de *Gertrud*, con la que conversó animadamente de literatura francesa moderna, Sartre, Camus, Beckett y autores

más antiguos. Por la noche encontré el poema de la rama en mi cuarto. Leí: «De una vida demasiado larga / De una muerte demasiado larga cansada» y «Aún un verano, aún un invierno», ¿no pensaba, por lo tanto, vivir más tiempo? Pero él *quería* vivir todavía, no era como aquel maravilloso poema de partida en la Nochebuena.

Bajé rápidamente y pregunté: «¿Lo has escrito hoy?». «No —dijo—, lo escribí el uno de agosto. Pero hoy lo he terminado». Balbuceé: «¡Es uno de tus poemas más hermosos!». Sonrió y dijo: «¡Entonces está bien!».

Leí aún para él como todas las noches: más tarde estuvo escuchando en la radio una sonata para piano de Mozart (Nr. 7 en do mayor, K. V. 309). Por la mañana murió de una hemorragia cerebral mientras dormía. La rama del bosque aguanta aún.

TABLA CRONOLÓGICA

- 1877 Nace el 2 de julio en Calw / Württemberg.
- 1892 Fuga del Seminario Teológico Protestante de Maulbronn.
- 1899 «Romantische Lieder», «Hermann Lauscher».
- 1904 «Peter Camenzind», matrimonio con Maria Bernoulli.
- 1906 «Unterm Rad», coeditor de la revista antiguillermanina «März» (Munich).
- 1907 «Diesseits», narraciones
- 1908 «Nachbarn», narraciones
- 1910 «Gertrud».
- 1911 Viaje a la India.
- 1912 «Umwege», narraciones. Hesse abandona Alemania y se traslada a Berna.
- 1913 «Aus Indien», apuntes de un viaje a la India
- 1914 «Rosshalde», hasta 1919 al servicio del «Deutsche Kriegsgefangenenfürsorge, Bern», [«Auxilio alemán para los prisioneros de guerra, Berna»]. Editor del «Deutsche Interniertenzeitung» de los «Bücher für Deutsche Kriegsgefangene» y del «Sonntagsboten für Deutsche Kriegsgefangene».
- 1915 «Knulp».
- 1919 «Demian», «Märchen», «Zarathustras Wiederkehr». Fundación y publicación de la revista *Vivos voco*, «Für neues Deutschtum», (Leipzig, Berna).
- 1920 «Klingsors letzter Sommer», «Wanderung».
- 1922 «Siddhartha».
- 1924 Hesse adquiere la ciudadanía suiza. Matrimonio con Ruth Wenger.
- 1925 «Kurgast».
- 1926 «Bilderbuch».
- 1927 «Die Nürnberger Reise», «Der Steppenwolf», («El lobo estepario»).
- 1928 «Betrachtungen».
- 1929 «Eine Bibliothek der Weltliteratur».
- 1930 «Narziss und Goldmund». Hesse abandona la «Academia prusiana de las artes», sección de lengua y literatura.
- 1931 Matrimonio con Ninon Dolbin, nacida Ausländer.
- 1932 «Die Morgenlandfahrt».
- 1937 «Gedenkblätter».
- 1943 «Das Glasperlenspiel».
- 1945 «Traumfährte», relatos y cuentos.
- 1946 Premio Nobel.
- 1951 «Späte Prosa», «Briefe».
- 1952 «Gesammelte Dichtungen», 6 vol.
- 1957 «Gesammelte Schriften», 7 vol.
- 1962 9 de agosto: muerte de Hermann Hesse en Montagnola.

DATOS BIBLIOGRÁFICOS

- Vier Lebensläufe* [Cuatro biografías]. Las biografías de los años 1903, 1907 y 1923 (de cartas dirigidas al lexicógrafo Karl Brümmer y a Hermann Missinharder, en el legado de Hermann Hesse) se publican aquí por primera vez.
- Kurzgefasster Lebenslauf* [Biografía sucinta]. Primera impresión, 1929, *Neue Rundschau* 36. En *O. C.* ^[18], 6, p. 391 y ss.
- Briefe aus Maulbronn an die Eltern* [Cartas desde Maulbronn a los padres]. De *Kindheit und Jugend vor Neunzehnhundert. Hermann Hesse in Briefen und Lebenszeugnissen 1877-1895*. Editado por Ninon Hesse, 1966, Editorial Suhrkamp, Francfort del Meno.
- Briefe aus Stetten an die Eltern* [Cartas de Stetten a los padres]. De *Kindheit und Jugend vor Neunzehnhundert. Hermann Hesse in Briefen und Lebenszeugnissen 1877-1895*. Editado por Ninon Hesse, 1966, Editorial Suhrkamp, Francfort del Meno.
- Aus dem «Tagebuch 1900»*, [Del «Diario 1900»]. De *Hermann Lauscher*, 1901, en R. Reich (Basilea). En *O. C.*, 1, pp. 316 y ss.
- Erinnerung an Asien* [Recuerdo de Asia]. Primera publicación en la revista *März* (Munich), 8, 1914, III. Aquí por primera vez en libro.
- Erinnerung an den Vater* [Recuerdo del padre]. De *Zum Gedächtnis*. Primera publicación en la revista *Schweiz*, 20, 1916. En *O. C.*, 10, pp. 121 y ss.
- Gruss aus Bern. Für unsere gefangenen Brüder* [Saludo de Berna. Para nuestros hermanos prisioneros]. Primera publicación en el *Frankfurter Zeitung* del 2-8-1917. Aquí por primera vez en libro.
- Aus Martins Tagebuch* [Del diario de Martin], Un fragmento del año 1918. Del *Sinclair's Notizbuch*, Editorial Rascher, Zúrich, 1923. Aquí por primera vez en libro.
- Eigensinn* [Obstinación]. De *Sinclair's Notizbuch*, Editorial Rascher, Zúrich, 1923. Primera publicación 1918 en la revista *Schweiz*, 22. En *O. C.*, 10, pp. 454 y ss.
- Alemannisches Bekenntnis* [Credo alamánico]. Primera publicación en *Alemannenbuch*, Editorial Seldwyla, Berna, 1919. Aquí por primera vez completa.
- Zu «Zarathustras Wiederkehr»*, [Sobre «El retorno de Zarathustra»]. Primera publicación en la revista *Vivos Voco* (Leipzig/ Berna), I, 1919-20. Aquí por primera vez en libro.
- Tagebuch 1920-21* [Diario 1920-21]. Del legado de Hermann Hesse. Publicado aquí por primera vez íntegramente. Una publicación parcial de este diario apareció en la revista *Corona*, cuaderno 2, 1932-33, que fue reimpressa en 1960 con el título *Aus einem Tagebuch des Jahres 1920*, en la serie «Die kleinen Bücher der Arche».
- Hassbriefe* [Cartas de odio]. Primera publicación en la revista *Vivos Voco* (Leipzig/Berna), 2, 1921-22. Por primera vez en libro aquí y en *Materialien zu Hermann Hesse «Der Steppenwolf»*, [Materiales para el «Lobo estepario» de Hermann Hesse].
- Kindheit des Zauberers* [Infancia del mago]. Primera publicación en la revista *Corona*, 7, 1937. En *O. C.*, 6, pp. 371 y ss.
- Lektüre im Bett* [Lectura en la cama]. Escrito en 1929. Primera publicación en el *National-Zeitung* de Basilea, 1-4-1947. Aquí por primera vez en libro.
- Aus einem Tagebuch vom Juli 1933* [De un diario de julio 1933]. Publicación parcial en *Politische Betrachtungen*, 1970. Editorial Suhrkamp, Francfort del Meno. Aquí primera reimpresión ampliada.
- Aus dem Rigi-Tagebuch* [Del diario de Rigi], Primera publicación en la revista *Neue Schweizer Rundschau* (Zúrich), 13, 1945-46. En *O. C.*, 8, pp. 407 y ss.
- Worte zum Bankett anlässlich der Nobel-Feier* [Palabras con motivo del banquete de la ceremonia del Premio Nobel]. Primera publicación en el *Neue Zürcher Zeitung* del 10-12-1946. En *O. C.*, pp. 102 y ss.
- Über das Alter* [Sobre la vejez]. Primera publicación en el *National-Zeitung* de Basilea, 7-8-1955. En *O. C.*, 10, pp. 354 y ss.
- Engadiner Erlebnisse* [Vivencias de Engadin]. Primera publicación en la revista *Neue Schweizer Rundschau* (Zurich), 21, 1953-54. En *O. C.*, 10, pp. 324 y ss. Aquí impresión parcial.
- Notizblätter um Ostern* [Apuntes de Pascua], Primera publicación en el *Neue Zürcher Zeitung* del 16-5-1954. En *O. C.*, pp. 375 y ss. Aquí impresión parcial.
- Dankadresse anlässlich der Verleihung des Friedenspreises des deutschen Buchhandels* [Carta de agradecimiento con motivo de la concesión del Premio de la Paz de los Libreros Alemanes]. Primera publicación en el *Neue Zürcher Zeitung* del 10-10-1955. Aquí por primera vez en libro.
- Brief von Ninon Hesse an Siegfried Unseld* [Carta de Ninon Hesse a Siegfried Unseld], De *Hermann Hesse zum Gedächtnis*, publicado en 1962 por Siegfried Unseld, Editorial Suhrkamp, Francfort del Meno.

EPÍLOGO

Sobre la selección

A las dos colecciones *Politische Schriften* (*Escritos políticos*) y *Mein Glaube* (*Mi fe*) de la Biblioteca Suhrkamp sigue ahora un volumen con escritos autobiográficos. Estos tres libros quieren dar testimonio de las ideas políticas de Hesse, de su fe y su existencia, de su manera de pensar, de su manera de actuar y de su vida.

La selección de los dos primeros volúmenes tenía una base de textos densa y clara que podían adaptarse con relativa facilidad al tema. En los escritos autobiográficos fue más difícil. El Autor, que confesaba no haber escrito otra cosa que lo que «quería salir» de él, escribió una obra que en su conjunto hay que considerar como una confesión, una descripción de su manera de pensar y de vida, «idealización no, sólo confesión». Con razón llamaba a sus trabajos «biografías del alma», «en ninguna se trata de historias, intrigas y tensiones; en el fondo son monólogos en los que una sola persona se contempla en sus relaciones con el mundo y el propio yo». En este sentido la obra de Hesse fue desde el principio «juego e intento» de superar y ordenar las propias experiencias y sensaciones. Para Hesse comenzaba siempre un nuevo trabajo en el instante en que vislumbraba un personaje que durante algún tiempo podía convertirse en símbolo y portador de su experiencia, de sus pensamientos, de sus problemas. En este sentido todos los personajes principales son esbozos de su yo, desde Hermann Lauscher pasando por Hermann Heilner, Harry Haller hasta Josef Knecht, que se ha convertido de manera especial en la figura mítica del yo de Hesse por su manera de servir, de obedecer y protestar. La selección de este tomo prescinde de estas relaciones y apunta a los textos más autobiográficos. Omite la inclusión de obras más grandes, cerradas en sí mismas, directamente autobiográficas, como *Aus Indien*, *Kurgast*, *Nürnberger Reise* y el idilio tan eminentemente autobiográfico *Stunden im Garten*. La selección prescinde también de los extractos de algunas obras, es decir, de los pasajes autobiográficos del *Peter Camenzind*, *Klein und Wagner*, *Klingsor*, *Siddhartha*, de los pasajes basilenses de *Steppenwolf*, de los pasajes de Berna en *Morgenlandfahrt*, de las diversas versiones de carácter biográfico-político de la introducción al *Glasperlenspiel*, de las referencias a Josef Knecht y sobre todo de las cuatro biografías del *Glasperlenspiel*, que son biografías poéticas minuciosas de su autor, biografías conjeturales en el sentido de Jean Paul.

Nuestra selección comienza con cuatro biografías, tres de las cuales, las de los años 1903, 1907 y 1923, se hallaban en el legado y se publican aquí por primera vez. Éstas son, junto con *Kindheit des Zauberers* (*La infancia del mago*), los escritos directamente autobiográficos. Por orden cronológico les siguen las cartas de Hesse a sus padres desde Maulbronn de 1891-1892 y las de Stetten del año 1892;

ambos complejos epistolares arrojan una luz completamente nueva sobre los conflictos de su infancia. Una parte de los pasajes de los diarios pudo publicarse aquí también por primera vez. En los otros textos Hesse escribe sobre sí mismo, apuntes de viajes, recuerdos de personas, descripciones de su vida cotidiana, reflexiones sobre la edad, cartas a los amigos y confesiones. Estos apuntes dan una visión de una vida que hacia fuera transcurría tranquila, pero también estaba acechada por problemas, dudas, desesperación y destrucción.

Credo alamánico

Hesse —como prueban las biografías— dio mucha importancia a la nacionalidad mixta de su origen. Sus abuelos paternos eran bálticos, provincianos rusos bálticos de Estonia. Su padre vino al mundo en Reval, fue más tarde misionero en la India y después redactor de una revista misionera de Calw. Del padre, escribió Hesse: «He heredado una parte de mi temperamento, el deseo de absoluto, y al mismo tiempo la tendencia al escepticismo, la crítica y la autocrítica». Los padres de su madre tenían doble nacionalidad. El padre era suabo, la madre procedía de Neuchâtel en la Suiza francesa. De su madre, opinaba Hesse, había heredado «el carácter apasionado de su temperamento», «la fantasía vehemente, además del talento musical». Nunca se ha podido aclarar la nacionalidad que tenía Hesse en el momento de nacer. Él mismo lo ignoraba, suponía que había sido ciudadano ruso, ya que su padre era súbdito ruso y tenía pasaporte ruso. Hesse obtuvo en todo caso la nacionalidad suiza durante su estancia de seis años en Basilea (1880-1886). Como para sus estudios en Maulbronn necesitaba la nacionalidad de Württemberg, la adquirió; siempre estuvo descontento con aquella nacionalidad involuntaria porque por su causa se vio obligado durante la Primera Guerra Mundial al prestar varios años de servicio de compensación. Entre 1924 se hizo ciudadano suizo. Aparte de algunos viajes (los dos principales le condujeron a la alta Italia y a la India) permanecen constantes las estaciones de su vida: Calw, Basilea, Calw, Maulbronn, Stetten, Cannstatt, de nuevo Calw, luego Tubinga (1895), Basilea (1899), Gaienhoffen (1904) y Berna (1912). Hesse se sentía integrado en este círculo vital y cultural que se extiende desde Berna hasta la Selva Negra, desde Zurich y el lago Constanza hasta los Vosgos. Se sentía alemán y no dejó de expresarlo en el año 1919 en su *Credo alamánico*: «Este territorio suizo-alemán del sudoeste es mi patria», y esta región siguió siendo su patria. Hesse no se sentía en casa ni en los viajes ni en las ciudades alemanas, «sino siempre donde el aire y la tierra, la lengua y la raza humana eran alamánicas». Para él esta «Alemania» no era un estado delimitado por fronteras, acuerdos y compromisos. Este país, escribía, tiene muchos defectos, rincones y esquinas, «pero cualquier valle alamánico, hasta el más angosto, tiene su abertura hacia el mundo».

Algo sobre la persona

Eigensinn (Obstinación) es el título de uno de los artículos del año 1919. Es seguramente uno de los textos que más datos aporta. «Hay una virtud que quiero mucho, una sola. Se llama obstinación». Las virtudes inventadas por los hombres tienen como objetivo la obediencia. También la obstinación exige obediencia. Pero mientras que las virtudes adaptan a los hombres a las exigencias del mundo y

consideran deseables «dinero y poder, el invento de la desconfianza», la obstinación es obediencia hacia uno mismo y «desobediencia hacia la ley humana». «El espíritu gregario de los hombres —escribía Hesse— exige de cada cual sobre todo adaptación y subordinación». A ello se opuso Hesse toda su vida y todos sus escritos son antídotos contras esas exigencias. De esta actitud resulta la protesta que aparece de manera constante a lo largo de toda la obra de Hesse, y aquella rebeldía contra lo establecido, contra una autoridad superada, vacía, contra lo estandarizado y contra la mediocridad, contra el consumo, el egoísmo y el lucro, contra el Estado y la burguesía, contra la Iglesia y el colegio y siempre la rebeldía del hijo contra el padre y sus métodos de educación, la rebeldía de la generación más joven contra la mayor. No hace falta preguntar en dónde reside hoy la actualidad de Hesse y por qué la gente joven lee hoy en todo el mundo la Hermann Hesse.

Hesse tomó en serio su obstinación y vivió de acuerdo con ella. Como persona y como autor. En su vida privada no había nada indiscreto ni llamativo que diera lugar a grandes titulares en los periódicos. Su vida de familia, sus tres matrimonios, sus tres hijos, su relación con parientes y amigos se desarrollaban en el ambiente privado casi sin influencia sobre su trabajo literario.

Como autor, Hesse fue y no dejó de ser conscientemente un solitario, cuya obstinación excluía colectivismos. No perteneció nunca a un movimiento literario, a ningún grupo, claqué o asociación. A instancias de su lector Oskar Loerke entró, después de oponerse inicialmente, en la Academia de Berlín el 8 de noviembre de 1926, pero la abandonó ya en noviembre de 1930, y los negros de Thomas Mann tampoco pudieron hacerle volverse atrás. Hesse no concedía entrevistas, no le interesaba la publicidad, le era indiferente estar en el movimiento «in» o «out». No dejaba entrar en su casa la radio ni la televisión. Rara vez hacía apariciones en público, nunca firmó ejemplares y sólo dio algunas conferencias. *El Nürnberger Reise* y el apunte *Autorenabend* explican por qué estas apariciones en público constituyeron excepciones. Aceptó los grandes premios de los últimos años, el Premio Goethe, el Premio Nobel y el Premio de la Paz, pero no se sometió al ceremonial ni fue a recibirlos a Francfort o Estocolmo.

Hesse era —junto a Samuel Beckett— el autor más modesto que he conocido. Nada le importaban «dinero y poder», fortuna e influencia; desde el punto de vista material tuvo siempre más o menos lo suficiente para vivir. Cuando más tarde, en los años 1950-1957, obtuvo honorarios más altos, los puso a disposición de su amigo y editor Peter Suhrkamp para la reconstrucción de la editorial. Los grandes honorarios de los años sesenta y setenta no los llegó a vivir; seguramente le hubiesen sorprendido. Cuando murió no tenía una fortuna importante ni ninguna propiedad inmueble; la casa en que vivía desde 1931 era un préstamo vitalicio de la familia Bodmer, que después de la muerte de su mujer volvió a sus propietarios; su única propiedad era su tumba en San Abbondio. La modestia de Hesse era dignidad, no resignación o indiferencia, tibieza o debilidad. Sabía distinguir y podía ser muy enérgico, por ejemplo, cuando exigió y consiguió que Friedrich Lieburg tuviese que retirarse del jurado del premio Hesse por su pasado nazi, aunque había sido propuesto por Peter Suhrkamp. Cuando estaban en juego los principios de su obstinación era capaz de vehemencia y de ignorar los consejos de sus amigos. En cuanto a su obra, era muy decidido. Tampoco en este terreno le interesaban los aspectos secundarios de la presentación o la moda. Lo que le importaba era que se respetase fielmente el texto y la conservación de la composición. A pesar de ello no exageraba nunca el valor de sus trabajos. «¿Qué perdurará?», me dijo en una ocasión, «quizá algún que otro libro. Todos los quiero por igual y para mí

son todos igual de efímeros». A Suhrkamp le costó trabajo obtener su conformidad para publicar las *Gesammelten Dichtungen* de 1952, no le gustaba cualquier edición antológica. Sus escritos surgían siguiendo impulsos propios y por eso reaccionaba con alegría a «sugerencias», ideas o propuestas acerca de lo que podría escribir. Cuando Peter Suhrkamp le pidió en 1933 una colaboración en su calidad de redactor del *Neue Rundschau*, Hesse reaccionó irritado; el primer encuentro entre Hesse y Peter Suhrkamp en Bad Eilsen (1936) estuvo bajo el efecto de aquella reacción.

Hesse, cuya genialidad era la diligencia, la intensidad de leer y escribir, que —como vemos ahora— documentaba cada paso, externo y sobre todo interno, de su vida en sus obras y apuntes, especialmente en sus cartas, Hesse el literato por excelencia no tenía nada de un literato o intelectual. Quien se encontraba con él, en los últimos años, en su casa o en su jardín, en su cuarto de trabajo o en su biblioteca, donde solía recibir las visitas, podía hacerse una idea de su anterior existencia como Knulp el vagabundo, como carbonero o jardinero vestido de lino; Hesse tenía siempre algo más de científico, botánico o zoólogo que de literato. Merecía especial atención la impresión que daba siempre de amabilidad, bondad y dignidad. A Hesse le gustaba escuchar en las conversaciones y de vez en cuando contaba algún recuerdo, pero nunca salían de su boca palabras ampulosas o mensajes afirmativos, sino preguntas y respuestas con nuevas preguntas con las que quería explorar la seguridad de su interlocutor o hacerle dudar de sus propias declaraciones. En este sentido se parecía más y más a los personajes de los viejos maestros que de vez en cuando contaba en el año 1960, poco antes de su muerte, la historia del patriarca Bodhidharma; a la pregunta sobre el más alto sentido de la sagrada verdad el patriarca contestó: «Infinidad abierta — nada es sagrado». En el poema *Der erhobene Finger*, de 1961, habla del maestro Djü-dschi: «El maestro Djü-dschi, como se nos dice / De un espíritu callado, dulce y tan modesto / Que renuncia por completo a la palabra y a la doctrina... / Cuando algunos discípulos... con salidas ingeniosas / Disfrutaban, él vigilaba en silencio / Alerta ante cualquier exceso».

Su último autorretrato podría ser el personaje del «Hermano mayor» en el *Juego de abalorios*. Knecht había estudiado la lengua y la literatura chinas, y como con aquel estudio había encontrado incompreensión entre sus profesores, preguntó por el «Hermano mayor» y averiguó «que ese eremita gozaba de un cierto respeto, incluso de fama, pero más la de un ser extraño que la de un sabio». Knecht lo visitó: «Un hombre delgado, vestido con una túnica gris-amarilla, con unas gafas por las que miraba expectantes unos ojos azules, se levantó de un bancal de flores sobre el que había permanecido sentado en cuclillas, se acercó despacio hacia el visitante, amable pero con ese temor algo torpe que tienen a veces los que viven retirados u solos». Knecht permaneció durante algún tiempo con el «Hermano mayor» y se dejó iniciar en la escrituras. Knecht llamó más tarde este tiempo el «comienzo de mi despertar», y despertar era para él «una comprensión de sí mismo y del lugar que ocupaba en el orden humano»; Knecht anotó como experiencia más importante el haber comprendido «que la fe y la duda van unidas, que se condicionan mutuamente como aspirar y exhalar».

Sobre la historia de su vida

En el ensayo «Ein Stückchen Theologie» (en *Mein Glaube*), publicado en 1932 en el *Neue*

Rundschau, habla Hesse de las «tres etapas de la génesis del hombre». Este camino comienza con la inocencia (paraíso, infancia) y conduce desde ahí a la culpa, a la conciencia de lo bueno y lo malo, a la desesperación, y de la desesperación al ocaso o a una especie de salvación. Estas etapas se podrían ver también en la historia de la vida de Hesse. La primera terminaría con la época de la Primera Guerra Mundial, caracterizada geográficamente con la salida del territorio alemán. Hesse califica los años hasta 1919 de «época burguesa» de su vida. Por supuesto no estuvo libre de problemas. Sabemos (y los textos de este libro lo prueban) que tuvieron lugar en él dos grandes conflictos: la elección de su profesión, que determinó su infancia; desde que tenía trece años sabía que «quería ser poeta o nada» y con dolor comprendió que se podía ser escritor, pero que el mundo de alrededor y toda la educación eran un obstáculo casi insuperable para hacerse escritor. El otro conflicto fue aproximadamente en 1914. El fracaso de su primer matrimonio, un viaje «infructuoso» a la India, sus enfermedades y las de su esposa coincidieron con el chauvinismo, que consideraba insoportable, y el caos político de la Primera Guerra Mundial; creyó descubrir sin embargo, también bajo la influencia del psicoanálisis, que la causa de su mal «no había que buscarla fuera sino dentro de mí». Así comenzó una segunda etapa en la vida de Hesse, la época de las «despedidas diarias» de las ideas acostumbradas; la transformación del «literato idílico-burgués» en «el ser problemático y outsider».

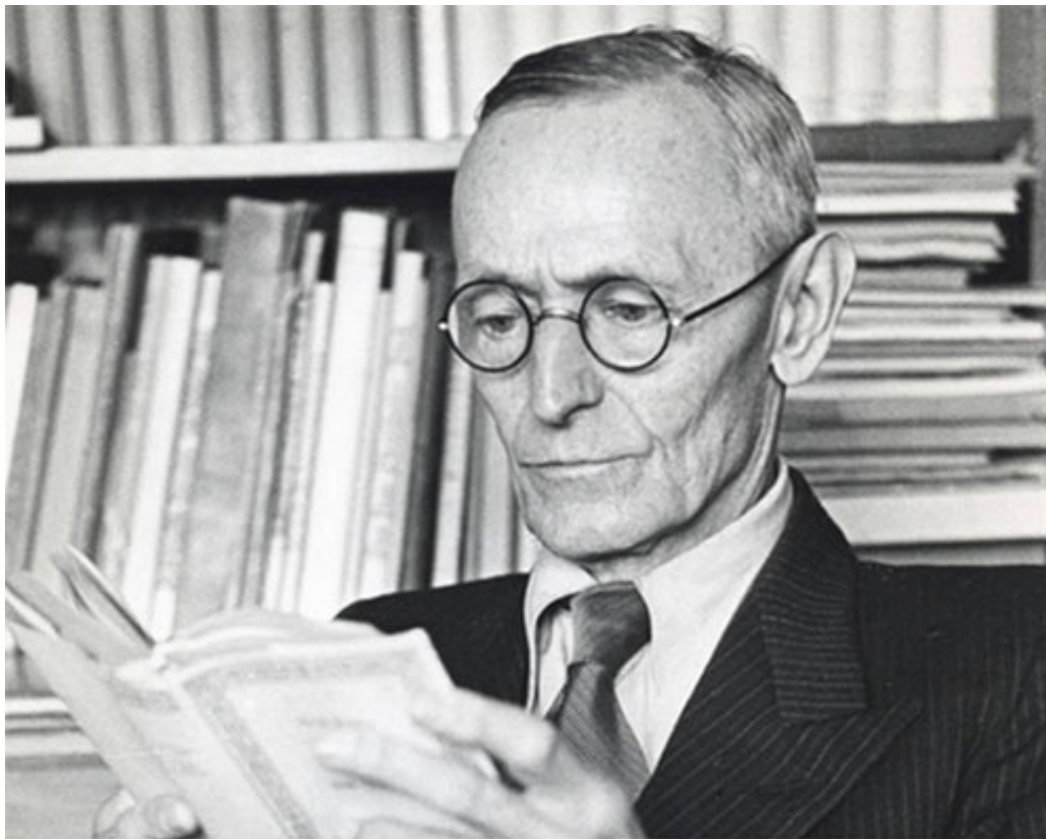
También en este caso existe una concordancia geográfica: Hesse se estableció en el Tesino y se fue a vivir en mayo de 1919 a la casa Camuzzi que no llegaba a calentarse en el invierno y que en cambio era caliente en verano. Comenzó la época de los sufrimientos, de la desesperación, los años de la «crisis del hombre hacia los cincuenta años», la época que está documentada ampliamente en *Demian*, *Klein und Wagner*, en los *Märchen*, en el *Kurgast*, en el *Steppenwolf* y en *Krisis*. La tercera etapa no es tan neta. Temporal y localmente comenzaría con la entrada en la casa Bodmer en 1931, o coincidiría con los doce años de gestación del *Glasperlenspiel*, de 1931-1942. Cuando se tienen delante las cartas, los documentos y testimonios sobre la historia de la creación del *Glasperlenspiel*, se pone de manifiesto el proceso al que estaba sometido Hesse, precisamente bajo la impresión de los años de nazismo. Si antes había proyectado escribir «una especie de “ópera” en la que se toma poco en serio e incluso se ridiculiza la vida humana» en su llamada realidad, en la versión definitiva del *Glasperlenspiel* surgió el proyecto de una utopía que había que tomar en serio. Forma parte de la historia del impacto de esta obra cuya actualidad (al contrario que otros libros de Hesse) en el momento de su publicación —1943 en Suiza y 1946 en Alemania— y mucho tiempo después estaba latente y en cierto modo lo sigue estando. Quizá nuestro tiempo o un tiempo futuro tenga más comprensión para la obra y su protagonista Josef Knecht, que abandonó el culto sublime, elitista, para servir a la sociedad como educador, que quisiera cambios en el individuo.

La actitud de Hesse frente al nacional-socialismo estuvo desde un principio claramente definida. Las informaciones que recibió le reafirmaron en su postura: las noticias de la muerte de los parientes de su mujer que le traían a Montagnola de primera mano los emigrantes alemanes Thomas Mann, Bertolt Brecht y otros muchos. También sabía que aquella situación no podía cambiarse con la pluma de un solo escritor ni con las firmas de manifiestos. Hesse no veía la misión del «intelectual» en el «activismo», sino en la ejemplaridad de su manera de vivir, que actúa durante más tiempo y con más intensidad que las consignas. Podría haber citado a Trotski, cuyos escritos leía en aquella época y que recomendaba como lectura a sus hijos: «Cuando los pacifistas iluminados tratan de acabar con la guerra con

argumentos racionales resultan sencillamente ridículos. Pero cuando las masas armadas empiezan a emplear argumentos de la razón contra la guerra, ha llegado el fin de ésta». Hesse predijo la guerra siguiente y previno contra ella, en *Steppenwolf*, en el *Glasperlenspiel* y constantemente en sus cartas. En el idilio *Stunden im Garten* aparecen líneas extrañas: «Pero también aquella pasión, aquel deseo violento hay que dominar / que, mejorar a los otros, educar al mundo, historia / De ideas crear quiere, pues por desgracia está el mundo / hecho de tal manera, que este deseo de los espíritus nobles, como todos / los otros deseos, al final a sangre, y a violencia y guerra conduce /». Hesse escribió esto en 1933. Poco antes, en 1932, Walter Benjamin criticaba en la página literaria del *Frankfurter Zeitung* el «error del activismo»: «En resumen, como dice Lichtenberg, podemos suponer que quizá podrían adueñarse del mundo los perros, las avispas y los avispones, si estuvieran dotados de la inteligencia humana: los intelectuales no son capaces aunque estén dotados de esta inteligencia. Sólo pueden conseguir que el poder llegue a manos de aquéllos que hacen desaparecer los más pronto posible esa especie singular llamada hombre». Pero a Hesse le interesaba conservar esa especie. Si tuvo una meta fue ésa: crear en sus obras y en sus personajes nuevas posibilidades de humanismo. Y si tuvo un mensaje fue éste: arriégate con valor a tu obstinación, se tan libre y tan sumiso como Peter Camenzind y Josef Knecht. Hesse lo fue. Su manera de pensar, su manera de actuar y su vida eran idénticas.

Siegfried Unseld

(Julio 1972)



HERMANN HESSE. Nació el 2 de julio de 1877 en Calw, Alemania y murió en Montagnola, Cantón del Tesino, Suiza, el 9 de agosto de 1962. Novelista y poeta alemán, nacionalizado suizo. A su muerte, se convirtió en una figura de culto en el mundo occidental, en general, por su celebración del misticismo oriental y la búsqueda del propio yo.

Hijo de un antiguo misionero, ingresó en un seminario, pero pronto abandonó la escuela; su rebeldía contra la educación formal la expresó en la novela *Bajo las ruedas* (1906). En consecuencia, se educó él mismo a base de lecturas. De joven trabajó en una librería y se dedicó al periodismo por libre, lo que le inspiró su primera novela, *Peter Camenzind* (1904), la historia de un escritor bohemio que rechaza a la sociedad para acabar llevando una existencia de vagabundo.

Durante la I Guerra Mundial, Hesse, que era pacifista, se trasladó a Montagnola, Suiza; se hizo ciudadano suizo en 1923. La desesperanza y la desilusión que le produjeron la guerra y una serie de tragedias domésticas, y sus intentos por encontrar soluciones, se convirtieron en el asunto de su posterior obra novelística. Sus escritos se fueron enfocando hacia la búsqueda espiritual de nuevos objetivos y valores que sustituyeran a los tradicionales, que ya no eran válidos. *Demian* (1919), por ejemplo, estaba fuertemente influenciada por la obra del psiquiatra suizo Carl Jung, al que Hesse descubrió en el curso de su propio (breve) psicoanálisis. El tratamiento que el libro da a la dualidad simbólica entre Demian, el personaje de sueño, y su homólogo en la vida real, Sinclair, despertó un enorme interés entre los intelectuales europeos coetáneos (fue el primer libro de Hesse traducido al español, y lo hizo Luis López Ballesteros en 1930).

Las novelas de Hesse desde entonces se fueron haciendo cada vez más simbólicas y acercándose más al psicoanálisis. Por ejemplo, *Viaje al Este* (1932) examina en términos junguianos las cualidades míticas de la experiencia humana. *Siddharta* (1922), por otra parte, refleja el interés de Hesse por el misticismo

oriental —el resultado de un viaje a la India—; es una lírica novela corta de la relación entre un padre y un hijo, basada en la vida del joven Buda. *El lobo estepario* (1927) es quizás la novela más innovadora de Hesse. La doble naturaleza del artista-héroe —humana y licantrópica— le lleva a un laberinto de experiencias llenas de pesadillas; así, la obra simboliza la escisión entre la individualidad rebelde y las convenciones burguesas, al igual que su obra posterior *Narciso y Goldmundo* (1930). La última novela de Hesse, *El juego de abalorios* (1943), situada en un futuro utópico, es de hecho una resolución de las inquietudes del autor. También en 1952 se han publicado varios volúmenes de su poesía nostálgica y lúgubre. Hesse, que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1946, murió el 9 de agosto de 1962 en Suiza.

NOTAS

[1] Gaienhoffen, en el lago Constanza. <<

[2] «Obstinación» en alemán «Eigensinn», palabra compuesta que literalmente significa «propio sentido». (*N. del T.*) <<

[3] Josef Englert (1874-1957), ingeniero, amigo de Hesse. «Jup el Mago», en *Klingsors letzter Sommer*.

<<

[4] Richard von Garbe (1857-1927), especialista de sánscrito. <<

[5] C. G. Jung, *Psychologische Typen*. Editorial Rascher, Zürich, 1921. <<

[6] Otto Fischer, *Chinesische Landschaftsmalerei*. Editorial Kurt Wolff, Munich, 1921. <<

[7] Inspector misionero Frohnmeyer y su hija Ida Frohnmeyer. <<

[8] Hugo Ball, *Byzantinisches Christentum*. Duncker und Humblot, Munich y Leipzig, 1923. <<

[9] Josef Englert, véase nota [3]. <<

[10] Fritz Mauthner, *Der Atheismus und seine Geschichte im Abendland*. 3 tomos, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart y Berlín, 1920-24. <<

[11] Hesse opinaba que sus hijos debían vivir con él o con amigos, pero no con su mujer, psicológicamente enferma. <<

[12] C. G. Jung. <<

[13] Hesse hizo la crítica del libro en junio de 1921 en la revista *Wissen und Leben*, número 14. <<

[14] Gunter Böhmer, pintor y grafista, amigo de Hermann Hesse. <<

[15] Theo Wenger, padre de Ruth Wenger, segunda mujer de Hesse. <<

[16] Ninon Dolbin, de soltera Ausländer, tercera mujer de Hesse. <<

[17] En los años 1914-1918, Hesse publicó en el *Neue Zürcher Zeitung* una serie de artículos contra la guerra y el chauvinismo. <<

[18] *O. C. (Obras Completas)*, Hermann Hesse, Werkausgabe, edition Suhrkamp, Suhrkamp Verlag, Francfurt am Main, 1970. <<